

de

Selección

TERROR

BOLSILIBROS

TERROR

extra

SEMINARIO DE
CIENCIAS OCULTAS

**Ralph
Barby**



¿Qué es exactamente un muerto viviente?

Alguien que murió en circunstancias especiales y el espíritu no abandonó su cuerpo. Esta clase de seres, llamados también zombies, son muy dominables, pero no por todos, claro. Si alguien los convierte en esclavos, hasta pueden ser explotados físicamente, pero resulta algo repugnante y peligroso, pues las fuerzas infernales siempre están alrededor de ellos y no hay que olvidar que murieron en circunstancias muy especiales y éstas pueden repetirse.



Ralph Barby

Seminario de ciencias ocultas

Bolsilibros: Selección Terror extra - 30

ePub r1.0

xico_weno 13.12.17

Título original: *Seminario de ciencias ocultas*

Ralph Barby, 1983

Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno

ePub base r1.2



Capítulo primero

DORA MCGLOWER hizo un gran esfuerzo por cenar aquella noche fría y húmeda de noviembre. Sí, había hecho un gran esfuerzo por tragar los suaves alimentos y, pese a ello, unas profundas arcadas le habían llevado el estómago a la boca y lo había vaciado por completo.

Tomó unas sales de aluminio y tuvo la sensación de que su estómago se llenaba de hojas. Nerviosamente, se llevó un inhalador a los orificios de la nariz y aspiró con fuerza una mezcla de mentol, eucalipto y esencia de ciprés californiano que le devolvían parte de su vitalidad.

Arrebujada en su abrigo de Renard Argenté, aguardaba nerviosa dentro de su automóvil, un lujoso Cadillac azul oscuro, tan oscuro que parecía negro en la noche, una noche que pese a estar encapotada, no era negra del todo, ya que detrás de las nubes había luna, una espléndida y redonda luna que tenía el poder de agitar los océanos y elevarlos de nivel.

Nerviosa, buscó uno de sus cigarrillos que sacó de su pitillera de oro. Eran cigarrillos orientales extremadamente largos y llevaban el nombre de McGlower en finísimas letras doradas. La llama azulada del gas apareció en el plano mechero también de oro.

No le gustaba fumar, pero tenía que hacer algo o estallaría.

A algo menos de doscientas yardas frente al cristal parabrisas de su automóvil, estaba el cementerio.

Abrió instintivamente la guantera. Allí había una pequeña Browning, pero podía disparar cartuchos Magnum del 44, mas ¿qué podía conseguir disparando contra un fantasma, contra un espectro?

Siempre se había dicho que no tenía miedo a los muertos, pero no era cierto, les temía y mucho, un miedo atroz. La aparición del fantasma de su hija Jennie la había estado atormentando durante tiempo y tiempo. Las pesadillas nocturnas la habían llevado hasta el

psiquiatra que después de tratarla y convencerla de que los muertos, estaban muertos y por ley de vida era mejor olvidarlos, terminó recetándole una serie de fármacos que la convinieron casi en drogadicta.

Dora McGlower se había inclinado también por el *whisky*, había bebido en exceso, emborrachándose en varias ocasiones, pero su hígado le había proporcionado tal flagelo que ello evitó que se convirtiera en alcohólica.

Fumaba, fumaba ansiosamente, tragaba el humo y su sensación de inseguridad aumentaba.

Se recordó a sí misma demandando ayuda a los sacerdotes; había estado con los metodistas, con los episcopistas, con los presbiterianos y los católicos. Todos la habían aceptado bien al principio porque solía ser muy generosa con sus donaciones religiosas y, en consecuencia, los pastores de las distintas iglesias habían tratado de tener paciencia y ser muy considerados con Dora McGlower, hasta que ella terminaba por no volver al mismo lugar, buscando a otros que le ofrecieran la paz.

Así, como una bola de billar en la inmensa mesa de la vida, había ido rebotando de una banda a otra, golpeando bolas rojas, verdes, amarillas, negras y blancas, y ella seguía rebotando, rebotando.

Todavía era dueña y señora de su fortuna, pero su hermano Dick ya le había insinuado que sería conveniente que delegara en él sus asuntos económicos.

Dora McGlower sabía que si ese día llegaba, ya no sería más dueña de ni uno solo de los centavos de la fortuna heredada de su marido y que por ley de herencia tenía que pasar a manos de Jennie, pero Jennie estaba muerta.

El destino había sido sarcástico, trágico, estúpido, y Dora McGlower no había podido digerirlo, porque ella había sido quien conducía el automóvil en el que Jennie murió tras salirse de la carretera y chocar contra un añoso roble al tratar de evitar el choque contra un camión que venía en dirección contraria.

El rostro de Dora McGlower era frío, inexpresivo, un rostro que desagradaba mirarlo. La cirugía estética había hecho lo imposible por recomponer una mandíbula rota por tres partes. Le implantaron dientes y muelas de porcelana, se le había tenido que componer un

tabique nasal y disimulado las cortaduras con los pliegues naturales del rostro y la constancia de los maquillajes.

Había salvado los ojos por puro milagro, pero Dora McGlower no se había preocupado tanto de sí misma como de su hija, su única hija, su adorada hija Jennie que, rebelde como siempre, ni siquiera utilizaba el cinturón de seguridad y había roto el cristal parabrisas con la cabeza. Su rostro se había desfigurado y se había degollado con los cristales que, a docenas, en cortantes pedacitos, habían quedado dentro de su garganta.

En la trágica colisión, Dora McGlower no había perdido el sentido por completo. Tenía la cabeza vuelta, con la sensación de que muchas cosas se habían roto dentro de ella y de que no podía moverse mientras el claxon sonaba y sonaba sin parar porque ella estaba volcada sobre él.

Su hija estaba a su lado pero inalcanzable. Dora McGlower no podía moverse y Jennie se iba desangrando, la sangre fluía a borbotones por su garganta seccionada.

Estaba segura de que los ojos de la muchacha la habían estado mirando aún con vida, tratando de decirle algo con ellos, aquélla era su obsesión. ¿Qué le había tratado de decir en aquellos breves instantes en que de forma tan violenta se entregaba a la guadaña de la muerte?

Una de aquellas terribles noches en que las pesadillas la angustiaban, para huir de ellas había encendido las luces de su gran chalet residencial en el que vivía junto a su tía Agnes, una mujer ya anciana que le hacía una compañía relativa, pues se dormía tan profundamente que nada la despertaba, ni la música en alta fidelidad con volumen alto ni las luces encendidas, el teléfono o la televisión en uno de sus programas musicales.

Aquella noche, no apareció en la pequeña pantalla una orquesta, un *ballet* ni un conjunto de *rock* duro. Allí estaba un hombre de cabeza rasurada y aspecto místico, de ojos grandes y muy brillantes, casi acuosos, con cejas sombreadas y una sonrisa tranquilizadora.

Dora McGlower tuvo la sensación de que le sonreía a ella, exclusivamente a ella y a nadie más a través de la pantalla, como si aquel ser vestido con túnica blanca tuviera conciencia de que ella sufría, de que había escapado de la cama para no sucumbir a la pesadilla en que aparecía su hija Jennie.

Aquel personaje que parecía mirarla a ella única y exclusivamente, la impresionó profundamente, le hizo olvidar la pesadilla que la obligara a encender las luces y la televisión.

Se recordaba a sí misma telefoneando a la emisora de televisión y al día siguiente, ya estaba hablando frente a frente con el singular personaje, el gurú Artha-Dharma de la secta Gudhaka-Bhujanga, un hombre alto de piel blanca, levemente tostado por el sol.

Su voz era cálida, tranquilizante, llena de misterio. Él era lo intemporal, lo atávico.

Aquel personaje lo mismo podía surgir de entre las montañas, milenios atrás, sin cambiar un ápice su aspecto.

Se había encontrado en varias ocasiones con aquel personaje que la sugestionaba, también había tenido entrevistas con los seguidores del gurú, ya que éste, al parecer, viajaba mucho buscando nuevos prosélitos.

También solía desplazarse hasta la India para visitar templos, para purificarse, para aprender más y más según contaba y luego, poder ofrecer estos conocimientos a quienes siguieran las normas religiosas de su secta.

Dora McGlower tenía miedo de que no acudieran a la cita, tenía miedo de que todo fuera una especie de burla, pero no, el lujoso automóvil dorado del gurú Artha-Dharma avanzó por el centro de la calzada con sus faros encendidos.

Tras él seguían otros tres automóviles, todos blancos, todos menos el del líder del grupo que parecía haber sido fabricado en puro oro.

El coche dorado se detuvo junto al de Dora McGlower. Se abrió la portezuela y se apeó uno de los seguidores del gurú de los Gudhaka-Bhujanga que se acercó a la mujer.

—Buenas noches. Que la paz, la luna y el sol sean con usted, señora.

Ella buscó con su mirada el rostro del gurú Artha-Dharma.

—¿Ha venido? —inquirió nerviosa, metiendo el cigarrillo en el cenicero de su propio coche.

—Sí, señora. Venga a su automóvil, la llevaremos nosotros.

—¿Al cementerio?

—Sí, señora.

Se apeó de su Cadillac y se introdujo en el también Cadillac del

gurú de los Gudhaka-Bhujanga, encontrándose con éste.

—Buenas noches, señora. La paz sea entre nosotros, nuestros antepasados y nuestros descendientes. —Juntó sus manos, haciendo una leve inclinación de cabeza.

La señora McGlower le imitó torpemente, también juntando sus manos.

El automóvil reanudó la marcha. Los ojos de ambos se encontraron y cuando ella quiso darse cuenta, ya cruzaban la verja que alguien acababa de abrir.

—«Immemorial Sanctifier...» —día ya no pudo ver más.

Los automóviles avanzaron entre las tumbas había lápidas y pequeños monumentos de todos los estilos. Las había construidas en simple hormigón y en caro granito de color.

—¿Nerviosa, señora McGlower? —preguntó el gurú de los Gudhaka-Bhujanga.

—Un poco —confesó, viendo unos ojos muy grandes frente a ella.

El hombre le tomó una mano en la semioscuridad del coche mientras rodaban entre las tumbas y ella se sintió más tranquilizada.

—¿Qué sucederá?

—Ya lo verá, señora McGlower, ya lo verá, todo va a ser por su bien.

Los automóviles se detuvieron. Al abrirse las portezuelas, se apearon unos diez hombres.

—Por favor, señora McGlower, salgamos.

—Sí, sí.

La mujer sintió debilidad en sus piernas. Recordaba muy bien aquel lugar. Allí estaba la tumba de Jennie. La lápida era de granito blanco, sólo pulida en su parte frontal donde estaba cincelado el nombre de Jennie, su fecha de nacimiento y la de su muerte, y de ello hacía ya un año.

—¿Es ésta la tumba de su hija, señora McGlower? —preguntó el gurú con su voz siempre tranquilizante, una voz que dominaba, con seguridad.

—Sí, claro —asintió, dubitativa, y no porque no supiera que aquélla era la tumba de Jennie. Allí le habían dado tierra mientras ella aún estaba en el hospital, reponiéndose de sus heridas.

—Entonces, con su permiso vamos a exhumar el cadáver de su hija.

—¿Mi permiso? ¿Eso no tiene que ordenarlo el juez?

—Si usted se opone, nadie va a quitar una palada de esta tumba, pero yo, señora McGlower, voy a hacer que su hija vuelva del más allá si no se ha reencarnado aún en otro ser. Hablará con usted, le dirá todo cuanto usted desea saber y cesaran las pesadillas.

Serán libres para siempre usted y su hija, la felicidad anidará en ambos espíritus. Yo se lo prometo, señora McGlower.

—¿De veras podrá hablarme mi hija? ¿Son espiritistas también?

—No exactamente.

El gurú de los Gudhaka-Bhujanga hizo un gesto apenas perceptible a uno de sus seguidores. Éste se acercó con un portafolios negro de piel de becerro, lo abrió y aparecieron unas hojas escritas. Otro le quitó el capuchón a una estilográfica de oro y el líder de aquella secta oriental pidió a la señora McGlower:

—Por favor, firme estas hojas.

No veía lo suficiente para poder leer, pese a la luna llena.

—¿Qué, qué es? —preguntó, vacilante.

—El permiso para desenterrar a su hija por unas horas.

—¿Por unas horas?

—Sí, todo ha de ser legal. Ya sé que el juez no nos ha dado ninguna orden de exhumación del cadáver, pero moralmente nos basta con que usted nos autorice. Si alguien nos denunciara, en fin, no voy a engañarle, señora McGlower, usted será la responsable, y es lógico que así sea porque es usted quien desea comunicarse con su hija.

—Pero ¿de verdad podré comunicarme con ella?

—Casi seguro. Siempre existe la posibilidad de que ello no ocurra, no le voy a mentir, puede que su hija ya se haya reencarnado en otro ser, pero yo he consultado a los dioses y creo poder decir que usted tendrá la suerte de comunicarse con ella si es fuerte y no se asusta, porque la ceremonia será un poco patética, algunos incluso la calificarían de macabra.

—¿Le hará daño a mi hija? —preguntó ingenuamente, como retrasando la firma de las hojas que se hallaban ante ella y que estaba segura no iba a leer.

—¿Qué daño se le puede hacer ya a un cadáver? Tiene usted

cierta suerte, señora McGlower, porque ha seguido el rito del enterramiento, pues si su hija hubiera pasado por la incineración, ahora no podríamos ofrecerle esta oportunidad de comunicarse con ella.

Cuando la señora McGlower hubo firmado con la pluma estilográfica de oro, cuatro de aquellos seguidores de la secta de los Gudhaka-Bhujanga, salmodiando al mismo tiempo una oración, hundieron sus palas en la tierra.

La fosa comenzó a ser excavada. La lápida seguía en su sitio como un mojón indicativo de dónde y por dónde debían seguir cavando. Así se hizo a los cuatro monjes vestidos de oscuro, con ropas europeas, pero con las cabezas rapadas, ahondaron aprisa.

Cuando la fosa no les permitió trabajar los cuatro a la vez, se dividieron en dos parejas que se fueron relevando, de tal modo que las paladas de tierra no cesaban de salir del fondo hasta que la señora McGlower tuvo la impresión de que su corazón crujía y no fue otra cosa que el roce de las palas de hierro contra el ataúd, un ataúd que no tardó en salir a la superficie.

Entre los cuatro hombres, pasándolo por delante de la señora McGlower, lo llevaron a uno de los automóviles, a una ranchera blanca. Lo introdujeron allí y lo cubrieron con una manta oscura, de forma que no podía verse desde afuera.

La señora McGlower miró la fosa vacía, estaba muy nerviosa. Sentía un miedo atroz y el gurú de los Gudhaka-Bhujanga, como si leyera en su mente, le dijo:

—No se preocupe, señora McGlower. Al amanecer, el ataúd, con los despojos humanos de lo que fue su hija, yacerá de ahí de nuevo. La tierra cubrirá su ataúd y nada delataré que ha sido abierta durante la noche, nadie sabrá lo ocurrido. Ahora, acompáñeme.

La condujo de nuevo al coche dorado y éste partió hacia un rumbo desconocido para ella. Le pareció que daba vueltas y vueltas por carreteras fantasmagóricas donde las sombras de los árboles se proyectaban sobre el asfalto, haciéndose así más fantasmales en la noche y todo debido al gran plenilunio que corriendo detrás de las puntas de los árboles, detrás de las colinas, semejaba acompañarles para no perderse, lo que había de ocurrir aquella misma noche.

Al fin, llegaron a una mansión que parecía haberse detenido en el tiempo, una gran mansión de madera de dos plantas y un

larguísimo porche, una mansión que en sus días de esplendor debía haber sido importante, pero que ahora se pudría sola en medio de los bosques húmedos.

Las maderas gemían al pisarlas y los grandes lagartos se escondían bajo la tierra, conservando el calor que el sol había almacenado en sus cuerpos.

Los reptiles parecían dormir y las arañas se mantenían atentas a cualquier vibración de sus telas, una vibración que delatara que una presa había quedado pegada a los hilos.

Los automóviles se estacionaron frente al porche, de tal forma como si se hubiera planeado de antemano. Varios de los seguidores de la secta se apearon rápidamente de los vehículos, acercándose a la casa.

Levantaron unas losas del suelo y vaciaron unos saquitos en los hoyos que había bajo las losas. Otros dos entraron en la casa y salieron cargados con una especie de mesa rectangular de un metro cincuenta por setenta y la colocaron entre aquellos hoyos. Los que descargaron el ataúd colocaron éste sobre la mesa, a modo de catafalco.

La señora McGlower sintió que el gurú de los Gudhaka-Bhujanga la cogía de la mano y la conducía cerca de los hoyos. Uno de los acólitos entregó una antorcha encendida al gurú y éste, sin soltar a la mujer, comenzó a caminar. Aproximó la antorcha a uno de los hoyos y éste se inflamó rápidamente, despidiendo una llamarada rojiza.

La señora McGlower temblaba de pies a cabeza. De no haberla conducido el gurú de la mano, se habría quedado quieta, hierática como la mujer de Lot.

—Vamos, vamos, señora McGlower. Mientras yo rezo a los dioses, mientras yo pido la colaboración de los espíritus que aguardan su reencarnación, usted llame, llame a su hija, pídale que se acerque a usted, que le hable. Grítele, vamos, grítele.

—Sí... ¡Jennie, Jennie! —comenzó a llamar con voz suplicante mientras él aplicaba la antorcha a los hoyos que se iban encendiendo, así hasta siete, envolviendo el catafalco cubierto por el manto de la noche guarnecido de estrellas y en el que reinaba una luna espléndida.

—¡Jennie, Jennieeeeeee!

—Otra vuelta más, otra vuelta. Llámela, tiene que venir, usted es su madre.

—¡Jennie, Jennie, soy Dora, tu madre, ven, te lo suplico! — gritaba y sollozaba mientras era casi arrastrada, casi llevada en volandas, al correr entre el espacio que quedaba entre los fuegos y el catafalco mientras sonaban rítmicos tambores y un extraño instrumento cuyo sonido agudo y chirriante semejaba filtrarse por el tuétano de sus huesos con incipiente artrosis.

—¡Jennie!

—¡Ya está, ya está! —gritó el gurú de los Gudhaka-Bhujanga, pegando a la señora McGlower contra el ataúd.

Ella tuvo un instinto de rechazo, de echarse hacia atrás, de retroceder un paso para apartarse del ataúd como si éste estuviera cargado de mortífera electricidad, pero el gurú le exigió:

—¡Pegue, pegue el rostro contra la caja, vamos, vamos!

Temblando toda ella, al borde de la convulsión, pegó su oído y mejilla al féretro y éste produjo ruidos que sin duda alguna provenían del interior.

—¿Lo oye, lo oye? Su espíritu está ahí dentro, está otra vez en su cuerpo... Mis fieles discípulos, venid acá, acudid a nosotros y levantad la tapa de este ataúd. El sueño eterno no será perturbado para mal si no para bien.

La señora McGlower sintió como un puñal clavado en su garganta, atravesando sus cuerdas vocales, su tráquea. Sabía que no podía gritar, que aunque lo hubiera intentado, la voz no brotaría entre sus labios, pero aquel puñal podía salirse de un memento a otro y ella gritaría, gritaría, apuñalando la noche misma.

Rápidamente, introdujeron una llave en el ataúd y como ladrones especializados en llaves falsas, abrieron la cerradura. Luego, levantaron la tapa y la sacaron, dejando el interior al descubierto.

La señora McGlower, con ojos de espanto, contempló el cuerpo que yacía sin vida dentro del féretro.

—Jennie —sollozó.

El rostro tenía cicatrices, mostraba cortaduras cosidas sin demasiado esmero y retocadas luego con cosmético. Vestía de blanco y el ataúd estaba lleno de flores marchitas, flores que un día fueron hermosas y llenas de color.

El gurú de los Gudhaka-Bhujanga, sin soltarla de la mano, como si por ella le transmitiera la energía vital suficiente para que la mujer se mantuviera en pie, le pidió:

—Háblele, háblele.

—Jennie, Jennie, yo no quise matarte, no quise. Discutíamos, sí, discutíamos cuando todo ocurrió, siempre discutíamos. Perdóname, yo lo hacía por tu bien, yo te quería sana, perdóname, Jennie...

Mientras los hoyos vomitaban un fuego rojizo, dando al lugar un aire casi infernal, el cadáver habló con voz cavernosa.

—No te apures, mamá, no te apures, yo no te culpo de nada. Había llegado mi tiempo de morir y ahora, ha llegado mi tiempo de vivir.

—¿Tu tiempo de vivir? Hija, si estás muerta.

—Este cuerpo ha muerto, mamá, pero mi espíritu ya está en el cuerpo de Indira, quizás algún día volvamos a reconocernos. No puedo estar más aquí, mamá, no puedo, debo regresar a mi nuevo cuerpo, al cuerpo de una niña llamada Indira.

—Indira, Indira, ¿dónde está Indira? —inquirió desesperada la señora McGlower.

—Ellos te lo dirán.

Comenzó a salir como un vaho blanco por los costados del cadáver, como si brotara de las mismísimas flores marchitas.

La mujer quiso abrazar al cadáver, pero el gurú de la secta se lo impidió.

—Hay que dejar descansar a los muertos.

Entre los cuatro seguidores cubrieron de nuevo el ataúd y cargaron con él ceremoniosamente, cogiéndolo por las asas de acero, y lo llevaron de nuevo al coche donde fue cubierto bajo la manta.

El fuego del ritual comenzaba a extinguirse.

—Señora McGlower, ha tenido una suerte infinita, una suerte que no les es dada a la mayoría de los mortales.

—¿Dónde está esa niña llamada Indira?

—No se apure, señora McGlower, la buscaremos, pero ahora tenemos que marchar, la tumba espera. El amanecer no debe llegar antes de que el cadáver regrese a su morada para la eternidad.

La señora McGlower se dejó llevar al automóvil, lujoso y dorado, mientras los focos de los vehículos, como ojos de monstruos

infernales, barrían la casa que se moría en la soledad y humedad de la selva y los coches regresaban al cementerio donde una tumba había sido abierta y faltaba uno de sus habitantes, un cementerio donde un ataúd había partido por unas horas y ahora, a gran velocidad, se desplazaba por la carretera para regresar a su lugar antes de la amanecida para que no le alcanzara la maldición de toda una eternidad.

Capítulo II

LEONARD J. Pupsio, rezaba el pasaporte de aquel norteamericano que ya empezaba a estar harto de tanto viaje, un viaje que se le hacía interminable, pese a volar como los pájaros, como los dioses.

Había partido desde Katmandú, había pasado por Bangkok, hecho escala en Okinawa y saltado después a San Francisco. Desde allí, siempre volando, había ido a Denver City donde cambió de avión y ahora, volaba rumbo a New Orleans.

Edad, veinticuatro años. Raza, caucásica. Estatura, uno ochenta y nueve. Peso, ochenta y un kilos. Era ancho de espaldas y tenía una magnífica caja torácica, pero su abdomen era plano y duro como una tabla. Su cabello era negro intenso, brillante, sus ojos de color verde oscuro. Llevaba una recortada barba que le hacía más mayor de lo que realmente era y todo él transmitía paz.

—¿Ha estado en San Francisco? —preguntó la sesentona que se sentaba a su lado.

—Sí, señora, he estado en San Francisco.

—¿Ha salido ya de la universidad o sigue estudiando?

—Estudio.

—¿Qué estudia?

—La sabiduría de los dioses.

—Oh, qué hermoso, pero hay una cosa que no me gusta.

—¿Ah, sí, cuál? —preguntó, siempre amable.

—Ha dicho «dioses» y sólo hay un Dios, como todos sabemos.

Le sonrió plácidamente. La miró a los ojos, le tomó una mano y le volvió la palma hacia arriba. Le colocó la yema del dedo pulgar sobre la vena del pulso como si fuera a medírselo y a los pocos segundos, la mujer dormía profundamente.

Llegó la azafata con un bloc y un bolígrafo.

—¿Qué desea tomar?

—Un zumo de naranja natural.

—La señora viaja sola, ¿verdad?

—Sí, creo que sí, pero parece que tenía mucho sueño, es mejor que duerma.

Leonard J. Pupsio, rebautizado dentro de la secta de Gudhaka-Bhujanga con el nombre de Nayak, sacó unas hojas en las que había unos textos sánscritos, textos que pocos occidentales eran capaces de leer, pero él se sumergió en aquellos antiquísimos escritos.

La azafata le sacó de ellos para entregarle el vaso de naranjada. Mientras, la sesentona seguía durmiendo y no incordiaba con sus constantes preguntas al joven viajero.

Cuando por los altavoces advirtieron que se estaban acercando al aeropuerto de New Orleáns, Leonard colocó sus dedos frente a los ojos de la anciana e hizo chasquear el corazón y el pulgar. El chasquido fue leve pero suficiente.

La mujer despertó, miró a un lado y a otro y sonrió abiertamente, dispuesta a ser muy amistosa.

—Nos espera un viaje muy largo hasta New Orleáns —comentó.

—No lo creo, señora, ya estamos llegando. Abróchese el cinturón, en pocos minutos tomaremos tierra en el aeropuerto de New Orleáns.

—¿Bromea? —preguntó, sonriendo.

—Atención, señores pasajeros, abróchense los cinturones. Vamos a tomar tierra en el aeropuerto de New Orleáns. No fumen, por favor, la compañía...

La anciana miró a un lado y a otro, desconcertada. Se abrochó el cinturón y farfulló en voz baja:

—Hubiera jurado que no he tomado ninguna pastilla para dormir. Es que no me sientan nada bien.

A la salida del aeropuerto aguardaban a Leonard Pupsio dos hombres y una mujer abordo de un Chevrolet último modelo de color blanco.

Leonard sabía que debajo de las cabelleras de los dos hombres había sendas cabezas rapadas, afeitadas y aceitadas, sólo que permanecían cubiertas con pelucas, pelucas que no se notaban y que los seguidores de la secta Gudhaka-Bhujanga utilizaban para pasar desapercibidos.

Se saludaron con una leve inclinación de cabeza. El equipaje de Leonard o Nayak, pues éste era su nombre dentro de la secta, era

tan escaso como pesado, puesto que consistía en libros y antiguas tallas de madera y piedras labradas.

Se fijó rápidamente en la chica, una bella fémina de cabellos dorados y ojos azul claro.

—No te conozco —le dijo sencillamente.

—Me llamo Bindú.

—Hace dos años que está con nosotros —explicó Dashana, al que sí conocía Nayak.

—He pasado cuatro años en Oriente, creo que no voy a reconocer mis raíces —declaró Nayak.

—Subamos al coche —pidió Dashana, que era la mano derecha del gurú Artha-Dharma.

El automóvil se alejó hacia la parte este de la ciudad, a las afueras, donde los miembros de la secta tenían su cuartel general, una especie de residencia-granja.

La habían comprado siendo ya de construcción antigua y la habían restaurado y remodelado para poder desenvolverse bien en ella. Era un lugar donde abundaban las plantas y los estanques de apariencia natural.

Una especie de riachuelo se deslizaba por toda la propiedad, cruzando entre piedras y formando pequeños laguitos donde crecían los nenúfares, plantas de distintas especies, pero especialmente con hojas grandes, plantas de mucha necesidad de agua. El clima de Louisiana favorecía el desarrollo de aquella vegetación, máxime al no faltar el agua.

Aquel lugar era una especie de jardín paradisíaco que encantaba a los nuevos adeptos a la secta, quienes cuidaban de la jardinería.

Durante el viaje en automóvil, nadie habló. Ni Dashana ni su compañero hicieron preguntas, tampoco las había hecho la hermosa Bindú en cuya documentación oficial, lógicamente, aparecía otro nombre que nada tenía que ver con el de Bindú.

Nayak era parco en palabras y podía asegurar que tenía muchas cosas que contar después de vivir en el Nepal, en el Tíbet en el Noroeste de la India.

Dashana tocó el claxon al quedar frente a la gran mansión por la que deambulaban varios hombres y mujeres, siempre en parejas. Allí los hombres no utilizaban pelucas.

Vestían túnicas de color hueso y las mujeres parecían

supeditadas a los hombres.

En la puerta principal apareció el gurú de la comunidad, Artha-Dharma.

Nayak le miró, las miradas de ambos se cruzaron. Ambos comenzaron a caminar el uno hacia el otro y cuando estuvieron a dos pasos de distancia juntaron sus manos con las puntas de los dedos hacia arriba y a la altura de la boca.

Inclinaron sus cabezas en reverencial saludo y luego se acercaron más, estrechándose en un abrazo delante de todos.

—¿Cómo te ha ido el viaje, Nayak?

—Muy bien, los aviones son bastante seguros. —Dio un vistazo alrededor y opinó—: Es muy hermoso todo esto.

—Procuramos cuidarlo. Ésta es la casa madre de los Gudhaka-Bhujanga, pero tenemos otras casas abiertas en varios Estados de la Unión. Estamos en expansión y terminaremos saliendo de Estados Unidos para extendernos por todo el planeta.

—El gran gurú confiaba mucho en ti, Artha-Dharma.

—Y en ti también, solía decir que éramos sus preferidos, sus elegidos. Es curioso, cuando los dos habíamos salido de la cárcel. Él confió en nosotros y nos transformó.

—Me dolió mucho la desaparición del gran maestro —confesó Nayak—, pero me enteré de su muerte muy tarde.

—Sí, tú estabas muy lejos, en el Nepal. El gran maestro Old White se habrá reencarnado ya en otro ser, o quizá haya alcanzado ya el nirvana que tanto merecía —dijo Artha-Dharma.

—Supe que tú te habías convertido en el nuevo gurú de los Gudhaka-Bhujanga.

—Sí, fue por aclamación de todos los miembros que componen nuestra religión y que suman varios cientos.

—¿Tantos?

—Sí, en los últimos tiempos hemos crecido mucho. Nuestra organización religiosa está en plena expansión, utilizamos medios modernos, ya te contaré. Todo esto quizá te suene extraño porque tú vienes desde las raíces de nuestra religión, la religión que aquí trajo nuestro maestro, ese maestro que confió en un par de adolescentes descarriados.

—Me alegra conocer que estamos en expansión. ¿Se siguen todas las máximas que nos enseñó nuestro maestro para alcanzar la paz

de espíritu y el amor hacia el prójimo?

—Naturalmente, sólo que hemos tenido que modernizar algunas cosas, ya te irás habituando. Tú eres uno de los principales elementos de los Gudhaka-Bhujanga, posees un espíritu fuerte y poderes mentales en los que se fijó nuestro llorado maestro.

—No soy ningún mago de feria. Esos pequeños poderes que la ciencia llama paranormales, son habituales en mí.

—A mí me gustaría tener esos poderes que tú tienes, pero no los poseo; sin embargo, soy bien aceptado como gurú. Mientras tú ahondabas en las raíces de nuestra religión, yo estudiaba.

—¿Estudiabas, qué?

—Economía, *marketing*, publicidad, una serie de técnicas que parecen sacrílegas en alguien que ha de dirigir una religión espiritualista, pero son necesarias para poder llegar a más gente, para moverse mejor, para ser respetados por las autoridades de todos los Estados en que nos desenvolvemos, para aparecer en los medios de comunicación de masas.

—Veo que todo esto ha cambiado mucho, no se parece en nada a lo que yo dejé aquí antes de marchar a las tierras de los maestros.

—Sí, ha cambiado un poco, es cierto. Antes, todo era excesivamente ascético y frenaba a muchos que hubieran querido ser hermanos nuestros.

—Automóviles lujosos, buenas casas, mujeres hermosas y no veo a nadie que practique el ayuno, a juzgar por su aspecto.

—Llevamos una dinámica moderna, Nayak. Mucha gente depende de nosotros, pero no te voy a aburrir ahora con nuestra complicada administración. Tú vas a ser nuestro elemento más importante a partir de ahora. ¿Cómo van tus fenómenos paranormales?

—Bien.

—Sé que allí en el Nepal, en el Tíbet, en las montañas de la India, has aumentado esas facultades que ya tenías innatas.

—Lo que he aprendido allí es que esas facultades en la mayoría son muy peligrosas, por lo incontroladas que resultan en la mayoría de las ocasiones. Lo que es un bien para unos, para otros es un mal. Todos no vivimos dentro de las mismas frecuencias de ondas magnéticas.

—Estoy seguro de que tú sabrás dominar bien todos los

fenómenos. Es importante tener entre nosotros a un hombre de tu capacidad, de tus estudios sobre las distintas religiones orientales. Te prepararemos para que puedas salir en los periódicos, en las radiodifusoras, en la televisión y las revistas; de esta manera, llevaremos adelante una fuerte campaña de captación de seguidores. Con tu barba y tus pelos, tienes un buen aspecto, cierto aire mesiánico que, cuidado, puede ser magnífico.

—Yo no quiero ser mesiánico, no es ése el papel que me gusta.

—Nayak, tendrás que irte adaptando a esta nueva vida. Todo ha cambiado, ya nada es como lo fundó nuestro maestro Old White. Ahora somos muchos más, poseemos más medios y también más poder.

—El maestro Old White rechazaba el poder, el bienestar, los bienes terrenales.

—Eso está muy bien en la teoría, pero los tiempos cambian. Todas las religiones, cuando se hacen grandes y fuertes, se ven obligadas a modificar sus programas, pero no se cambia nada de lo fundamental. Conseguimos llenar un campo de deportes, pero hemos de llegar a llenar completamente los grandes estadios deportivos con nuestros seguidores, y haremos que filmen tales concentraciones todas las televisiones de la Unión y de otros países. Conseguiremos más fuerza que el gurú Mahariji y los *Hare-Krisna* y luego, dejaremos en la sombra a otras religiones importantes y que llevan imponiendo su ley durante milenios.

—Eres muy ambicioso, Artha-Dharma. Los ojos te brillan al hablar de tus proyectos de grandeza.

—Porque los veo muy claros. Sé que nada se logrará sin esfuerzo, que pasarán años antes de que todo se cumpla, pero lo conseguiremos.

—Me causas una cierta preocupación, hermano.

—¿Por qué? —preguntó.

Sin poderlo evitar, le miró con desafío en los ojos. El propio Artha-Dharma sabía que Nayak no era como cualquier otro miembro de su comunidad religiosa.

Ambos habían sido elegidos por el maestro Old White como sus discípulos predilectos.

Artha-Dharma había aprovechado que Nayak estuviera en lo más intrincado del Nepal y el Tíbet buscando la ciencia milenaria,

la filosofía religiosa de los ламas, para convertirse él mismo en el gurú de la secta Gudhaka-Bhujanga.

Al enterarse el propio Nayak de la muerte del maestro y de la sucesión de Artha-Dharma, no había puesto la más mínima objeción, pero Artha-Dharma sabía que Nayak era fuerte; incluso, tenía unos poderes paranormales de los que él carecía.

A la inversa, Artha-Dharma poseía la ambición, además de otras cualidades, un carácter muy fuerte y a la vez aparentemente pacífico.

Sugestionaba fácilmente a sus víctimas, podía hipnotizarlas si lo deseaba. Era muy inteligente y sus ojos le delataban como que estaba mucho más lejos en el camino que sus interlocutores, pero todo esto no funcionaba lo mismo con Nayak. Los ojos de Leonard J. Pupsio o Nayak, como le llamaban en la secta, parecían insondables, era como si ellos también fueran milenarios. Resultaba muy difícil suponer que aquellos ojos pudieran ser dominados.

—No puedo darte respuestas ahora, debo meditar.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo. Creía haber hallado algo de seguridad en mi espíritu y ahora, al ver todo esto cambiado, con proyectos tan distintos a los proclamados por nuestro Old White, me siento confuso. No quiero que me manejes, Artha-Dharma, no quiero aparecer en ningún medio de información pública hasta que yo lo decida. Antes, debo pasar un tiempo de meditación.

—El tiempo es oro, Nayak.

—En la filosofía y en la religión, no es cierto que el tiempo sea oro porque todo es intemporal.

—No lo quieres entender, Nayak. En fin, tendrás tu tiempo para meditar ya que lo ves todo confuso tal como confiesas.

—Te agradezco que seas comprensivo —le dijo Nayak.

—Bien, pero ¿y si decides que no te gustan nuestros proyectos? Comprende mi pregunta.

—Si eso sucede, me marcharía.

—¿Escindirías nuestra comunidad religiosa?

—Ya te he dicho que no tengo vocación de Mesías.

—No olvides que tus gastos en Oriente durante años, han sido sufragados por esta comunidad. Los viajes siempre resultan caros y el dinero, desgraciadamente, no fluye como el agua de los

manantiales, hay que buscarlo. Comprendo que un espíritu muy puro pueda rechazar el dinero a nivel individual, pero una comunidad religiosa necesita ese dinero aunque su líder lo rechace; de lo contrario, no funcionaría, se disgregaría, moriría.

—Es lícito conseguir el dinero para sufragar los gastos, pero nunca es lícito cuando se trata de acumular, porque el dinero atesorado crea poder. El poder es dominio y el dominio termina siendo cruel con los sometidos, con los débiles. Además, obtener dinero es lícito siempre que no se manchen las manos ni la conciencia al conseguirlo.

—Los caminos para obtener el dinero son tan ilimitados como para llegar al nirvana —replicó Artha-Dharma.

—Eso me hace pensar que no estás nada seguro de que esos caminos sean del todo limpios.

—No discutamos ahora, hermano. Has llegado y bienvenido seas. Dispón de cuanto te haga falta, tómate el tiempo de readaptación que te sea necesario.

—¡Nayak, hijo!

Se volvió hacia el anciano que se le acercaba con los brazos abiertos.

Nayak le reconoció de inmediato, era Prití, un oriental pequeño y magro. Uno de sus ojos tenía el iris tan claro que todo el ojo parecía blanco, Prití no veía con aquel ojo.

Prití había estado entre los fundadores de la secta, pero jamás llegaría a ser alguien importante en la comunidad y él lo sabía pero eso no le preocupaba porque él sí había sido un fiel seguidor de las palabras del maestro Old White.

Artha-Dharma les dejó hablando y les vio alejarse. Las miradas de él y de Nayak se cruzaron por unos momentos, ya no eran los muchachos salidos de la penitenciaría años atrás por delitos menores.

Habían cambiado mucho. Sus vidas parecían seguir el mismo camino y, sin embargo, ello no era cierto. Nayak no tenía las ambiciones de poder que colmaban el espíritu de Artha-Dharma.

—Bindú.

La joven rubia de ojos claros, se acercó a Artha-Dharma.

—¿Deseas algo de mí?

—Dime, Bindú, ¿qué opinas de Nayak?

—No le conocía antes. Sólo había oído hablar de él y en el trayecto entre el aeropuerto y la granja no hemos hablado, pero me parece un extraordinario líder.

—¿Extraordinario líder?

—Sí, pero no de los que calzan chalinas de oro y pedrería, si no de los que hacen el camino descalzos. Tiene carisma, las mujeres se pueden enamorar masivamente de él.

—Vas a acercarte a él. Le ofrecerás todo lo que él quiera tomar de ti, le halagarás con sabiduría y él hablará, hablará mucho. Luego, tú me contarás todo lo que bulle en su cabeza, absolutamente todo.

—¿Es una orden? —preguntó la joven.

—Sí, es la orden de tu gurú. Te he conservado virgen, intacta, sin palabra de casamiento con nadie. Tu vientre puede ofrecer cobijo y amor y ello te será fácil, porque, como tú has dicho, las mujeres os podéis enamorar de él, pero en ningún momento olvidarás que tu gurú soy yo y no él. Si me traicionas a mí, será como traicionar a esta comunidad religiosa y si traicionas a los Gudhaka-Bhujanga, serás castigada como mereces.

Bindú sabía muy bien que los castigos que se infligían dentro de la comunidad eran muy crueles y humillantes, y se sabía que, en ocasiones, los sometidos a castigo, cruelmente torturados, habían desaparecido para no volver a aparecer jamás. Incluso habían tenido que recibir a la policía que por orden del juez efectuó algunos registros, pero nada anormal se había hallado y el joven gurú Artha-Dharma lo había recibido con una sonrisa mezcla de suficiencia y desprecio. Después, se apresuró a denunciar en los periódicos la persecución de que eran objeto por fanáticos de otras religiones.

Bindú asintió, tenía que obedecer. Siempre había sido un carácter débil, sumiso. Artha-Dharma ejercía una gran influencia sobre ella, máxime desde que decidiera protegerla y colmarla de todos los respetos.

Mas, ahora llegaba la hora de los sacrificios y se los pedían, todos le pedían que entregase todo cuanto una doncella como ella podía entregar y que lo hiciera como una seductora.

Su conciencia le advirtió que su comportamiento con Nayak iba a tener mucho de engaño, pero debía obedecer y obedecería Le

cabía la posibilidad de arrojar su sari, buscar una blusa y unos tejanos y partir hacia cualquier ciudad grande de Estados Unidos donde la secta no pudiera encontrarla jamás, cosa que dudaba, porque en una ocasión, una muchacha que se había marchado fue encontrada y devuelta a la comunidad, donde fue castigada ejemplarmente según Artha-Dharma.

La muchacha veía pasar ahora los días sin fin dentro de un manicomio o, como era mejor decir, una clínica psiquiátrica en la que se sospechaba que el gurú Artha-Dharma tenía gran influencia con la dirección, pues parte de los fondos para su mantenimiento salían de las arcas de los Gudhaka-Bhujanga.

Capítulo III

MARGA era una echadora de cartas de Tarot bastante conocida en aquellos medios.

Tenía algunos clientes fijos, aunque esto se llevaba con mucho secreto.

Nadie, al verla, podía pensar que fuera una adivinadora profesional, más bien se la podía tomar como una alta ejecutiva de *marketing*, publicidad o cualquier otra cosa, siempre con un empleo moderno.

El multimillonario Henry D. Donaller acudía de vez en cuando al estudio de la mujer o ella iba a donde él u otros como él la requerían para echarle las cartas.

Si algún periodista hubiera denunciado en su periódico que un financiero multimillonario en dólares como Henry D. Donaller, antes de iniciar negocios, acudía a una echadora de cartas, nadie se lo hubiera creído. Incluso, él mismo hubiera puesto pleito contra el periodista y habría ganado el proceso, pero allí estaba, arrellanado en la butaca alta y muy cómoda, tapizada en piel de elefante.

Sobre el tapete rojo, Marga iba soltando los naipes de Tarot después de que el financiero hubiera barajado el mazo personalmente como era obligado, pues su magnetismo debía pasar a las cartas que tenían que transmitir lo que él pensaba y cuanto le podía suceder.

—El juicio... —decía Marga— como es habitual en usted.

—Quiero saber si el negocio con la Steel Union me saldrá bien o no.

—Aquí tenemos la muerte...

—Mal asunto —rezongó el financiero con cierta preocupación.

Era un hombre elegante, de elevada estatura y sienes plateadas, un hombre que en todas partes parecía muy seguro de sí; sin embargo, estaba muy dubitativo.

—La muerte es un cambio en su vida.

—Eso ya lo sé.

—Posible futuro, la torre fulminada por el rayo.

—Malo, malo. Cada vez me lo pones peor, Marga.

—Yo diría que hay una influencia nefasta en sus negocios actuales.

—Puede.

—Tendrá que liberarse de esa influencia nefasta.

—¿Cómo? —preguntó, molesto. Antes de que ella respondiera, añadió—: Me estoy jugando bastante dinero en el negocio que tengo entre manos.

—¿Podrá vencer esa influencia nefasta?

—Ya he preguntado cómo.

—¿Financieramente, le puede ganar la partida a su rival?

—Lo veo difícil —admitió él, sinceramente.

—Podría recurrir a la magia.

—¿Magia, para ganar en los negocios?

—Sí, magia negra.

El financiero miró a Marga. Ésta rondaría los cincuenta años, pero podían colocársele tranquilamente entre treinta y treinta y cinco años. Sabía cuidarse. Había borrado de su rostro las arrugas con cirugía estética, controlaba los alimentos que tomaba y con los buenos dólares que ganaba echando las cartas, había hecho curas de rejuvenecimiento en clínicas apropiadas.

Sin soltar los naipes, sin querer descubrir la última de las cartas, la mujer preguntó:

—¿Cree usted en la magia negra?

—¿Te refieres al vudú y todo eso? —replicó él, que conocía tan bien a Marga, que había llegado a acostarse con ella en un par de ocasiones.

—No me refiero a una magia negra folklórica, si no a algo más serio, más profundo.

—¿Más efectiva también? —preguntó, al borde del sarcasmo.

—Estoy hablando en serio. Si usted supiera cómo... —puso mucho misterio en su voz— vencer a sus enemigos, los podría anular.

—¿Utilizando los dólares, las influencias o la magia?

—Las ciencias ocultas.

—¿De veras hablas en serio, Marga?

—Tengo conocimiento de que se va a celebrar un seminario de ciencias ocultas a un alto nivel y de composición muy selectiva.

—Yo vengo a que me echas las cartas, pero no soy ningún aficionado a la magia negra, a las ciencias ocultas.

—En ese caso, olvide lo que le he dicho. Yo pensaba que usted quería vencer a sus rivales en los negocios al precio que fuera.

—Un momento, un momento, no nos precipitemos —pidió Henry D. Donaller.

Marga le sostuvo la mirada. Aquel hombre lo mismo podía ganar millones de dólares en una de sus operaciones financieras que perderlos, y para no perder sus millones estaría dispuesto a luchar con las armas que fuera.

—Yo no pertenezco al grupo, no puedo permitirme ese lujo.

—¿Tan caro es?

—Un poco caro sí es. Se trata de un seminario de ciencias ocultas a muy alto nivel, para personajes poderosos que luego quieran utilizarlas en sus negocios o en su vida habitual sin necesidad de acudir a nadie.

—¿Se trata de pinchar muñecos? —preguntó, burlón.

—Es más que eso. No se burle, Henry. En ese seminario están los más importantes profesores de las ciencias ocultas que existen actualmente, allí no se harán concesiones a nadie. No será un seminario para echarse flores mutuamente o para atacar a los magos no asistentes. Allí, el que acuda podrá aprender lo que le estará vedado al resto de la humanidad en cuanto a ciencias ocultas se refiere y luego podrá aplicarlo a su vida habitual.

—Tengo la sensación de que el que acuda a un seminario de esa clase quedará un poco en ridículo y corre el riesgo de aparecer en revistas amarillas y ser la burla de todos sus compañeros.

—Por lo que sé, quienes acudan a ese seminario lo harán de total incógnito. Un maquillador profesional les cambiará el rostro de tal manera que al mirarse al espejo quien quiera que sea, no se va a reconocer a sí mismo. Por más fotografías que le hagan, no servirá de nada. Los asistentes tampoco se reconocerán entre sí.

—¿Y quién me garantiza que todo lo que me dices es cierto?

Ante el manifiesto recelo del financiero, Marga respondió:

—El pago de la asistencia al seminario. No tendrá que pagar

hasta después de haberse celebrado. Si no está conforme con algo de lo sucedido, puede negarse a pagar.

—Puede prescindirse de cierta cantidad de dinero si alguna revista con fines de escándalo paga más.

—Es que no le he dicho que asistir a ese seminario de ciencias ocultas cuesta cincuenta mil dólares.

—¿Cincuenta mil? —exclamó, extrañado casi hasta la incredulidad.

—Sí, claro que está comprendido todo, asistencia, comidas, estancia, maquillaje.

Vestuario, sesiones especiales dedicadas a cada uno de los seminaristas.

—Pero, eso es mucho dinero.

—Sólo se admiten siete asistentes, además de los maestros. Se supone que el que acepte ir es porque está muy interesado en ello y, además, dispone de mucho dinero.

—¿Y quién está detrás de todo esto?

—Los Gudhaka-Bhujanga.

—Eso me suena a *Hare-Krisna*, Rachimura o algo por el estilo.

—Son orientalistas, pero no son los que ha nombrado.

Ellos están más abiertos, captan adeptos en general, pero dedican su máxima sabiduría a las clases selectivas.

—¿No estarán buscando dinero?

—Son ya muy fuertes económicamente, aunque es posible que sí busquen dinero, claro que a cambio ofrecen enseñanzas por los mejores maestros de ciencias ocultas.

—De modo que son una comunidad religiosa, pero no les importa aliarse con el mismísimo Satanás para que sus arcas se llenen de dólares.

—¿Le importaría a usted aliarse con el diablo si con ello conseguía más éxito en los negocios?

Henry D. Donaller se echó a reír abiertamente.

—Tienes razón, no me importaría aliarme con el mismísimo Satanás. Los negocios son los negocios.

—Creo que usted no es el único que piensa así.

—Un momento —cortó su risa—. ¿Quiénes serán los otros seis?

—Ni siquiera sé si queda alguna plaza. Yo sólo he oído comentarios, pero lo que sí es seguro es que si los demás no

conocen el nombre de los otros congresistas, en el caso hipotético de que usted fuera, tampoco podría conocer la identidad de los demás. Todos serán anónimos entre sí.

—¿Cuánto te dan a ganar a ti, Marga?

—En dinero, nada.

—¿En especies, acaso?

—Digamos que si yo colaboro algo, tendré influencias. Esa gente está conectada con tipos interesantes. Si usted decide participar en ese seminario de ciencias ocultas, conocerá a esos tipos en vivo y de inmediato; a mí me será mucho más difícil.

—Hum, creo que puede ser interesante. ¿Y dices que esos maestros de las ciencias ocultas pueden hacer lo que yo les pida?

—Yo sólo soy una adivinadora, pero ellos son algo más, mucho más. Pueden conseguir cosas que no nos hubiéramos atrevido siquiera a imaginar.

—¿Por qué no hacemos una cosa, Marga?

Ella le observó interrogante, de aquel financiero podían esperarse las preguntas más extrañas.

Le había sugerido que participase en el seminario de ciencias ocultas exclusivo para personajes con grandes fortunas, había sido sincera y le había declarado que si conseguía que él se inscribiese en el citado seminario, ella recibiría un trato de favor entre los maestros de las ciencias ocultas.

—Vas a echarme las cartas.

—Si aún no he terminado...

—Tendrás que echármelas de nuevo para saber si ese seminario me va a ser favorable o no. Quiero saber a qué atenerme. ¿De acuerdo?

Marga asintió. Sin descubrir la última carta, las recogió todas para formar el mazo que habría de barajarse nuevamente.

Capítulo IV

LA joven Bindú pisaba el acelerador con seguridad. No era una conductora dubitativa, movía bien el volante, sorteaba a los otros automóviles y efectuaba adelantamientos con sangre fría pese a que en una ocasión, un camión con una cola de siete automóviles, la rebasó casi rozándola, tocándole el claxon, pero ella hizo caso omiso.

Cuando el peligro hubo pasado, miró de reojo a Nayak que viajaba a su lado sin hacer ningún comentario.

Se detuvieron en una estación de servicio. Bindú pidió que le llenaran el depósito de gasolina y repasaran el aceite, el aire de las ruedas y los frenos.

El empleado que les atendió observó con cierto recelo a Nayak que vestía unos simples tejanos y una camisola muy abierta, prendas que no hubieran llamado la atención, pero sus largos cabellos, su barba, su aspecto general y al verle al lado de una mujer joven tan bonita, le hicieron pensar que ella podía tener problemas.

—¿Te has fijado en ese hombre? —preguntó Nayak.

—¿Qué hombre?

—El empleado.

—No, ¿por qué?

—Me parece que tiene la impresión de que yo soy un autoestopista y de que tú me has recogido en la carretera, y que te voy a hacer una faena a poco que se presente la ocasión.

—Qué tontería —sonrió ella.

Almorzaron, se tomaron un descanso y luego, prosiguieron viaje.

—¿Está muy lejos?

—Ya, no —dijo ella—. Dentro de cinco millas nos hemos de salir de la carretera general.

La carretera por la que se internaron era estrecha, le faltaba gran

parte del asfalto y el coche tenía que ir aplastando matojos que crecían en ella, algunos bastante altos.

—¿Podrás seguir por esta carretera?

—Sí —respondió ella con seguridad—. No hay piedras, hay asfalto y tierra. Las plantas crecen con mucha rapidez, los coches y los camiones que pasan por aquí lo aplastan todo, pero luego crecen con gran rapidez. Los que no conocen bien el camino no se atreven a seguir adelante.

—¿Y no hay peligro de que haya crecido un árbol lo suficientemente sólido como para frenar el coche?

—No; además, este coche está preparado.

—No sabía que fuera un todo terreno.

—No lo es, pero sí es un buen coche. Además, le han soldado una plancha de hierro entera en los bajos para que no se estropeen y en la parte delantera, por debajo del parachoques, asoma un canto afilado que corta los hierbajos y cañas. Aquí hay tanta humedad que la vegetación no es dura.

—Veo que lo habéis previsto todo.

Aquel camino olvidado no era corto, se prolongaba millas y millas hacia el interior.

Posiblemente, años atrás, aquel camino lo habían abierto pesados carros con tiro de mulas.

Se encontraron frente a una pasarela hecha con troncos que cruzaba un río de aguas lentas y oscuras. Bindú frenó, se echó hacia atrás y tras un largo suspiro, confesó:

—No puedo más.

—¿Cansada?

—Sí.

—¿Falta mucho?

—Algunas millas. —Le miró para decirle—: Voy a darme un baño. ¿Te molesta?

—No, ¿por qué? Es sano bañarse, si el río no está contaminado, claro.

Ella se apeó del coche y fue hacia la pasarela. Quedó oculta por poco tiempo tras unos troncos y luego, reapareció, ya dentro del agua, nadando con soltura.

—¡Está buena el agua, Nayak!

El hombre se acercó a la pasarela, la observó y miró en su

derredor. Todo estaba muy tranquilo. Algunas aves que habían dejado de cantar al oír el ruido del motor del automóvil, reanudaron su canto.

Bindú lanzó un grito, tratando de alzarse sobre el nivel del agua. Súbitamente, acababa de sentirse sujeta por un pie. ¿Qué había debajo de aquellas aguas tan oscuras?

Volvió a gritar y, de pronto, una masa brotó junto a ella. Pronto reconoció el rostro barbudo de Nayak que se rió de ella tras de soltarle el pie.

—¿No tienes miedo de que te atrape un caimán?

—Me dijeron que sólo había caimanes río abajo. Me has asustado, ¿no te han dicho que eres muy silencioso?

Nayak miró alrededor. Después de ver tanto bosque verde, aquello era prácticamente una selva.

—¿Te habías bañado alguna vez aquí? —preguntó.

—Sí, en otra ocasión. Es un buen sitio para descansar, dentro de dos millas empezará el pantano.

—¿Y es muy largo?

—Algunas millas. En época de lluvias, es impracticable. Hay que conocer las señales para poderlo cruzar con el coche. Si te equivocas, te hundes en el barro y no sales.

—Es un lugar peligroso, ¿no? —le dijo Nayak más que preguntó mientras se sostenía en el agua braceando lentamente.

—Sí, por eso es tan virginal.

Salieron del agua. Bindú se tendió sobre la hierba, boca abajo. Su piel blanca estaba perlada de gotas que brillaban a la luz del sol. Cerca de ella, Nayak la contempló en su hermosa desnudez.

—¿Puedo preguntarte algo?

Bindú apenas volvió la cabeza. Nayak también estaba desnudo y a ella no pareció importarle demasiado. Sus ojos eran claros, su sonrisa, levemente obsequiosa, no había temor en su rostro.

—¿Eres virgen?

—Ajá. ¿Tiene alguna importancia eso?

—Supongo que lo eres porque deseas serlo.

—Sí, debe ser como tú dices.

—¿Y no tienes ningún temor de que yo...?

—No. Tú eres un hombre perfectamente autocontrolado, no te dejas llevar por una pasión.

—Pero, soy un hombre y el hombre siempre es débil ante la seducción de una bella mujer.

Ella rió levemente.

—¿Crees que te estoy seduciendo?

—¿Y no es así?

—Será mejor que reanudemos el viaje —dijo Bindú. Levantándose, fue a buscar sus ropas.

—¿Quieres que conduzca yo a partir de ahora?

—Gracias, pero es mejor que lo haga yo que conozco bien el peso del automóvil.

—Ese puente, si no lo cuida nadie, no va a durar mucho.

—Aunque no se note, está restaurado para soportar el peso de automóviles, claro que una crecida del río podría llevárselo.

Bindú siguió conduciendo, ahora lentamente, por la senda de tierra húmeda pero firme que se introducía por el pantano.

Había que seguir las señales amarillo-verdosas conque habían pintado algunos troncos de árboles y postes de hormigón clavados en la propia tierra.

A derecha e izquierda, las grandes manchas de barro se entremezclaban con la vegetación. Había árboles que eran como esqueletos gigantes y otros, repletos de follaje donde las aves anidaban y desde ellos lanzaban agudos y largos silbidos.

—Parece una selva centroamericana —opinó Nayak.

—Es que estamos en el sur de la Unión. Mira, allí se termina el pantano, la tierra será más firme. Aunque esté marcado, el camino siempre me produce una sensación de gran inseguridad al pasar por aquí.

—Bastaría con que alguien cambiara unas señales de sitio para que el pantano engullera el coche.

—Sería una muerte muy desagradable.

Dejaron el pantano atrás y subieron hacia un otero. Caía la tarde.

—¿Sabías que esa montaña es mágica?

—¿De veras? —inquirió, un tanto escéptico.

—Sí, por eso ha sido escogida en varias ocasiones a lo largo de la historia. Aquí se encontraron restos funerarios de tribus indias.

—¿Seminólas?

—Creo que eran anteriores a los seminólas, pero no me hagas

mucho caso, no soy antropóloga.

Nayak silbó de admiración. Acababan de entrar en lo que parecía una población abandonada. Las casas de madera eran independientes unas de otras. Gruesos troncos las separaban de la tierra. Allí abundaba la vegetación.

—Éste es el lugar —dijo Bindú, deteniendo el coche frente a una edificación mayor que las otras.

—¿Es una ciudad fantasma?

—Sí, una Ghost Town.

—¿No pertenece a nadie? —inquirió Nayak, mirando alrededor.

—Las tierras fueron adquiridas por la comunidad Gudhaka-Bhujanga.

—¿Y para qué? —preguntó Nayak, que seguía mirando las viejas casas de madera, bien separadas unas de otras, casas con puertas y ventanas cerradas. El abandono no era total, los cristales no estaban rotos.

—Creo que se quiere levantar un santuario en este lugar.

—¿Un santuario?

—Sí, para la meditación, lejos del mundo. Aquí no hay electricidad y no existen más perturbaciones que los pensamientos de uno mismo y de las fuerzas ocultas que emergen del subsuelo.

—¿Qué fuerzas son éstas?

—No se sabe aún, lo están estudiando. Fíjate que este otero es la única colina en muchas millas a la redonda. Desde aquí arriba, si te separas de los árboles que aquí crecen tan hermosos, robles y álamos, sólo se ve un mar de vegetación. En realidad, los pantanos rodean este otero.

—¿Se sabe quién construyó esta población?

—Fue una secta religiosa, hace un siglo. Quiso apartarse del resto del mundo y vivir su vida. Debieron contraer una enfermedad, una epidemia que terminó con todos o casi todos, porque otros debieron huir ante la muerte y quizá no pocos desaparecieron en el cieno de los pantanos. En los años treinta, aquí se escondieron unos hampones de Kansas.

—¿Y estuvieron mal o bien aquí?

—Tres murieron de forma inexplicable, dos desaparecieron en los pantanos y los demás, fueron ahorcados en Kansas, después de ser capturados por la KDI^[1]. He oído contar que se habían vuelto

locos y que en vez de oponer resistencia a ser capturados, se abrazaron a la policía, a los mismos que luego les llevaron a la horca. Por lo visto, la horca, no les daba tanto miedo como permanecer aquí.

—Siempre se cuentan historias espeluznantes de los lugares abandonados.

—A nadie que viaje solo le gusta quedarse en una Ghost Town.

—¿Y tú no tienes miedo?

—A tu lado, no —respondió la joven con sencillez.

—¿Por qué? ¿Crees que soy invulnerable?

—Sé que eres poderoso. Controlas tu hiperestesia y estás dotado de telepatía.

—Algo de eso hay, pero no todo lo que se cuenta.

—¿Serías capaz de anticiparte a algún peligro?

—Puede, y no siempre.

—¿Por qué te quitas méritos?

—Yo no soy ningún superhombre; sólo tengo algunas facultades de las llamadas paranormales.

—Tienes mucho más, Nayak, mucho más. Has estado mucho tiempo en el Tíbet, en el Nepal, en la India. Has bebido en las raíces de nuestra religión.

—Por eso estoy tan confuso.

—¿Confuso? No te entiendo.

—Cuando crees que van a esclarecerse tus dudas, surgen más, pero no quiero hablar de ello ahora, no quiero transmitirme mi confusión. Ahora, dime, ¿por qué me has traído aquí?

—Para que vieras este lugar. Ya te he dicho que esta colina en medio de los pantanos es propiedad de nuestra comunidad.

—¿Fue Artha-Dharma quién ordenó la compra?

—Sí.

—¿De veras que es para levantar un santuario dedicado a la meditación?

—Ajá.

—Supongo que este sitio ha sido escogido por algo más que por la soledad en que está.

—Sí, por las fuerzas que aquí convergen. Además, ésta es una Ghost Town y eso la hace particularmente interesante.

—Yo no veo por qué ha de ser interesante que sea una ciudad

fantasma, con una historia muy negra y tétrica, además.

—¿No te han hablado de los seminarios?

—¿Qué seminarios?

Bindú vio el desconcierto en el rostro de Nayak, aquel rostro que la atraía, un rostro que no le costaría ningún esfuerzo amar.

—Sé que Artha-Dharma cuenta contigo como uno de los principales maestros de los seminarios.

—¿Seminarios de qué?

—Habrá de todo, orientalismo, yoga, parapsicología integral y ciencias ocultas.

—¿Ciencias ocultas, seguro?

—Sí, he oído que aquí vendrán los maestros de maestros en ciencias ocultas para llevar a cabo un seminario para unos pocos personajes inscritos.

—¿Qué pretende Artha-Dharma con esto?

—No lo sé.

—Nuestro maestro Old White no habló jamás de ciencias ocultas.

—Yo no llegué a conocer a Old White, al maestro de maestros, al fundador.

—Creo que esta comunidad lleva un camino equívoco. Tengo que hablar con Artha-Dharma de todo esto.

—No le harás cambiar, todos le obedecen. Es el gurú indiscutible de nuestra comunidad religiosa.

—Es posible, pero se ha desviado de las líneas marcadas por el fundador Old White.

—Dime, Nayak, ¿tú sigues fielmente todas las normas marcadas por el maestro Old White?

—Él era un hombre, no un dios y lógicamente, debía tener algunas equivocaciones, lo que él proclamó puede ser mejorado.

—Eso es lo que piensa Artha-Dharma Ahora, la comunidad no es pobre. Disponemos de casas, granjas, tierras de labor que muchos de nuestros hermanos trabajan. No se puede negar que se rehabilita a alcohólicos y drogadictos.

—De acuerdo, de acuerdo. Sin embargo, muchas comunidades o fundaciones hacen lo mismo, ofrecen ayuda efectiva a marginados, lo cual no sólo es loable si no exigiblemente necesario, pero por otro lado destruyen, son dañinas a la humanidad y sus buenas

acciones, que son las más aireadas, no compensarán jamás el daño que hacen.

—No puedo discutir contigo, Nayak, no sé tanto como tú ni como Artha-Dharma al que obedezco como gurú de nuestra comunidad religiosa.

—De acuerdo, ya hablaré con él, pero hubiera deseado conocer antes este asunto de las ciencias ocultas. ¿Qué es lo que pretende con este seminario?

—Ayudar a los que se inscriban, supongo.

—¿Ayudar, cómo? El que se inscriba a ese seminario de ciencias ocultas es que ya de por sí es maligno, Todos somos hermanos en este mundo que vivimos, tanto da que pertenezcamos a una comunidad religiosa o que seamos ateos, pero unos pocos pretenden dominar las ciencias ocultas.

—Quizá eso no sea tan malo y esas personas, a cambio de algunas enseñanzas, ofrezcan ayudas importantes a nuestra comunidad y esas ayudas puedan colaborar a nuestra expansión.

—No es imprescindible expandirse. Hay sectas religiosas que tienen números *clausus*.

No entra otro prosélito nuevo hasta que muere o desaparece otro de los que ya la forman.

—Eso son sectas religiosas oscurantistas.

—Sí, pero no creas que los Gudhaka-Bhujanga vamos a ser distintos. El fundador Old White la fundó basándose en las milenarias raíces del sintoísmo, del confucionismo y otras religiones, extrayendo lo mejor de cada una de ellas, pero todo ha cambiado desde la muerte de Old White. Una comunidad religiosa debe expandirse por sí misma sin forzar la expansión, sin provocarla artificialmente con los nuevos medios de comunicación de masas, publicidad incluida.

—Si no se utilizan esos medios, la expansión puede tardar siglos como ha ocurrido en otras religiones.

—Sí, y esas son las que dejan mejor poso. Lo siento, pero estas fórmulas de expansión que están empleando me suenan a engaño.

—A Artha-Dharma no le gustarían esas palabras.

—Es posible —admitió Nayak.

Se llevó las palmas de las manos a las sienes, su rostro adquirió un gesto de preocupación y sus ojos se cerraron. Bindú, la hermosa

joven rubia de ojos claros, preguntó:

—¿Qué te ocurre, te encuentras mal?

—Hay alguien más.

—¿Qué? —preguntó Bindú sin acertar a comprender.

Sin abrir los ojos, con las sienes oprimidas por las palmas de sus manos, repitió:

—Hay alguien más cerca de nosotros, lo capto, y es alguien con una mente poderosa.

Bindú, inquieta, miró alrededor.

Capítulo V

NAYAK se fue orientando hasta encararse con la mayor de las edificaciones, una construcción que tenía doble altura que sus hermanas y que debía haber sido el centro de reunión de la comunidad que allí se había refugiado un siglo atrás, o quizá antes de un siglo.

—¡Sal de ahí quien quiera que seas! —exclamó Nayak con voz fuerte, rotunda.

Bindú miró primero a Nayak, se admiró de su poderosa voz, de saberse enfrentar a lo desconocido. Después, miró hacia la edificación que dominaba a las otras, todas ellas abandonadas pero restauradas, como esperando recibir la visita de nuevos habitantes.

Bindú comenzó a oír una carcajada apenas audible, una carcajada lejana que fue aumentando de volumen hasta que resonó en todo el poblado, como si surgiera de alguna grieta infernal. Era una carcajada burlona, sarcástica, una carcajada maligna.

Sin que ambos jóvenes tuvieran que moverse de donde estaban, vieron abrirse la puerta de lo que debía haber sido la capilla de aquella comunidad religiosa, una comunidad que parecía haber adorado más a las fuerzas del mal que a las del bien.

Bindú se acercó más a Nayak. Le habían dicho que allí estarían solos. ¿Qué ocurría con aquella carcajada demoniaca? En aquel lugar se producían fenómenos extraños, fenómenos que según le habían contado, eran capaces de helar la sangre de quienes podían presumir de estar seguros de sí mismos, de su raciocinio.

Tuvo miedo.

Allí habían estado trabajando unos hombres durante unos pocos días para restaurar el lugar por orden de Artha-Dharma y Bindú sabía que habían ocurrido hechos extraños, desagradables. Dos hombres habían desaparecido en el pantano y otros dos, pelearon entre sí de forma sangrienta, hasta tal punto que uno de ellos había

muerto.

Artha-Dharma había resuelto que la policía no debía enterarse de lo ocurrido. Había hecho desaparecer el cadáver y al asesino se lo llevaron como para soltarlo lejos; pero Bindú tenía sus dudas de que siguiera vivo.

Artha-Dharma no quería que los periódicos hablasen mal de los Gudhaka-Bhujanga, la comunidad religiosa orientalista en la que ya no había más orientales que el anciano Prití y unos pocos más que se habían afiliado en su período inicial y que fueron muy bien recibidos en la comunidad porque su aspecto físico ayudaba a dar imagen de orientalismo.

El hombre apareció en el atrio con los brazos separados, como disponiéndose a dar un feroz abrazo.

Era un gigante de algo de más de dos metros, con la cabeza totalmente rapada. Sus cejas negras, muy anchas y espesas, protegían unos ojos grandes y penetrantes que parecían obsesivos porque apenas parpadeaban.

Aquel singular personaje, que pesaba por encima de los ciento cincuenta kilos, se cubría con una capa de seda negra que sujetaba delante de su pecho con una gruesa cadena de oro de la que colgaba un medallón tan grande que debía tener un palmo de diámetro. En aquel medallón habían labrado signos cabalísticos y destacaban unas piedras preciosas de tallas muy antiguas, tallas que carecían de la perfección que hubiera podido darles un gemólogo moderno.

—¡Bien venidos a Ghost Town! —exclamó, alargando las sílabas con voz profunda.

—¿Quién eres? —preguntó Nayak.

—Soy Marcus. ¿Acaso no habéis oído hablar de mí? —preguntó desde el lugar donde se hallaba, lo que le daba una posición más elevada, pues el suelo se alzaba casi dos metros.

La capilla también se hallaba elevada sobre el suelo, sostenida por gruesos troncos que se hundían en la tierra, como si por debajo de la misma hubiera de discurrir un río cuando ello era imposible, pues se hallaban en la pequeña planicie que había sobre el otero, un lugar muy arbóreo que impedía ver bien los pantanos que lo rodeaban. Más, bastaba alejarse unos doscientos metros en la dirección que fuera, para comenzar a descender la colina en dirección al traidor pantano.

—¿Eres Marcus, el satanista? —preguntó Nayak.

Marcus volvió a dejar oír su carcajada, lenta y profunda.

—¿Dónde has oído hablar de mí?

—En Katmandú.

Marcus rió de nuevo, su carcajada dominante transpiraba satisfacción.

—Estaba seguro de que mi fama se propagaría por toda la tierra. Y tú, ¿quién eres?

—Me llamo Leonard J. Pupsio.

—¿Leonard J. Pupsio? —repitió—. No he oído hablar de ti jamás.

Bindú puntualizó:

—Algunos le llamamos Nayak.

—¿Nayak? —Silabeó Marcus—. ¿Uno que dobla cucharitas como Uri Geller?

—No soy ningún paranormal de circo —te replicó Nayak—. Ahora, nos vas a decir qué haces aquí.

—Supongo que lo mismo que vosotros —confesó Marcus a medias, bajando por las amplias escalinatas hechas con medios troncos.

La perilla casi faraónica daba a Marcus un aspecto enigmático y anacrónico. Era un personaje de difícil clasificación en el tiempo.

Sin cambiar nada de su aspecto ni indumentaria, podía haber vivido en cualquier época de la historia de la humanidad desde los tiempos en que los astrólogos babilónicos dirigían los destinos de los pueblos hasta la era más moderna y sideral, pasando por el alquimismo medieval.

—Nosotros acabamos de llegar, tú ya estabas aquí —le dijo Bindú, más segura de sí misma gracias a la proximidad de Nayak.

—Os confesaré algo. He llegado en helicóptero, no quería atravesar a pie ni en vehículo el pantano. Sé que es malo, que está lleno de insoportables mosquitos. Los hombres voluminosos como yo —se carcajeó de sí mismo antes de proseguir— emitimos más calor.

Nos cuesta mucho más enfriar nuestro cuerpo y eso, los mosquitos lo notan y antes de irse a picar a otros, prefieren escoger como víctimas a seres corpulentos como yo.

—¿Vas a pasar la noche aquí? —quiso saber Nayak.

—Sí; mañana, el helicóptero volverá a recogerme.

—¿Por qué estás aquí? Esto es propiedad privada.

—¿Propiedad privada? —repitió, sorprendido—. Si te refieres a que es de los Gudhaka-Bhujanga...

—Así es.

—¿Vosotros también pertenecéis a esa secta orientalista?

—Sí —confesó Bindú.

Por su parte, Nayak no dijo nada.

—Me han contratado para un seminario de ciencias ocultas que va a durar unos pocos días, un seminario que tendrá su sede en esta Ghost Town y he preferido conocer antes el lugar. Sí, debía conocerlo antes de que se celebre el seminario. Para nosotros, los magos, brujos o como quieran llamarnos, es vital conocer el sitio donde vamos a celebrar nuestras ceremonias. Hay sitios que no son propicios. Eso lo sabrás tú muy bien, Nayak, por eso estás aquí, ¿verdad?

—No conocía esta Ghost Town —confesó Nayak, sin querer responder demasiado a la pregunta de Marcus. No deseaba decir que Bindú no se lo había contado todo antes de llegar.

—A mí, este lugar me parece muy bueno para las invocaciones, posee energía geomagnética en abundancia. Además, está lleno de tumbas malditas.

—¿Qué quiere decir «tumbas malditas»? —preguntó Bindú.

—Pues eso, las casas no están aquí por casualidad. Los que levantaron estas casas enterraban a sus muertos debajo, las tumbas se pueden encontrar filtrándose entre los troncos de sostén.

Nayak le preguntó abiertamente:

—¿Crees en la energía de los muertos?

—Pues, claro, especialmente de los cadáveres malditos. Sé mucho sobre eso, sé más que nadie.

—¿Vas a disertar en el seminario de ciencias ocultas sobre la energía de los muertos? —preguntó Nayak.

—Posiblemente. ¿Y tú?

—No lo sé —confesó Nayak.

—¿No lo sabes? ¿Qué harás, torcer cucharillas y arreglar relojes? Marcus volvió a reírse, hiriente.

—Quizá, quién sabe. ¿Quién más va a venir?

—Vuestro gurú Artha-Dharma no me lo ha dicho; sólo me

explicó que vendrían algunos más, los verdaderamente importantes, y que uno sería de la propia secta. ¿Serás tú ése?

Nayak, ambiguo, respondió:

—Puede.

—¿Tienes miedo de que descubra tus secretos?

—No tengo miedo de nada.

—Eso, ya se verá en su día. Tengo la impresión de que este seminario se va a convertir en una especie de duelo entre especialistas de las ciencias ocultas ante un público muy escaso y selectivo.

—No es mi intención competir con nadie.

—¿Tienes miedo?

—¿A ti? —Silabeó con un ligero tono de desprecio.

Marcus adelantó sus grandes manazas y las juntó cruzando los dedos. Eran manos enormes, manos de grandes dedos.

—Con éstas puedo destrozar a quien quiera, puedo arrancarle las vísceras al más fuerte y arrojárselas a los demonios.

—Sueltas demasiadas bravatas, Marcus.

—¿Tú crees? Y esta chica, ¿es tu amante?

—Es una mujer dueña de sí misma.

—Puedo llevármela conmigo, entonces.

Alargó su manaza para coger a Bindú por uno de sus delicados brazos.

Nayak tendió su mano con los dedos algo separados entre sí. Eran dedos largos, nudosos, dedos de hombre con gran capacidad mental.

Marcus vio las puntas de los dedos muy cerca de sus ojos. Hubiera bastado un golpe seco por parte de aquellos dedos para saltarle los ojos.

Marcus se sintió muy molesto y los ojos le escocieron, fue como si una dura energía penetrara por ellos, castigándole las pupilas y también las retinas. Intentó apartarse, pero las puntas de los dedos fueron tras sus ojos.

No cabía duda de que por la punta de aquellos dedos brotaba una energía que le hería, una energía que le advertía de grandes poderes.

Cuando Bindú sintió que el gigante la soltaba, suspiró de alivio y se tranquilizó también al comprobar que los hombres no habían

peleado. Había temido una pelea en aquel lugar solitario que habría sido una pelea a muerte.

Marcus era tan grande, sus manazas resultaban tan fuertes y pesadas, que había temido por Nayak, aunque éste le había demostrado que no temía a Marcus.

—Este lugar inquieta a todos, predispone a los hombres unos contra otros.

Marcus, queriendo disimular que acababa de sufrir su primera derrota frente a Nayak, al que ya había comenzado a considerar su enemigo, sonrió antes de decir:

—Sí, es un lugar con energía negativa, una energía que predispone a la agresividad. Esta Ghost Town tiene una larga historia sangrienta.

—Ya.

—¿De veras has sabido que estaba ahí dentro sin haberme visto? —preguntó Marcus, señalando la capilla de aquel poblado fantasma olvidado en medio de los pantanos.

—¿Te extraña?

—¿Eres capaz de captar por telepatía o por hiperestesia?

—Yo he sabido que había alguien cerca. ¿Te basta eso? —preguntó Nayak, sin querer confiarse demasiado a Marcus.

—Sí, claro, no hay que descubrir todas las cartas hasta que celebremos el seminario.

¿Sabes quiénes se han inscrito?

—No.

—¿Y tú? —preguntó, mirando a la muchacha.

—Tampoco, creo que es secreto.

—Ya hay muchos que quieren jugar a brujos y no desean que se sepa. Hemos de hablar más con vuestro gurú para saber qué es exactamente lo que desea de nosotros.

—Quizá complacer a los que participen en este seminario de ciencias ocultas —dijo Bindú.

—Sí, claro, pero ¿en qué manera?

—Quizá ellos mismos la expresen —volvió a decir Bindú.

—Me gustaría saber en qué están especializados los otros invitados que van a participar en este seminario.

—No te lo tomes como desafío, no es bueno —le recomendó Nayak.

—Siempre hay que demostrar que se es el mejor, así lo hizo Dios en el paraíso y venció a Luzbel.

—Porque era Dios —objetó Bindú.

—Luzbel cayó al fondo de los abismos, pero juró volver a subir y ser de nuevo la luz —salmodió Marcus.

Bindú puntualizó:

—El ángel caído jamás vencerá a Dios.

—Pero, puede vencer a todos sus hijos, hechos a imagen y semejanza suya.

Marcus se rió una vez más. Debía estar muy seguro del efecto avasallador que su carcajada ejercía sobre quienes se veían obligados a oírla.

—Podemos irnos, Nayak —sugirió Bindú, que no se sentía a gusto en aquel lugar de por sí negativo, máxime con la presencia del gigantesco Marcus.

—Marchaos mañana —les recomendó Marcus—. Seguro que Nayak querrá conocer mejor este sitio. Cuando empiece el seminario de las ciencias ocultas, querrá estar seguro de sí y de su entorno.

—Es posible, pero también es posible que jamás se llegue a celebrar ese seminario de ciencias ocultas.

—A mí, me interesa —dijo Marcus—. Yo tampoco soy mago de teatro, lo que yo hago es muy serio, muy importante. Conozco a los diablos mejor que nadie entre el mundo de los vivos. Quizá muchos de los muertos lo conozcan ahora mucho mejor que yo, pero no entre los vivos. Lo cierto es que el dinero hace falta a todos.

—Adiós, Marcus, que pases una agradable noche aquí en la soledad de esta Ghost Town —le deseó Nayak.

—No tengo miedo a los fantasmas, el diablo me protege. —Y volvió a carcajearse.

Bindú dio a la llave del coche, pero éste no se puso en marcha.

Clac, clac.

Miró a Nayak, desconcertada.

—No llega corriente eléctrica.

—Dale otra vez al arranque —pidió Nayak.

Marcus continuaba riéndose.

Clac, clac.

—Es inútil, no llega la electricidad —insistió la joven rubia.

—Abre el capó del motor —pidió Nayak.

Bindú obedeció. Movi6 la palanca que sujetaba el cap6 del motor y el propio Nayak la levant6. Observ6 las conexiones, prob6 que estuvieran bien sujetas y pidi6 de nuevo:

—Dale al arranque otra vez.

Clac, clac.

—Es inútil, no llega la electricidad.

—Puede que sea la batería, pero no haría este ruido tan seco. Las baterías se descargan lentamente, siempre tienen algo de electricidad, máxime después de circular. Además, esta batería es de las secas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bindú.

—Se podría intentar ponerlo en marcha llevándolo hasta la pendiente.

—Es que aquí, dentro del poblado, no hay pendiente —objetó la mujer.

—Dentro, no, pero por donde hemos llegado, sí.

—Te va a costar empujar el coche hasta la cuesta —rezongó Marcus, acercándoseles.

—¿Nos vas a empujar tú también?

—¿Yo? Oh, no, no. —Siguió riendo, como si gozara de las dificultades con que se encontraban Bindú y Nayak.

—Debe haberse cortado la corriente eléctrica por alguna parte —observó Bindú.

—En lugares como éste, se producen estos fenómenos, especialmente en circuitos eléctricos que son muy sensibles.

—Marcus tiene razón —admitió Nayak—. Son fenómenos de muy difícil explicación, es como si en el subsuelo hubiera alguna fuerza poderosa que succionase la electricidad y en otros casos, es a la inversa, que la despidiera.

—¿Y qué hago ahora?

—Mal asunto —opinó Marcus—. La noche cae rápidamente y me han contado que por estos lugares hay unos mosquitos terribles.

—Marcus tiene razón. Nadie se ha acercado al coche y ahora, no quiere ponerse en marcha.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Bindú.

—Estos fenómenos desaparecen tan inesperadamente como aparecen. Volveremos a darle a la llave luego.

—Insisto que será mejor que esperéis a mañana. Atravesar el pantano de noche es malo.

Os atacarán los mosquitos, los caimanes y os hundiréis en el cieno.

—Marcus, pareces un payaso de feria tratando de dar miedo a los niños.

—Bueno, pues intentad marchar con ese coche que no quiere arrancar.

—Llevo galletas, pan de molde, algunas latas y bebidas.

—La chica es previsor —observó Marcus—. Yo también he traído comida, podemos ser buenos amigos aunque sólo sea por una noche. A mí me pasarán a buscar mañana en el helicóptero. Si vuestro coche sigue sin querer ponerse en marcha, el helicóptero os puede rescatar.

—De acuerdo, esta noche nos quedaremos aquí y veremos cuáles son las fuerzas de influencia que rigen en este lugar.

—Me han contado que son muy fuertes —dijo Marcus—, pero tenía que comprobarlo por mí mismo. Ahora, después de ver a vuestro coche detenido como un cacharro inservible en medio de esta Ghost Town, me he dicho que es un buen sitio para llevar a cabo experimentos sobre ciencias ocultas. Éste puede ser el paraíso de los alquimistas.

—No creo que los alquimistas llegaran hasta aquí —le rebatió Nayak casi con desdén.

—¿Qué casa podemos escoger para pasar la noche? —preguntó Bindú.

—El mejor lugar sería la capilla maldita, pero es preferible quedarse en la casa que está a su derecha.

—De acuerdo —dijo Nayak—, pero antes quiero ver la capilla.

—Primero, llevemos las cosas de comer a la casa y veré qué se puede hacer. ¿Qué posibilidades hay de hacer fuego? —preguntó Bindú.

—Muy pocas —replicó Marcus—. Aquí todo está húmedo. Si las casas se conservan es porque las construyeron con madera de ciprés, maderas que debieron transportar a lo largo del pantano. Otro tipo de madera se hubiera podrido con tanta rapidez que ya quedaría muy poco de este poblado.

Nos haría falta una bombona de gas inflamable o podríamos

sacar gasolina del depósito del coche. Empapando la madera con gasolina, por húmeda que esté, acabaría por arder.

—Es mejor no tocar la gasolina del coche. Quizá no hubiera suficiente para el regreso y no sería bueno quedarse por estos parajes tan solitarios —dijo Nayak.

—Está bien, está bien, intentaré pedirle un poco de fuego a Satanás para que podamos cenar algo caliente.

Y comenzó a reír de nuevo.

—¡Nayak, Nayak, mira cuántos mosquitos!

Bindú, nerviosa, señaló hacia el enjambre que volaba hacia ellos.

—Vamos a encerrarnos en una casa, pronto —dijo Nayak, cogiéndola de la mano y llevándosela consigo. También cogió la canasta en la que ella, previsoramente, había colocado alimentos.

Capítulo VI

SE habían librado del enjambre de feroces mosquitos surgidos del pantano que rodeaba el otero, aquella pequeña montaña que parecía casi inaccesible y que gran parte del año se veía cubierta por nieblas que ascendían de las aguas fangosas, nieblas cargadas de olores pútridos, resultado de la descomposición de árboles y vegetales en general. Los hongos de múltiples especies abundaban allí en gran cantidad.

A Bindú no le agradaba mucho tener que pasar la noche en aquella casa abandonada, aunque restaurada, junto a Marcus, hubiera preferido quedarse a solas con Nayak.

No le costaba ningún esfuerzo enamorarse de él, pues ya se sentía fuertemente atraída por Nayak. Lo que hacía falta era que Nayak se sintiera atraído por ella y la presencia de Marcus iba a complicarlo todo.

—¿Qué tal por Katmandú y la mística India de los gurús? —preguntó Marcus, con tono sarcástico.

—Bien, se puede aprender mucho allá.

—Allí y en todas partes. Hace años, estuve por aquellos lugares y me decepcionaron bastante. Creo que la propaganda y el sensacionalismo utilizado en periódicos y revistas y también en la tele lograron una auténtica peregrinación de psicóticos y «muermos» hacia aquellos lugares. Sólo faltaba que viajaran allí los Beatles, de eso hace tiempo, claro, antes de que se separaran y por supuesto de que asesinaran a John Lennon. Sí, hace mucho tiempo de eso, aunque tú eres joven.

—No soy un niño —replicó Nayak.

—No eres un niño, pero yo te doblo la edad, muchacho, podría ser vuestro padre, aunque a ella —señaló a la joven rubia— preferiría tenerla en la cama como amante y no como hija.

—Pareces estar por encima de todo —le dijo Bindú en tono de

reproche.

—Lo que sucede es que he vivido mucho y las cosas más interesantes las he encontrado en Europa, sí, en la vieja Europa. No niego que he visto cosas interesantes en Sudamérica y también en Asia, pero es en Europa donde las fuerzas del satanismo se han desarrollado más a lo largo de los milenios.

—Yo no creo en nada de eso —objetó Bindú—. Sé que hay locos y hombres con un sexto sentido o poderes paranormales, como tiene Nayak, pero no creo en otras cosas.

—Pues, acabarás creyendo si sigues aquí mucho tiempo. Supongo que ya sabéis que éste es uno de esos lugares donde las fuerzas telúricas, no se sabe de qué clase, ejercen más influencia, lo mismo en los vivos que en los muertos. Los templarios lo sabían muy bien, allá por el siglo doce.

—¿Los templarios aquí, en el sur de Estados Unidos, por el siglo doce? Qué estupidez —opinó Bindú, dispuesta a darle batalla a Marcus.

—Hay lugares en el sur de Francia y también de España, Italia y en los países eslavos, donde se producen fenómenos extraordinarios y allí fueron los templarios.

—Has dicho que los templarios pudieron estar aquí y la conquista de América fue en el siglo quince y dieciséis. Las fechas no encajan.

—Preciosa y linda muñeca rubia —comenzó a decir Marcus—, ¿no se te ha ocurrido preguntarte por qué las carabelas que descubrieron este continente llevaban en sus velas la cruz de los templarios, grande, muy grande, para que pudiera verse desde lejos?

—Es cierto —admitió Nayak—, llevaban la cruz de los templarios en sus velas. Colón arribó a América con la cruz templaria.

—Exacto, porque debía suponer que en este continente ya se conocía esa cruz.

—Quizá fueron otros los motivos que hicieron que las velas de las carabelas de la conquista de América llevaran esa cruz —replicó Bindú.

—Aún hay muchos enigmas sobre los templarios, pero es cierto que para edificar sus templos buscaban las montañas que muchos

llamarían mágicas, lugares en los que se concentran fuerzas telúricas y donde, incomprensiblemente, algunos seres se curan de enfermedades que creían incurables. Lugares donde se producen alucinaciones, fantasmas, visiones de vírgenes o extraterrestres — admitió Nayak— lugares donde algunos seres pueden enfermar o enloquecer, porque la energía que se desprende no afecta a todos por igual; a unos les afecta en sentido positivo y a otros, en negativo.

—Exacto —aceptó Marcus—. Algunos creen ver una virgen y levantan un santuario milagroso y lo mismo ocurre con otras religiones. El caso es que esos lugares existen y ya los descubrieron nuestros antepasados prehistóricos, pues debajo de templos actuales e importantes de distintas religiones, ocultos, pueden hallarse restos de monumentos megalíticos que persistieron durante milenios, hasta que otros se percataron de la fuerza de atracción de tales lugares y levantaron nuevos templos. Las religiones han ido cambiando, los nombres de los distintos dioses, también, pero los lugares donde se producen esos extraños fenómenos persisten y más ahora cuando se produce un florecimiento del oscurantismo.

—Yo no termino de creérmelo —replicó Bindú.

—¿No? Entonces, ¿por qué estás entre los Gudhaka-Bhujanga?

—Porque... —dudó— quizá porque he hallado una calma y una serenidad que antes no había encontrado. Había comenzado a ser una drogadicta, sólo fue el principio, me vi al borde del precipicio por el que podía caer, pero los Gudhaka-Bhujanga me acogieron con los brazos abiertos y todo fue distinto.

Nayak la miró con ternura, pero Marcus quiso precisar:

—Te gusta estar entre los Gudhaka-Bhujanga porque entre ellos te sientes protegida y no tienes que pensar ni tomar decisiones. Hay muchísima gente que siente pánico a tomar decisiones por sí misma, por eso rechaza los regímenes de libertades y prefieren que alguien les mande. «Haz esto, haz aquello...». Incluso, pueden llegar a quejarse, a lamentarse, pero en el fondo lo prefieren porque son incapaces de decidir por sí mismos y en esas sectas que vosotros andáis metidos, ocurre eso.

—Yo sé tomar decisiones por mí misma y las tomo.

—Eso no es cierto, muñeca. Si fueras capaz de eso, no estarías en ninguna secta, vivirías tu propia vida en libertad.

Bindú buscó los ojos de Nayak como si en ellos fuera a encontrar la ayuda que necesitaba en aquellos momentos. Marcus jugaba con ella como el gato con el ratón y se complacía en aquel juego en el que el gigante satanista se creía muy superior.

—Cuando tomes decisiones por ti misma, le demostrarás que él no está en lo cierto.

—Es que las tomo, Nayak, las tomo.

—Quizá ocurra que creas tomar decisiones, pero no es así, te limitas a obedecer. Te dejan un margen mínimo a tu propia iniciativa. Mucha gente cree obrar libremente, pero sus decisiones ya han sido tomadas por otros y ellos sólo hacen que obedecer.

—¿Cómo puedes decirme tú eso, Nayak? —preguntó, sorprendida.

—Porque aunque esté en contradicción con la mayor parte de la filosofía y las creencias de Marcus, en lo que acaba de decir tiene razón.

Marcus volvió a carcajearse, satisfecho, y mirando a Nayak le dijo:

—Tú eres un disidente, seguro que vas a tener problemas en esa secta en la que andas metido. Cuando se pertenece a una secta, grupo, comunidad religiosa o filosófica, no se pueden tener ideas propias, sólo lo que a uno le graban en la cabeza a base de repetirlo una y otra vez. En cambio, parece que tú tienes opinión propia y eso es malo. En todas las épocas, religiones, sistemas políticos o filosóficos, a los que han tenido opinión propia los han perseguido.

—¿Estás tratando de crearnos inseguridad, Marcus? —preguntó Nayak, evitando caer en el juego del gigante satanista.

—Estoy tratando de que pasemos la noche lo más entretenida posible, porque me huelo que ninguno de los tres va a dormir. Ésta será una noche larga, muy larga, aunque yo he pasado muchísimas noches sin dormir. Amo la noche más que al día y ya comprenderéis el por qué.

—Sí, nos lo imaginamos, pero también puede que seas un farsante —replicó Bindú, irritada.

—¿Farsante? Creo que nos hace falta un poco de fuego para calentar los alimentos.

En la chimenea había unos tronquitos, tan verdes que rezumaban agua. Además, estaban contaminados de hongos que

advertían de un inicio de putrefacción.

—Tú mismo has dicho que no se encendería.

—Sí, eso he dicho, pero mis amigos los diablos los encenderán por mí. Fijaos...

Alargó sus manos hacia los leños, los tocó, como acariciándolos, y comenzó a salmodiar algo que no entendieron. Nayak y Bindú observaban en silencio. El rumor de las palabras de Marcus parecía el ronroneo de un felino.

Comenzó a brotar humo entre los dedos del gigante satanista. Después, fue apartando las manos gradualmente y apareció el fuego, unas llamas débiles al principio que parecía pudieran ser vencidas por el vapor de agua que escapaba de los pequeños leños, pero el humo aumentó tanto que la campana de la chimenea-hogar parecía incapaz de absorberlo.

—¿Qué os parece? Mis amigos los diablos me han ayudado a que tengamos fuego por esta noche. Una vez se caliente la chimenea, se puede añadir leña y por mojada que esté, terminará ardiendo. Sólo es preciso que coja una temperatura alta y los leños no sean muy gruesos.

—Eso es un truco, un truco de feria —dijo Bindú, despreciativa.

—Nayak, dile a tu chica que hay ocasiones en que estas cosas no se logran por truco.

—La mayoría de las veces, sí —respondió Nayak.

—Sí, hay muchos falsos magos y brujos que escriben en revistas y lo poco que saben lo han aprendido en poco tiempo en otros magazines o libros. Sólo quieren ganar dinero, aunque algunos de ellos reciben sorpresas adecuadas, pero yo no hago truco.

—¿Tienes tu alma vendida a Satanás? —le preguntó Bindú.

—¿Vendida? —Volvió a reír—. Él es el rey de las tinieblas, lo que en cierto modo quiere decir que es el rey de todos nosotros, porque la humanidad es viciosa, repugnante. La humanidad no ama a su prójimo, lo odia. *Homo hominis lupus*, todos acabaremos siendo siervos de Satanás. Cuando llegué a esa conclusión, me dije: «Marcus, si de todas maneras vas a terminar bajo su poder, hazte aliado suyo y cuando caigas a los abismos infernales, te destinará un mejor lugar desde donde podrás reírte de los demás». Y mientras vivo, recibo muchas ayudas.

—No puedo creerlo, pero si fuera cierto, sería más que

repugnante —le espetó Bindú.

—¿Y crees que tu gurú Artha-Dharma es mejor que yo? El utiliza trucos para engañar y estafar.

—Eso no es cierto —replicó Bindú mientras Marcus añadía más leña mohosa a la chimenea que iba prendiendo pese a que salía mucho humo del propio fuego.

—Conque no es cierto, ¿eh? ¿Has oído hablar de una tal McGlower?

—¿McGlower?

—Sí, es una viuda a la que se le murió una hija.

Bindú palideció.

—No.

—Mientes.

—No sé de qué me hablas.

—Sé que el gurú Artha-Dharma le hizo firmar poderes por los cuales él manejaría la fortuna de esa mujer, pues ella ya renunciaba a todos sus bienes en favor de los Gudhaka-Bhujanga. Sé que anda por una de vuestras granjas, medio idiotizada por los sedantes que le dais mientras cree que hay una criatura que es la reencarnación de su hija.

—Es su reencarnación —estalló Bindú.

—Eso no te lo crees ni tú, muñeca. Sería tanto como aceptar que el infierno es nuestra propia vida y ya sabes que opino que el infierno está en otra parte. Yo no me trago que por haberte portado mal en tu vida te puedes reencarnar en un condenado a trabajos forzados o que es peor, en un perro sarnoso.

—Nayak, ¿qué opinas tú? —preguntó ella, buscando su protección.

—Sería inútil que tratara de convencer a Marcus de lo contrario de lo que piensa. Es un carácter fuerte y no va a cambiar, porque además tiene voluntad de no cambiar.

—Y tú tampoco, ¿verdad?

En aquel momento, oyeron un grito muy largo y agudo, y no era el grito de ningún animal de los pantanos que se hubiera acercado al Ghost Town, era algo más.

—¿Qué es eso? —preguntó Bindú, mirando alrededor.

—¿Por qué ha muerto tanta gente aquí, por qué este lugar es tan extraño, por qué la secta ha comprado este otero en medio de los

pantanos? Porque es un lugar maldito y yo tenía que conocerlo bien antes de que celebremos el seminario de ciencias ocultas. Se lo dije al gurú Artha-Dharma; «Nada de trucos, lo que aquí suceda será alucinante, pero auténtico». Los que se inscriban en este seminario regresarán a sus residencias con el terror metido en las vísceras.

—¿Por qué hacerles pasar terror? —preguntó Nayak.

—Porque ellos lo desean. En realidad son masoquistas y por otra parte, es seguro que la mayoría de ellos pretenden utilizar las ciencias ocultas en su propio beneficio. En cierto modo, aunque no se lo confiesen, acuden aquí para vender su alma al diablo, porque no es tan fácil vender el alma al diablo como muchos creen...

El grito volvió a producirse al tiempo que se escuchaba el claxon del automóvil detenido en medio del pueblo fantasma y vieron sus luces también haciendo intermitencias.

Marcus preguntó:

—¿Tenía alarma antirrobo?

—Que yo sepa, no —respondió Bindú.

—Pues, ya ha comenzado el baile de los malditos. ¿Qué opinas tú, Nayak?

—Que aquí ocurren fenómenos anormales.

—¿Los sientes en tu cabeza hipersensible?

—Sí —confesó Nayak.

—No salgamos, Nayak, no salgamos —pidió la muchacha.

—Tú quédate aquí, yo tengo que salir. Me gustaría poder demostrar que el grito que acabamos de oír sólo es un truco preparado.

Bindú miró hacia el fuego, sintió su agradable calor y prefirió quedarse dentro de la casa mientras ellos salían.

Marcus y Nayak, como aceptando un mutuo desafío, salieron de la casa.

El automóvil seguía lanzando destellos con sus faros. El claxon había cesado, pero un nuevo grito, ahora más lúgubre, más infrahumano, se expandió por la Ghost Town.

Capítulo VII

—¿QUÉ vas a hacer con ese coche? —preguntó Marcus que parecía estar muy seguro de sí mismo, rodeado de aquellas casas fantasmales.

Los mosquitos de aspecto gigantesco parecían haber emigrado a otra parte en busca de otros seres a los que hundir el aguijón para inocularles su veneno y sorberles la sangre casi al mismo tiempo, una sangre que llenaría su vientre, abultándolo y enrojeciéndolo para luego partir y digerir aquel alimento.

La niebla ascendía por la parte baja de aquella colina solitaria rodeada de pantano, de árboles que se pudrían eternamente como seres leprosos del mundo vegetal. Allí, todo moría y, paradójicamente, todo nacía.

A lo lejos, un inmenso coro de croar de ranas, ranas de las más diversas especies y tamaños, ranas minúsculas, ranas grandes, ranas aposentadas sobre las hojas de plantas acuáticas que hinchaban sus bolsas casi transparentes y luego expulsaban el aire.

Aquel rumor podía llegar a aturdir en noches de finales de primavera, pero los mosquitos no hundirían sus aguijones en ellas si no en los pájaros que dormirían sobre las ramas altas de los árboles, escapando a la voracidad de las ratas almizcleras que tanto abundaban.

El silencioso mosquito cobraría la sangre de las durmientes aves y algunas de ellas, al amanecer, enfermas por el veneno inoculado, caerían al agua fangosa o al barro, donde otros seres las devorarían haciendo de carroñeros.

—Se va a gastar la batería —dijo Marcus.

Nayak penetró en el automóvil sin siquiera cerrar la puerta. Apagó las luces y la niebla se hizo menos visible. En aquellos momentos, sólo les llegaba la claridad de la luna en cuarto creciente.

Por la vida que Nayak había llevado, por los extraños personajes que conociera en Oriente, Marcus no le impresionaba pese a su corpulencia, su gigantismo, su capa negra, su gran medallón de oro con gruesa cadena del mismo metal. Todo él resultaba demasiado ostentoso y como surgido de la noche de los tiempos. Marcus era intemporal.

Había trabajado su aspecto externo y posiblemente su aspecto mental para conseguir aquel aire intemporal que solía asustar mucho o cuando menos sugestionar y someter a quienes acudían a él, medrando por sus poderes satánicos.

—Por lo menos, ya sabemos que el coche tiene luz eléctrica.

—Eso parece —admitió Marcus, algo irónico—. Quizá alguien ha cambiado abajo el sentido del interruptor de la energía geomagnética.

—Puede que ahora arranque el motor —dijo Nayak.

—Y si arranca, ¿qué vas a hacer, marcharte ahora por los pantanos? De día son peligrosos, pero de noche, aún más. Si te pasas una de las señales, te vas al fondo de la ciénaga y no hay quien te salve.

—Iría muy atento.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que algún diablillo juguetón puede haber cambiado de sitio una de las señales para que el coche se hunda en el barro con los que lleve dentro?

Creo que morir dentro de un coche que se hunde ha de ser más horrible aún que hundirse directamente en el barro, porque estar dentro del coche es como hundirse con ataúd y la agonía se prolonga.

—No tengo miedo a la muerte, Marcus.

—¿Y la chica tampoco? ¿Es que sólo piensas en ti mismo y te olvidas de ella? Es muy hermosa y delicada, una chica sumisa. Ella hará todo lo que le pidas, lo he visto en sus ojos. Si le pides que yazca contigo en la cama, lo hará y eso que es virgen.

—¿También se lo has visto en los ojos?

—Soy más listo de lo que supones, Nayak. Es un error pensar que toda la ciencia psíquica está en Oriente. En Europa hay suficiente ciencia milenaria para poder leer en los ojos de una mujer.

—¿Y es Satanás quien te da lecciones?

—Qué más quisiera yo que el mismísimo Satanás me diera lecciones, tengo que conformarme con la ayuda que me prestan sus acólitos. ¿Cuántos años crees que tengo, Nayak?

—No lo sé.

—Puedo asegurarte que tengo más, muchos más de los que aparento. He tenido que recurrir a expertos para que falsifiquen mi documentación en dos ocasiones. Sería demasiado chocante que en mi pasaporte se leyera la edad real que tengo, nadie se lo creería.

Es más fácil admitir una mentira.

—¿Por qué me cuentas todo eso, Marcus?

—Para que tú se lo cuentes a la policía, no, desde luego, aunque tampoco te serviría de nada, ahora tengo nacionalidad panameña.

—Ya, para escapar a todo, impuestos incluidos.

—Dentro de cincuenta años, quizá cambie de opinión y me nacionalice en otro país.

Nayak no quiso seguir escuchando y le dio al arranque del coche. Por unos instantes, el motor del automóvil semejó resistirse, pero luego comenzó a moverse suavemente.

—Felicidades, Nayak, lo conseguiste. Los demonios de la Ghost Town te permiten el regreso.

—No creo en los mismos demonios que tú.

—Haces mal, muy mal, nunca se sabe de qué puedan ser capaces.

De pronto, otro humo comenzó a mezclarse con la niebla; era un humillo que escapaba por las juntas de la tapa del motor.

—¿Qué pasa? —preguntó Nayak, más para sí mismo que al propio Marcus.

—El motor funciona, pero parece que no va muy bien —rezongó Marcus sarcástico.

Nayak quitó la llave, pero el motor siguió en marcha. Se había producido el siempre molesto auto-encendido, contra el que aquel coche debía tener algún sistema preventorio, pero que habría fallado.

Nayak levantó la tapa y una llamarada ascendió hacia el cielo, iluminando el centro de la Ghost Town. Las casas parecieron más fantasmales que nunca.

El coche ardía. Marcus y Nayak se separaron; éste último regresó al vehículo con intención de coger el extintor, pero el fuego se

propagó al interior.

—Es inútil, Nayak —le dijo Marcus—. ¿Qué ibas a conseguir aunque lo apagaras, crees que lograrías ponerlo en marcha?

Nayak comprendió que la lógica de Marcus funcionaba. De nada iba a servir y debido a como estaba colocado el automóvil, no arderían las casas.

Tras la ventana, Bindú se estremeció ante la visión del fuego, mas cuando observó que los hombres se resignaban a ver consumirse el automóvil, semejó tranquilizarse.

Sin embargo, en aquel momento ocurrió algo que primero la hizo toser y luego, al volverse para mirar, la asustó.

La chimenea se había llenado de humo, tanto humo que no tragaba lo suficiente, más bien daba la impresión de que se producía humo en el exterior y entraba por la propia chimenea. La estancia se inundaba de humo y los ojos comenzaron a escocerle mientras tosía.

Como el humo parecía haber apagado las llamas y a su vez lo llenaba todo, Bindú no veía nada y comenzó a buscar la puerta tanteando con las manos, sin dejar de toser.

—¡Nayak, Nayak!

Comenzó a gritar, llamándole, mientras el humo se hacía más y más espeso. Se pegó a la ventana desde la que aún podía ver el fuego que había afuera, el fuego del coche que se carbonizaba.

—¡Nayak!

La ventana estaba herméticamente cerrada, como si la hubieran claveteado, y quizá ello fuera así.

Desesperada, ahogándose con aquel humo espeso que penetraba en sus pulmones, la mujer golpeó los cristales con el puño y estallaron. Sintió como un helor en las manos, se había cortado.

Los dos hombres se volvieron al oír el ruido de cristales rotos.

—¡Nayak!

El joven corrió hacia la casa. La puerta estaba cerrada y había que darse prisa. Nayak se echó hacia atrás, aspiró aire y contuvo la respiración.

Extrajo la fuerza de sus entrañas, tal como aprendiera a hacerlo en Oriente, y arremetió contra la puerta, destrozándola. De inmediato, el humo salió hacia el exterior.

—¡Bindú!

—¡Nayak! —sollozó la joven en medio de toses.

Nayak la tomó en sus brazos y la sacó corriendo al exterior donde las llamas del automóvil eran ya poco relevantes. La gasolina se había consumido rápidamente en aquel extraño fuego.

—¿Cómo está? —preguntó Marcus, mirando a la chica.

Nayak le lanzó una mirada, entre amenazadora y de reproche.

—¿Has sido tú?

—Si te refieres a lo del humo, no.

—¿Y a lo del coche?

—Tampoco.

—¿Seguro que no has empleado ninguno de tus trucos? —insistió Nayak, amenazador.

—Todos los brujos y magos que poseen poderes, como tú también los tienes, cuando se dan cuenta de que no pueden desarrollarlos preparan trucos para suplirlos. Se trata de salvar las emergencias, yo también lo he hecho en alguna ocasión. ¿Tú no?

—No.

—Como quieras. Creo que se repone.

Bindú tosía abrazada a Nayak, sostenida por los brazos de éste. De pronto, volvió a oírse el grito infrahumano que oyeran con anterioridad al incendio del coche.

—Seguro que ha sido él —gruñó Marcus.

—¿Quién es él? —preguntó Nayak.

—No lo sabremos hasta que lo encontremos. Yo no le tengo miedo, mi protector es el mismísimo Satanás.

Capítulo VIII

—HE pasado mucho miedo —confesó la joven rubia, todavía abrazada a Nayak, esperando de él toda la protección.

—Tranquilízate, el humo ya se ha ido, se ha disuelto con la niebla.

Nayak le lanzó una mirada al automóvil que les había llevado hasta aquel lugar. Estaba quemado, ya no serviría de nada. Habría que arrojarlo al pantano para que éste se tragara sus hierros quemados.

Buscó a Marcus con la mirada. El gigante satanista había estado inspeccionando los bajos de varias casas, pisando las plantas que querían devorarlo todo, cubrirlo con sus hojas. Y parecía inútil arrancarlas, porque a los pocos días, volvían a crecer. No cabía duda de que en la restauración de las casas habían arrancado todas las trepadoras que llegaran a cubrir parte de las paredes externas, pero aquellas plantas, pese a los herbicidas que debían haber echado, volvían a crecer.

—Creo que está aquí —dijo Marcus con su poderosa voz.

La chica también miró hacia él. Luego, clavó su mirada interrogante en el rostro de Nayak y éste le acarició los cabellos.

—No temas, no pasará nada.

—Pero ¿qué ha encontrado?

Nayak admitió:

—No lo sé.

—Una de las tumbas —dijo Marcus.

—Aquí hay muchas tumbas —replicó Nayak—. Tú mismo lo has dicho.

—Sí, pero no todas tienen poderes o voluntad de llamar la atención. Aquí abajo hay alguien que clama porque lo desentierren.

—No abriréis la tumba, ¿verdad? —balbuceó la muchacha, estremeciéndose.

—Quédate aquí si quieres —le dijo Nayak, con evidente intención de acercarse a la casa donde Marcus se hallaba inclinado, pues su estatura era excesiva para la altura que quedaba entre la tierra y el suelo de la casa.

Bindú se fue tras Nayak, no quería quedarse sola de nuevo. Ya tenía la desagradable experiencia de hacía apenas unos minutos, cuando en vez de quedar protegida, había estado a punto de morir asfixiada.

En sus manos tenía cortaduras que Nayak había curado presionando con los dedos en puntos vitales de las manos. Era como si sus dedos largos y algo sudorosos poseyeran fuerza mágica, un poder suficiente para curar.

Los cortes habían dejado de sangrar y no le dolían, aunque Nayak le había advertido:

«Cuando regresemos al mundo civilizado, tendrás que pasar por un doctor que lleve a cabo una inspección ocular y una desinfección total y eso será mañana mismo sin falta».

Confiaban en la llegada del helicóptero que debía recoger a Marcus, porque si tenían que caminar a través del pantano y luego por los bosques húmedos, el camino iba a hacerseles interminable durante varios días de marcha y lo que era peor, no tenían agua potable ni alimentos, pues se habían quemado con el automóvil.

También Nayak tuvo que inclinar su cuerpo para filtrarse bajo la casa de madera sostenida por los troncos que hacían de pilotes, hundiéndose en la tierra. Allí, la luz era casi nula.

Bindú sentía mucho miedo. Ella no tenía la capacidad de resistencia al temor que poseían Nayak o el mismísimo Marcus, el cual se sentía protegido por Satanás, hasta el punto de proclamarlo con cierto orgullo.

Bindú pisaba las hierbas silvestres y tenía la impresión de que cientos de insectos se deslizaban por sus piernas, lo que le producía una sensación angustiosa, desagradable.

—Aquí hay docenas de tumbas, pero yo juraría que los gritos infrahumanos han salido de ésta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Nayak.

—Noto su influencia.

Nayak se llevó las manos a las sienes, se concentró, cerró los ojos. Junto a él, Bindú estaba muy inquieta, tenía la impresión de

que iba a gritar de terror de un momento a otro.

—Yo también siento una energía —admitió Nayak.

—¿Qué hacemos? —preguntó Marcus con cierto tono de desafío.

—Primero, sepamos quién está ahí debajo.

—¿Por qué no nos vamos, por qué no dejamos a los muertos en paz? —Casi suplicó.

Bindú, cogiéndose al brazo de Nayak.

—Aquí está la lápida, pero la gente que vivió aquí no parecía querer usar la lengua de Shakespeare y prefirió cincelar pictogramas.

—¿Puedes acercar una llama a la piedra? —preguntó Nayak a Marcus.

—Oh, sí, llevo conmigo un encendedor. Es un artilugio demasiado moderno, pero hay que admitir que resulta útil.

Bindú pensó que si volvía a oír aquel aterrador grito saliendo de la tierra como entre sus pies, se desmayaría, no podría soportarlo.

—¿Qué te parece esto, Nayak? —preguntó Marcus mirando el pictograma cincelado en una piedra poco pulimentada.

—Un círculo, un punto en su centro y como dos rayos.

—¿Qué crees que puede significar?

—El punto dentro del círculo puede ser el centro de la comunidad; eso quiere decir que era alguien importante.

—¿Y los rayos? —inquirió Marcus.

—Pueden ser sus brazos, su fuerza o los rayos que lo mataron.

—No lo desenterraréis, ¿verdad? —preguntó Bindú, temblando ligeramente.

—Si el ser que ha gritado a través de la tierra es el que está sepultado bajo nuestros pies, es que se halla en pleno poder de la energía que le anima dentro de la muerte. Es una incongruencia, pero sólo aparentemente.

—Para desenterrarlo habría que esperar a que no tuviera esa energía que ahora le ayuda a gritar.

—¿No será un vampiro? —inquirió Bindú.

—Aquí nadie habla de vampiros, si no de seres atormentados —le puntualizó Marcus.

—No te preocupes, tampoco tenemos palas. Además, si hay que desenterrar a alguien, lo haremos de día.

—Dejad esto para mí —pidió Marcus.

—¿Para ti? —preguntó Nayak.

—Sí, puede que utilice esta tumba en el seminario de ciencias ocultas. Si quieren emociones fuertes, las tendrán.

Nayak iba a decir algo, pero prefirió callarse. De nuevo se produjo aquel grito mezcla de chillido y aullido. Era algo difícil de describir que salió de la tierra y erizó los pelos de sus piernas.

Los tres se apartaron, como temerosos de pisar algo, algo blando que podía cogerles los pies.

—Salgamos de aquí —pidió ella.

Abandonaron aquel lugar, pero el grito, a intervalos, siguió oyéndose durante toda la noche. Marcus se alejó de la pareja. Bindú miró a Nayak y éste la cogió del brazo.

—Déjalo, quizá esté preparando su número de efecto para ese maléfico seminario.

—Pero tú, tú... ¿de verdad crees en todo esto? —preguntó, muy dubitativa y desconcertada.

—Hay muchas cosas en las que creo y en otras, no creo en absoluto, pero te diré que hay muchas incógnitas que se tardará mucho tiempo en desvelar. La ciencia que emana de nuestras universidades, cuando se topa con fenómenos inexplicables, prefiere ignorarlos e incluso despreciarlos. Se cubre los ojos con una venda oscura y dice no verlos, pero los fenómenos, los sucesos, están ahí y muchos hombres y mujeres serán tachados de farsantes cuando digan que han sufrido tales fenómenos o han sido testigos de ellos. La ciencia de nuestros sabios actuales cree saberlo todo y lo que según sus fórmulas o cálculos no es posible hoy, no se les ocurre decir que en un futuro próximo o lejano lo será, tan posible que estará al alcance de cualquiera, como un automóvil, un avión, un teléfono o un televisor.

—Nayak, yo acepto que seres como tú poseéis un magnetismo superior al del resto de los mortales como un atleta tiene más fuerza en sus músculos, en sus tendones y consigue marcas deportivas superiores al resto de los seres humanos, eso lo comprendo, tú posees un cerebro nada vulgar, pero yo me refiero a que éste lugar sea mágico.

—Puede serlo. Existen lugares mágicos en el planeta como hemos estado hablando antes. Lo supieron ya los hombres prehistóricos y también todas las religiones, por eso se han querido

apropiar de esos lugares mágicos para levantar en ellos sus santuarios y a partir de ahí, han pretendido hacer creer que lo mágico es el santuario, el dios o la imagen que allí se adora, cuando no es así. Lo mágico sigue siendo el lugar, le pongas encima lo que le pongas, un dolmen, un santuario, un gran edificio o un simple mármol. Y si el lugar tiene un manantial de agua, más que más, porque ese agua irá cargada de poder mágico y curará a unos y a otros, les dejará indiferentes.

—Pero ¿puede ser tan mágico que conserve la vida de los cadáveres? —inquirió, vivamente interesada.

—No lo sé. Si así fuera, me gustaría estudiar ese fenómeno.

—¿Crees, como Marcus, que es obra de Satanás?

—He estudiado mucha religión orientalista, he estudiado mucha filosofía Quizá no esté suficientemente preparado para digerirlas y es que cuando crees que vas a alcanzar la sabiduría, te sientes más perdido y confuso o cuando menos, es lo que me ha ocurrido a mí. A veces, me gustaría tener la seguridad, la fe ciega que poseen otros, porque así dejaría de tener problemas, pero soy racionalista, por eso estoy tan confuso.

—Y si eres un racionalista, ¿por qué te hiciste de los Gudhaka-Bhujanga?

—Porque hubo un viejo sabio que creyó en mis posibilidades de reinserción en la sociedad, un hombre que me trató como a un ser humano. Yo lo quise, creí en él y en lo que hacía, pero por aquel entonces, aún no alcanzaba a comprender que un hombre y la comunidad a la que pertenece, sea filosófica, religiosa o política, puede ser totalmente distinta a él. Yo creí que decir Old White, el nombre del viejo sabio, era lo mismo que decir Gudhaka-Bhujanga, la comunidad religiosa que él fundara.

—¿Y no era lo mismo?

—No, y menos ahora, cuando hace tiempo que él ha desaparecido.

—¿Y eso se puede parangonar a las otras religiones?

—Sí.

—Entonces, ¿en qué hay que creer?

—La verdad, no lo sé.

—Si tú que has profundizado tanto en la filosofía religiosa que nos ilumina y nos guía a los Gudhaka-Bhujanga ya no crees, ¿qué

puedo hacer yo?

—No lo sé, pero no tomes las decisiones de los demás, toma las tuyas propias. No te dejes conducir, condúcete tú misma y si ves que el rebaño avanza mansamente hacia el abismo, apártate de él y sigue tu propio camino, por más lobos que pienses que hay agazapados esperando para saltar sobre ti.

—No, Nayak. Si veo que el rebaño va hacia el abismo, debo correr y dar el aviso a todos de que van hacia ese abismo.

—Si haces tal cosa, se mofarán de ti. Si insistes, saciarán en ti su sed de sangre, sea crucificándote, quemándote o lapidándote, y cuando tú hayas muerto, ellos continuarán su camino hacia el abismo.

—Nayak, tengo miedo. Me siento pequeña y débil.

El hombre pasó su brazo en torno al cuerpo femenino y dejó que Bindú se acurrucara contra él. Las voces se hicieron más espaciosas, más roncadas.

Nayak la sintió dormir como si a su lado hubiera cobrado la seguridad.

Los gritos habían cesado y Marcus no aparecía. La niebla se disipó, pasaron las horas y todo se fue haciendo gris claro. Había comenzado un nuevo día en la Ghost Town.

Capítulo IX

EL helicóptero contratado por Marcus les sacó de la Ghost Town. El piloto, mirando el automóvil, preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

Nayak, que no tenía deseos de contar lo inexplicable, respondió:

—El encendido no ha ido bien, debía haber gases acumulados.

—Nos veremos en el seminario de ciencias ocultas —le dijo Marcus—. Prepara bien tus trucos o te haré pedazos.

Se alejó de la pareja riendo. Se metió en un automóvil grande y tan oscuro como su capa y se perdió en el horizonte en dirección a la carretera.

—Nunca creí que llegaría a conocerlo —comentó Nayak, pasando su brazo por los hombros de la joven rubia.

—¿Ese hombre es satanista o el mismísimo Satanás hecho carne?

—¿Quién sabe? De momento, él nos ha sacado de la Ghost Town. Nos habíamos quedado sin coche y gracias al helicóptero que Marcus tenía contratado, hemos podido regresar al mundo civilizado.

—Sería mejor no regresar más a aquel maldito lugar.

—Tengo la impresión de que el incauto soy yo.

—¿Tú, por qué?

—Me estáis utilizando.

—¿Yo?

—Tú estás cumpliendo órdenes de Artha-Dharma. ¿No es cierto? Ella se ruborizó.

—¿Lees el pensamiento?

—Quizá tus ojos son demasiado claros y expresivos, tenía razón Marcus. Anda, vamos, será mejor buscar un motel para descansar. He de hablar largo y tendido con Artha-Dharma.

—Si le dices que te he contado algo, me castigará.

Le cogió la barbilla y se la levantó suavemente, con cariño.

—¿Por qué obedeces tanto a Artha-Dharma?

—Porque es el gurú.

—Aunque sea el gurú, tú puedes alejarte de él si lo deseas, eres libre.

—Tengo la impresión de que no lo soy.

—Sí, eso me está pareciendo también a mí. Tendrás que hacer una especie de cura de amor a la libertad, porque sin libertad sólo pueden ser felices los estúpidos y los que carecen de amor al prójimo.

—Nayak, tienes que contarme cosas, yo también empiezo a estar confundida.

—Ya hablaremos de todo eso. Buscaremos un lugar tranquilo y desde allí, telefonearemos a Artha-Dharma para que nos mande un coche con el que poder trasladarnos. Antes de tomar una decisión, quiero conocer bien las casas, las granjas de nuestra comunidad.

—¿Y qué decisión será la tuya?

—La de seguir entre los Gudhaka-Bhujanga o abandonarlos.

—Ya no crees en nada, ¿verdad?

—Bindú, entre los orientalistas hay muchos estafadores, muchos *snoobs* y muchos desorientados, el orientalismo no es lo que nos han hecho creer. Hay buenas cosas allí, cierto, pero también las hay acá y allí en la India, en el Nepal, en todos aquellos parajes, no existe un cielo distinto al de aquí, porque en sus raíces, el ser humano es el mismo en todo el planeta. Allí se ama, se odia, se mata, y peor que en el mundo occidental porque la miseria es más atroz. Los que deberían vivir en ese idílico orientalismo que aquí pregonamos, allí se torturan por comprar electrodomésticos. Las mujeres se compran y se venden, los padres venden a sus hijas, explotan a sus hijos. Ciertamente es que hay fanáticos capaces de morir y matar por sus creencias, pero eso ocurre allí igual que aquí, en cualquier parte del mundo.

—Entonces, ¿dónde se encuentra la felicidad?

—En la realización de uno mismo, en ser pacífico y amar, amar siempre, a todos y a todo.

Un automóvil de alquiler les llevó a un motel que poseía unas buenas instalaciones sin ser lujoso. Se bañaron en la piscina.

Nayak telefoneó a Artha-Dharma, pero éste no estaba y tuvo que hablar con Dashana, su mano derecha, al que pidió que le enviara

un automóvil. No importaba que fuera viejo, con tal de que rodara.

Para la cena, ambos pidieron vegetales ante la extrañeza del *maître* que se empeñaba en servirles bistec o solomillo.

—No, sírvanos usted espárragos como le hemos pedido —insistió Nayak, que acabó pidiendo jugos naturales para beber.

El *maître* se resignó y se alejó de ellos.

—Nos toman por locos, ¿verdad?

—No creas que somos pocos lo que ya tenemos cuidado de no intoxicar nuestros cuerpos.

—¿Y Marcus?

—¿Marcus, te refieres a lo que comerá?

—Sí.

—Tiene aspecto de comerse una ternera entera.

Bindú se rió levemente.

Nayak le cogió la mano y con toda naturalidad le preguntó:

—¿Qué ocurrió con la viuda McGlower?

Bindú palideció. Cogida por sorpresa, su reacción quedó muy visible.

—¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Quiero conocer mejor a Artha-Dharma. Hace muchos años que no nos vemos y voy a seguir la frase de que «por sus hechos les conoceréis».

—Nuestro gurú Artha-Dharma lo hace todo en bien de la comunidad.

—Por el bien de la comunidad, eso ya se verá, pero yo quiero saber a qué te refieres cuando dices «todo».

—Si te lo digo, me castigará.

—Yo respondo de ti.

—¿Y si tú te alejas?

—También puedes alejarte tú.

—Yo no tengo la culpa de nada, te lo juro, de nada.

—No te disculpes antes de contar los hechos.

—Si se lo vas a reprochar a Artha-Dharma mejor no te lo cuento.

Un camarero se acercó portando una bandeja con los platos de vegetales.

—Si desean una escalopa, un solomillo con ciruelas o...

—Por favor, déjenos cenar tranquilos —pidió Nayak.

El camarero, con un mohín de disgusto, dejó los platos sobre la

mesa y se alejó.

—A lo mejor, tú piensas que sería mejor comer carne.

—No, no creo que sea mejor y tampoco te voy a decir que sea bueno prescindir de darle proteínas cárnicas a los niños, eso es optativo y luego, está la costumbre de cada individuo. Nuestros estómagos, para digerir, segregan los jugos a los que les hemos acostumbrado. Si alguien come carne habitualmente, cambiarle de súbito la dieta no es bueno y a la inversa, tampoco. A mí, los que me dan pena son esos que hacen cola para entrar en los restaurantes vegetales o macrobióticos creyendo que van a encontrar allí la felicidad o la panacea para todos sus males, porque han oído hablar de ellos favorablemente en algunos libros, revistas o emisiones de radio o televisión. La gente es manipulada por los medios de información.

—Eres demasiado inteligente, Nayak, no podrás someterte a Artha-Dharma.

—Todavía no me has contado lo que sucedió con la viuda McGlower.

Bindú inclinó la cabeza y comenzó su relato.

Capítulo X

THE MAGIC House era un establecimiento situado al oeste del Soho londinense donde no se servían bebidas alcohólicas, sólo zumos de frutas, leche, yogur, chocolate, pastelillos y alimentos semejantes. Aquel local era propiedad de la baronesa Stoupini.

La baronesa saludaba a sus clientes y en no pocas ocasiones, se sentaba a sus mesas para charlar con ellos. Era alta, delgada, y parecía sonreír siempre, pero no era así; su sonrisa no era más que el corte de su boca. El labio inferior caía ligeramente y daba la impresión de sonreír.

Poseía un gato negro, lustroso, al que llamaba «Otele». Pesaría más de doce kilos y era extraordinariamente grande, como nacido del cruce de una gata con otro felino superior.

Todas las clientes (en su mayoría eran mujeres las que asistían a The Magic House) se asombraban al ver a «Otelito» e incluso le tenían cierto miedo, pero la baronesa Stoupini insistía en que era muy manso y así lo parecía, pero su caminar era el de una pantera. Sus ojos resultaban inquietantes y cuando entraba un perro en el establecimiento, optaba por marcharse a la trastienda. Y si alguno de los chuchos había llegado a escaparse para salir en su persecución, no tardaba en regresar, aullando quejoso.

La propietaria de aquel singular local decorado con gusto, casi con aire casero, atendía a sus clientes que se confiaban a ella, pues se sabía que la baronesa Stoupini tenía dotes especiales. Algunas la calificaban de curandera, otras de bruja blanca, y había quien aseguraba que debajo de su local había una especie de catacumbas, con montones de calaveras humanas, lo que no hacía que su clientela mermara, si no todo lo contrario, esencialmente porque el aspecto que ofrecía desde el exterior era muy bueno. Colores claros, flores, estampados alegres, muy propio de un saloncito para desayunos y meriendas en tiempo de primavera.

En aquellos momentos, un hombre de frondosa barba gris, con aspecto de rabino, inclinaba la cabeza pensativo, como disponiéndose a compartir la complicidad de algo oculto.

Abría un portafolios y mostraba su contenido, que era un libro de aspecto muy antiguo.

La baronesa Cressy Stoupini tomó el libro entre sus manos con mucho interés, casi lo acarició con sus dedos y luego lo abrió bajo la mirada atenta y orgullosa del rabino.

En el The Magic House entró el gurú Artha-Dharma. Su juventud no le restaba seguridad y aplomo. Vestía un jersey rojo oscuro de cuello alto. Su cabeza, rapada y aceitada, llamaba la atención.

Nada más ver a Artha-Dharma, «Otelos» fue hasta él y se rozó contra sus piernas como si ya de entrada le demostrara su amistad.

—Hola, «Otelos».

—Miauuuu —ronroneó el enorme gato.

Artha-Dharma avanzó hasta la mesa donde se hallaba la baronesa Stoupini y el vendedor de libros antiguos.

—Buenas tardes, baronesa.

—Bien venido, mi joven amigo. Verá que estoy ocupada.

El rabino miró con recelo a Artha-Dharma, como temiendo que su presencia hiciera fracasar la venta del singular ejemplar.

—No es el *Necronomikon* —comentó Artha-Dharma—, pero parece un libro interesante.

—Es un libro de alquimia escrito en Heidelberg.

—Parece hecho a imprenta —objetó Artha-Dharma.

—Sí, es la transcripción de un original del mil doscientos cuarenta y dos, escrito sobre piel, que fue destruido. Se reprodujeron en imprenta diez ejemplares numerados y, que se sepa, sólo se conserva éste, que es el número siete —explicó el rabino.

—¿Y seguro que no es un fraude? —rezongó Artha-Dharma.

El vendedor de libros preciosos semejó indignarse. Enrojeció bajo su barba y sus ojos llegaron a chispear; quizá todo fuera una perfecta interpretación.

—¿Usted entiende el alemán? —preguntó la baronesa.

—La verdad es que no —respondió Artha-Dharma.

—Yo sí, entiendo muchas lenguas aunque sean antiguas y ampliar mi biblioteca es un vicio al que no puedo resistirme.

El rabino suspiró, aliviado.

—Yo puedo contribuir a ese vicio y usted lo sabe, baronesa.

—Lo siento, Artha-Dharma ya le dije que no me interesaba su proposición —rebatí la mujer.

—Verá, es que ya me comprometí. No puedo anular el seminario y usted es un elemento fundamental.

—Querido joven, es usted muy ambicioso.

Artha-Dharma se quedó mirando al viejo rabino y le preguntó directamente, casi como un disparo:

—¿Qué precio tiene el libro?

—Pues... —Dudó, tartamudeó deliberadamente y al final, dijo—: Mil libras.

—¿Mil libras? —repitió Artha-Dharma clavando sus poderosos ojos en el rabino.

—Sí, se trata de un ejemplar único, ya se lo he dicho. Si lo sacara a subasta, me darían mucho más por él, lo que ocurre es que los impuestos...

Artha-Dharma ya no le escuchaba. Sacó un talonario de cheques, escribió en él una cantidad y después, firmó.

—Mil doscientos dólares al cambio es poco más o menos, teniendo en cuenta a la velocidad a la que sube el dólar.

—Ah, es usted muy amable y un joven que promete —le dijo el viejo vendedor.

—Yo no había dicho aún la última palabra —terció la baronesa.

—Baronesa, hágame el favor de aceptar este pequeño obsequio —le dijo Artha-Dharma, entregándole el extraordinario libro de alquimia.

—Qué joven más caballeroso, debería usted prestarle más atención, baronesa —dijo el rabino cuando ya iba a levantarse.

—Un momento —le contuvo Artha-Dharma—. Extiéndame un recibo de la venta.

—Ah, sí, claro. ¿A nombre de quién?

—De la baronesa, claro está —respondió Artha-Dharma.

El rabino, muy satisfecho, se alejó del local. La venta había sido conseguida y por un precio superior al que calculara en un principio, y lo cierto es que comenzó a roerle la inquietud de que en las circunstancias en que se había logrado la venta, aún podía haber sacado más, pues aunque hubiera pedido una cifra mayor, el joven

de la cabeza rapada habría pagado lo mismo, ya que él no estaba interesado en comprar el libro, si no en satisfacer a la siempre encantadora y enigmática baronesa Cressy Stoupini.

—¿Cree que este obsequio, que le agradezco mucho, va a conseguir que asista a su seminario de ciencias ocultas?

—Baronesa, yo promociono este seminario; bueno, en realidad, yo no, si no la comunidad de la que soy su máximo representante. No quiero contratar a personajes vulgares que hacen trucos de feria. He de ofrecer a los asistentes a mi seminario de ciencias ocultas la experiencia de personajes muy importantes, personajes inaccesibles de ordinario.

—Existen otros que pueden ir en mi lugar.

—Mejores que usted, no. Nadie domina como usted los juegos de mesa, nadie como usted emplea la telekinesia en espacios cortos, nadie como usted conoce muchas de las artes ocultas.

—¿Me está llamando bruja?

—La estoy llamando reina de la magia negra. Todo este ambiente que ha conseguido aquí engaña a sus clientes femeninas, pero no a mí. Yo sé lo que hay en su sótano, y supongo que algunas de sus clientes, también. ¿No le han pedido polvos mágicos o elixires especiales para dañar, para provocar el amor o cosas similares?

—No estoy en el *Who is Who* de las brujas —replicó ella.

—No le hace falta, quienes acuden a usted lo saben. Yo sólo le pido que asista y que prepare un buen programa. Los personajes que asistirán son influyentes, poderosos, cualquiera de ellos puede quedar ligado a usted para siempre si usted le ofrece lo que desea.

—Un momento, un momento, no siga tentándome. ¿Sabe por qué desistí de acudir a ese seminario de las ciencias ocultas?

—No.

—Porque el secretario de usted, un tal Dashana, me contó que Marcus sería otro de los maestros en ese congreso.

—Cierto.

—Pues, debo decirle que soy incompatible con Marcus.

—No entiendo por qué. En cierto modo, son maestros en el mismo tema.

—Marcus posee una arrogancia y una soberbia que resulta intratable. Además, yo ya no practico.

—No me lo creo. Eso sería tanto como si me dijera que aún teniendo dos piernas no quiere caminar. Baronesa, usted domina unas artes mágicas que no se pueden olvidar, ni creo que desee olvidarlas.

—Tuve una desagradable experiencia y preferí dejarlo a un lado.

—Usted tuvo una hija adoptada.

—Así es.

—Y ella terminó haciéndose una muñeca a su propia imagen y semejanza.

—Así es —asintió de nuevo la baronesa.

—Puso en la muñeca de cera sus cabellos y sus uñas.

—Lo sabe todo.

—Sí, también sé que clavó en la muñeca agujas torturadoras y mortales al final del conjuro maléfico.

—Desgraciadamente, eso fue lo que ocurrió.

—La forma más desagradable de suicidarse, ¿no cree?

—Yo creo que la niña jugaba, sólo jugaba, tenía nueve años. Pensó que todo era un juego y murió.

—¿No pudo hacer nada?

—Nada. Cuando descubrí la muñeca, ya era tarde.

—Hubiera sido una buena bruja su hija.

—Adoptiva.

—¿Seguro que sólo era adoptiva? Porque supo muy bien de qué orfanato sacarla —dijo intencionadamente.

—¿Cómo se ha enterado de que podía ser hija mía?

—Yo me entero de muchas cosas y la verdad, me gustaría ayudarla pero ya es tarde. Sus medios son grandes con respecto a los demás humanos, pero limitados.

—No son tan limitados —replicó la baronesa, en cierto modo ofendida.

—¿Ah, no, acaso podría resucitar a su hija muerta?

—No, nadie puede resucitar a un muerto.

—Volver a la vida, no, pero convertirla en una muerta viviente, quizá, sí.

—No desearía ver a mi hija como una zombi.

—¿Y por qué no? La tendría siempre a su lado y sería obediente, sumisa como ninguna.

—No la quiero zombi, la prefiero muerta y sepultada —insistió

tajante, chispeándole los ojos.

—¿Es cierto que las personas que mueren en las condiciones en que murió la niña quedan malditas y no hallan paz en el más allá?

—Prefiero no hablar de ello.

—Como guste. No hablemos más de su hija, hablemos de su sabiduría sobre las ciencias ocultas y de sus poderes. Sé que aquí ofrece sus consejos mágicos a sus clientes.

—Mis clientes no son muy exigentes.

—Pues le diré que los personajes que acudirán al seminario que patrocino, sí son muy exigentes. Habrá que asombrarlos y es posible que pidan favores muy especiales de forma individual, y habrá que complacerlos.

—¿Les complace Marcus?

—Sí, él ya ha estado visitando el lugar que hemos elegido para llevar a cabo el seminario de ciencias ocultas.

—¿Cuál es el sitio?

—Un otero rodeado de pantanos al sur de Estados Unidos. Por supuesto, todos los viajes corren a cuenta de los Gudhaka-Bhujanga.

—¿Interferirá Marcus en cuanto yo pueda hacer?

—No, se lo garantizo.

—Una cosa más.

—Diga.

—«Otel» vendrá conmigo.

—¿El gato?

—Sí, el gato. Puedo dejar este local al cuidado de las chicas, pero no a «Otel».

—De acuerdo, tráigase al gato.

Cruzaron sus miradas, estaban conformes.

Artha-Dharma había conseguido su propósito, y no era fácil convencer a aquella mujer que después de lo ocurrido a su hija había optado por retirarse de las prácticas de las ciencias ocultas.

Capítulo XI

LEONARD J. Pupsio, conocido por Nayak dentro de la secta religiosa de los Gudhaka-Bhujanga, observó a la mujer que parecía más avejentada de lo que era.

Vestía una especie de túnica de lana gruesa y sus ojos no estaba muy despiertos, unos ojos que suplicaban a una muchacha que retenía a una niña entre sus brazos.

—Déjamela, déjamela, por favor —suplicaba la mujer de edad.

—Sí, pero cuídala bien —respondió la joven.

La criatura pasó de unas manos a otras. La muchacha ya había acabado de amamantar a la niña tal como se le exigía dentro de la comunidad, pero parecía evidente que ella quería liberarse de la criatura.

—Hija, hija mía —comenzó a decirle la mujer que ya parecía una anciana.

Bindú apretó la mano de Nayak para que éste no dijese nada y ambos se alejaron de aquel lugar.

—Ya he visto suficiente —dijo Nayak.

—Estaba loca por su hija muerta.

—Sí, pero ahora aún lo está más. Artha-Dharma sabe bien lo que se hace. Si esa pobre mujer reclamase el control de su dinero, ningún tribunal le haría caso, claro que si alguien denunciara a los Gudhaka-Bhujanga por haber abusado de esa mujer para quedarse con su fortuna, se crearían muchos problemas.

—¿Piensas denunciarlo?

Nayak se volvió hacia la joven rubia clavando sus ojos en los femeninos; no había reproche en las pupilas del hombre.

—¿Crees que serviría de algo denunciarlo, piensas que podrías devolver la estabilidad anímica a esa pobre mujer? Si le dices ahora que todo ha sido una patraña, que ese bebé no es la reencarnación de su hija, estallaría. Ya no tiene a donde aferrarse, no soportaría la

verdad y de una forma rápida o lenta, se abocaría a la autodestrucción. Le habéis hecho creer que la *baby* es su hija muerta reencarnada y ella ansia creerlo, pues por lo que me contaste, se sentía culpable de la muerte de la muchacha. Este caso ya no tiene remedio, pero es repugnante. Artha-Dharma debería sufrir un castigo por lo que ha hecho.

—¿Intentarás algo contra él?

—Si te lo dijera, tú acabarías contándoselo —se sinceró Nayak.

—No, no le diría nada.

—Es posible que no se lo quisieras contar, pero tú ya has sido hipnotizada por él. Te metiste dentro del ataúd mientras os desplazabais en los coches sin que la viuda McGlower pudiera verlo. Vuestro maquillador, por fotografías, sabía bien cómo era la hija muerta y te maquilló el rostro de tal forma que a la luz de unas antorchas e influenciada como estaba, esa pobre mujer creyó que tú eras ella, quiero decir, la muerta.

—Ya te dije que si no me hubiera hipnotizado, jamás me habría metido en el ataúd.

Primero me lo propuso y yo me negué. Artha-Dharma me dijo que, de todos modos, haría lo que él deseaba y me hipnotizó, pero por no haberle obedecido sumisamente desde el principio, me castigó a recordar todo lo ocurrido cuando despertara.

—Eso no es un castigo, es maldad. Te hizo pasar por la muerta, te maquillaron a la perfección, actuaste hipnotizada tal como estaba previsto, pero Artha-Dharma quiso que sufrieras y que quedaras como cómplice de lo sucedido; por ello te ordenó que no olvidaras nada de lo que había pasado en estado hipnótico.

—Sufrí mucho, he tenido innumerables pesadillas.

—Lo comprendo. Lo que no entiendo es por qué todavía no te has marchado.

—No sabría adónde ir, tengo miedo. Creo que Artha-Dharma ha grabado en mi cerebro alguna orden que desconozco por si intento escapar.

—Una bomba con espoleta de retardo. Sí, le creo capaz de hipnotizar a alguien, de darle una orden de autodestrucción por si trata de escapar a su nefasta influencia.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Sería bueno saber qué orden ha grabado en tu cerebro y

buscar la forma de borrarla.

—¿Podrías tú hacerlo?

—No lo sé, pero lo intentaré.

—¿Cómo?

—Ya te he dicho que no lo sé.

—¿De veras no me crees culpable?

—Te creo atrapada y lo malo es que hay otras como tú.

—Tienes ganas de abandonar esta comunidad religiosa, ¿verdad?

—No creo que se la pueda llamar «comunidad religiosa».

—¿No?

—No, es un fraude y sé que tú terminarás diciéndoselo a Artha-Dharma cuando te pregunte por todo lo que yo pienso.

—No se lo diré.

—Conscientemente, no, pero...

—Nayak, Nayak, ¿por qué me ocurre esto? ¿Por qué mi mente está esclavizada?

—Porque has sido débil y has buscado la verdad donde sólo había mentira, pero ya es mucho que seas capaz de darte cuenta de que te sientes atrapada dentro de un fraude. —Artha-Dharma asegura que no importan los medios si se alcanzan los fines y para él, el bien de los Gudhaka-Bhujanga es lo primero y principal. Busca la gran expansión de esta comunidad.

—Y para eso, hace falta mucho dinero, dinero que piensa conseguir al precio que sea.

—¿Por qué no te marchas de aquí, por qué no lo dejas todo y me llevas contigo?

—Ahora, no.

—¿Cuándo?

—Hay un seminario de ciencias ocultas. ¿Lo has olvidado?

—Entonces, ¿piensas asistir al fraude?

—No será un fraude.

—¿Estás seguro? Lo que le preparamos a la viuda McGlower sí fue un fraude; no fue la muerta quien habló, si no yo que ocupaba su lugar en el ataúd.

—No era difícil engañar a una pobre mujer torturada por un sentimiento de culpabilidad.

Bindú hubiera deseado preguntar algo más, pero se contuvo.

Nayak y Artha-Dharma acabarían enfrentándose; era ya evidente que Nayak había dejado de creer en todo lo que la secta de los Gudhaka-Bhujanga propugnaba, pero no quería romper hasta poder echarle en cara a Artha-Dharma todo lo que pensaba de él y Bindú estaba segura de que Nayak buscaría el momento apropiado y que ella, por más que preguntase o hablara, no le haría cambiar de opinión.

—Mañana veré a Artha-Dharma —dijo Nayak, y añadió—: Vamos a viajar.

—Lo que tú quieras.

Subieron al vehículo, un Ford de cuatro años, pero que parecía no haber mermado en su potencia.

En el reproductor introdujo una cassette de música folk que les acompañó en el trayecto y después de rodar poco más de dos horas por la carretera en dirección sur, salieron de ella por un camino tortuoso que les condujo a una playa solitaria. El coche rozó sus bajos contra las piedras y la arena.

Comenzaba a anochecer.

Nayak se fue a buscar ramas y leños secos. Bindú se acercó a la playa y hundió sus pies en ella. A unos treinta metros hacia el interior del mar, divisó la aleta de dos tiburones e, instintivamente, se echó hacia atrás.

El agua era el reino de las voraces bestias marinas, pero cuando se salía de ella, cuando se pisaba la arena húmeda, ya no había nada que temer.

El sol se hizo rojo en su redondez que fue engullida por el horizonte. Oscureció y el cielo parió estrellas a millares, como una inmensa puesta de diminutos huevos brillantes que al cabo de unas horas morirían, engullidos por la luz cegadora del sol.

La luna no había aparecido aún, no se la veía por parte alguna.

Le llegó el olor a humo y cuando miró hacia donde estaba Nayak, comenzaron a aparecer las primeras llamas de la pequeña fogata. No muy lejos, había unas mantas tendidas sobre la arena.

—Acércate —pidió él.

A la joven le llegó un olor dulzón. Nayak preparaba unos alimentos con leche, miel, frutos secos. Vertió en un tazón el espeso líquido lleno de trocitos de nueces limpias, almendras, pasas y otros frutos, también había un aguacate troceado y debía haber añadido

algún desconocido condimento que obligó a Bindú a aspirar su aroma con fruición.

—¿Qué es?

—Demasiado largo de explicar. No hay alcohol, aunque podría ser que te resultara algo afrodisíaco.

—Entonces, me lo tomaré con placer.

No tuvo que hacer ningún esfuerzo para que aquel alimento que se comía con una cucharita de madera le resultara muy grato al paladar.

Les llegó la brisa marina, húmeda y fría, pero allí estaba el fuego que crepitaba y parecía desafiar al frío y al rumor de las olas, algo bronco ahora.

La joven rubia se sintió como relajada. Se medio acostó sobre la manta mirando a las estrellas, vio los ojos del hombre. Sus labios encontraron los de él y recibió sus besos suaves y hábiles.

Nayak parecía haber absorbido las técnicas amoroso-sexuales de la milenaria tradición oriental y sus labios fueron recorriendo la piel de la mujer haciendo despertar su cuerpo, un despertar a la vida, a la noche salvaje, al fuego que ardía junto a ellos, al rumor bronco del mar, a la soledad, a la arena que crujía bajo sus cuerpos.

—Mírame, mírame a los ojos —te pidió él.

Bindú se dio cuenta de que los ojos de Nayak eran poderosos, unos ojos que la dominaban, la sugestionaban, unos ojos en los que su espíritu se hundía con facilidad.

Amaba, sí, amaba en aquellos momentos y su boca también buscó el cuerpo masculino.

Sus manos se movieron ardientes y amorosas y su piel deseó contactar con la piel de él, y no supo si era humana, cierva o gata.

Sintió breves y excitantes mordidas en su cuerpo y el hombre no tuvo que pedirle que distanciara sus rodillas una de otra, como si una buscara el norte y la otra, el sur.

Por primera vez en su vida, Bindú sintió la penetrante fuerza masculina, el doloroso placer de ser mujer. Nayak ronroneaba en su oído palabras que ella no entendía, palabras que se amalgamaban con el rumor de las espumeantes olas que parecían querer llegar hasta ellos.

Nayak supo ser lento, cuidadoso, hábil y fuertemente sensual.

Bindú gemía con dulzura y los ojos se le agrandaban para luego

ocultarlos bajo sus párpados mientras su mandíbula se distendía y suave saliva aparecía por las comisuras de sus labios.

Los cuerpos desnudos sobre la manta se separaron, se rozaron, se volvieron a juntar.

Bindú notó los dientes de él en su nuca y le agradó. Sus cabellos se separaron y sintió de nuevo que él se apoderaba de su cuerpo.

Sus senos hermosos y blancos caían verticales hacia el centro de la tierra sin llegar a tocar la manta. Las manos masculinas se apoderaron de ellos y los sintió suavemente comprimidos mientras la fuerza se separaba de ella y volvía a acercarse. Su cuerpo oscilaba a cada suave embestida, y Nayak supo prolongarlas tanto que por encima del rumor bronco de las olas se escuchó un fuerte y prolongado grito mezcla de gemido y placer.

El hombre no dejó que fuera ella sola quien gritara, gimiendo, clamando sin palabras al placer, a los dioses de la noche, a la madre tierra, a la mar, a la vida, porque allí no había nada, nada que pudiera semejarse a la muerte.

Sus gritos, sus gemidos se fundieron y cabalgaron juntos en el amor, olvidando que el horror y la muerte no estaban muy lejos en el tiempo y en el espacio.

Tenían que participar en un singular congreso de ciencias ocultas que se estaba gestando, donde Artha-Dharma sólo pensaba en sacar dinero, pero los demás ansiaban extraer la sabiduría del mal, el placer del sadismo, el horror y ¿quién sabía qué más?

Capítulo XII

MURPHY WALK estuvo observando la mansión a distancia. Apenas había luz en la solitaria calle donde se levantaban imponentes residencias.

Murphy Walk miró la hora, faltaban cuatro minutos para la cita concertada por teléfono. Se calzó unos guantes de suavísima piel de cabritilla, se atusó el bigote y las gafas de espejuelo. Se colocó una peluca que abultaba su cabeza y que desfiguraba su perfil facial en gran manera y abandonó el automóvil.

A pie, se dirigió a la residencia Clyton.

Un muro de piedra de altura considerable, coronado por un cable de alta tensión, advertía a los posibles intrusos de que era mejor no intentar rebasarlo.

Anduvo hacia la verja de entrada, una sólida reja de fundición, tan pesada como cara. Al otro lado, debían estar dos feroces dóberman entrenados para atacar a cualquiera que la cruzase.

Murphy Walk observó que los perros, tal como se había exigido, no estaban. No ladraban aquella noche, debían estar dormidos.

Justo cuando su reloj marcó la una de la madrugada, la puerta se abrió electrónicamente, manipulada desde el interior de la residencia.

Si Murphy Walk hubiera tenido un visor de infrarrojos, en una de las ventanas que se hallaban a oscuras habría podido ver la silueta de un ser humano que le estaba observando desde aquella posición.

Murphy Walk entró en el jardín.

Pisó el suelo asfaltado por el que los automóviles se adentraban en la mansión y siguió avanzando. Prefería hacer el recorrido a pie, su presencia allí tenía mucho de furtiva.

Hundió la mano en el temo oscuro. Dentro del bolsillo llevaba una pequeña pistola que empuñó. No estaba tranquilo; si los

dóberman aparecían, antes de dejarse atacar a dentelladas, los mataría a tiros.

No era un profesional del crimen, pero se decía a sí mismo que tenía la suficiente sangre fría para salir con bien de aquella situación.

En los últimos tiempos, Murphy Walk había sido un ejecutivo de segunda que por sus estudios universitarios no llegaría a más, por lo menos en la Clyton Corporation ni en ninguna otra empresa de electrónica si le despedían.

En su opinión, aquéllos eran los momentos estelares de su vida.

Si todo lo que había planeado le salía bien, el resto de sus días ya no tendría problemas económicos o cuando menos, éstos eran sus cálculos. Era importante que su personalidad, su verdadera identidad, no se conociera.

Tenía que seguir siendo un empleado, un ejecutivo de segunda en la Clyton Corporation. Cuando pasara un tiempo prudencial, abandonaría la empresa y se establecería por su cuenta.

Llegó al atrio de la mansión. Se acercó a la pesada y doble puerta y en vez de utilizar el llamador eléctrico, optó por llamar con los nudillos tal como había convenido.

Tuvo la impresión de que le observaban desde alguna parte, quizá a través de una telecámara.

Pasaron unos segundos que se le hicieron largos, demasiado largos, pero se había dicho a sí mismo que no se pondría nervioso. Al fin la pesada puerta se abrió suavemente, sin hacer ruido alguno.

—Señora Clyton.

La mujer que tenía enfrente tendría unos cuarenta años, era alta, elegante, segura de sí misma. Le miró con ojos chispeantes y su voz, demasiado grave para una fémina, silabeó:

—Es usted un canalla.

—Lo que usted quiera, señora Clyton —respondió Murphy Walk—, pero sería mejor que hablásemos dentro. Serán pocos instantes, ya lo veré, no le voy a hacer perder su precioso tiempo. Podrá regresar enseguida a la cama a conciliar el sueño.

Ella se hizo a un lado. Murphy Walk entró en la casa y antes de cerrar la puerta, la mujer preguntó:

—¿Trae la cinta?

—¿Tiene usted listo el millón de dólares? —inquirió como

respuesta, con una sonrisa sarcástica bajo el falso bigote.

Murphy Walk estaba seguro de que ella no le iba a reconocer. Jamás se habría fijado en él al pasar por las amplias oficinas repletas de material electrónico para control y administración de la Clyton Corporation, mas por si acaso la casualidad jugaba en su contra, había tomado las medidas oportunas para no ser identificado.

—Sígame hasta el despacho.

—Complacido —dijo él.

La mujer echó a andar delante de él. Murphy Walk admiró su elegancia, su figura estilizada. No cabía duda de que era una mujer de mundo, bien educada y muy cuidada.

El despacho era amplio, con espesos cortinajes.

Una pared estaba repleta de libros, protegidos por puertas correderas de cristal, libros que habían sido colocados allí mucho tiempo atrás.

Desde que Ursula Clyton se hiciera cargo de la Clyton Corporation, a la muerte de su padre, allí no había entrado ningún libro más, como si hubiera considerado que todo lo que ella podía desear saber, ya estaba allí, aprisionado entre las páginas de los libros seleccionados, comprados y guardados cuidadosamente, primero por su abuelo y luego por su padre.

—Bien, ¿qué es lo que desea?

Murphy Walk minó con recelo en torno suyo. Sonrió bajo su falso bigote y sacando la mano del bolsillo donde guardaba su pistola del calibre 22, una pistola pequeña pero efectiva a corta distancia, una pistola propia para llevarla una mujer en el bolso al salir de noche, dijo:

—Le advierto que no servirá de nada que haya puesto en marcha algún magnetófono o una grabadora de video.

—Lo sé —admitió ella.

—Mejor así. Si yo caigo, cae usted. Si a mí me sucede algo, todo quedará al descubierto y usted caerá. ¿Qué es un millón de dólares para la propietaria de la Clyton Corporation?

Nada, una pequeñez. Si las pruebas que yo poseo van a parar a las manos del fiscal, usted cae, lo perderá todo.

—¿Ha terminado con sus amenazas? —preguntó ella, apoyando sus apretadas nalgas contra el canto de la pesada mesa de roble.

Tomó un cigarrillo de la tabaquera de plata labrada y maciza, con un peso de casi diez kilos, y le prendió fuego como demostrando que tenía una gran seguridad. Con aquella seguridad, pretendía desarmar al chantajista cuya identidad desconocía.

—Bien, vayamos al grano. Aquí traigo la cassette, ¿dónde está el reproductor?

—Ahí, sobre ese mueble.

Se acercó al mueble sin dejar de fumar y levantó una tapa, dejándola apoyada contra la pared. Quedó al descubierto un «compacto» de tocadiscos y cassettes, estéreo y alta fidelidad.

El propio Murphy Walk colocó la cinta y comenzó a deslizarse por la cabeza reproductora. No tardó en oírse una voz de hombre, una voz cargada...

«... Sé que mi hija asesinó a su marido. No podía más y lo asesinó, Bob era un imbécil.

No es que quisiera quedárselo todo, quería gastárselo y era incapaz para llevar el negocio adelante. Ursula simuló un accidente, lo hizo a la perfección. Cargó dos bidones de a galón cada uno con éter de gasolina. Bob solía emborracharse. Dejó una botella vacía de *whisky* dentro del coche después de hacerle beber. Lo puso al volante, despeñó el auto que chocó contra un árbol y como no se incendiaba, le prendió fuego ella misma. El éter gasolina, sacado del depósito de una avioneta de la familia, estalló, envolviéndolo todo en fuego. El plástico se consumió, junto con el plástico la tapicería del coche, de modo que no quedó ni rastro. Bob murió carbonizado. Así se deshizo Ursula del idiota de su marido.

Podía haber optado por el divorcio, pero parece que Bob la tenía atrapada de alguna forma...».

Murphy Walk detuvo la cinta en este punto, dejó de escucharse la voz cavernosa y miró a Ursula que seguía fumando. No parecía haberle afectado demasiado lo escuchado.

—¿Reconoce la voz?

—Puede ser la voz de cualquier hombre —respondió, ambigua.

—Es la voz de su padre y se puede demostrar con otras grabaciones.

—Ningún tribunal aceptaría una cinta así como prueba de cargo.

—No, pero sería el principio de una investigación. El caso de la muerte de su marido sería reabierto, señora Clyton, dejaría de ser

un accidente para convertirse en homicidio.

—No hay pruebas.

—La grabación es más larga. Al fiscal le gustaría mucho como inicio para efectuarle a usted un interrogatorio; no la dejarían en paz hasta obligarla a confesar.

—No tengo nada que confesar. Mi padre hace cuatro años que está muerto. No sé de dónde ha sacado usted esa cinta, pero él ya no puede corroborar que sea cierta.

—Y aunque pudiera hacerlo, de estar vivo no lo haría porque usted era su hija y él también detestaba a su yerno.

—¿Sigue pensando que con esa cinta puede hacerme daño? —preguntó, desafiante.

—Como usted quiera, señora Clyton. Ya veremos quién tiene más que perder.

Extrajo la cassette, la sostuvo entre sus dedos enguantados y con una frialdad digna del mejor actor, le dijo:

—Disculpe por haberle hecho perder su tiempo. Espero que el fiscal no le haga perder mucho más; es una lástima que su padre tuviera la manía de grabar y grabar su voz.

Iba a dar la vuelta para alejarse por la puerta cuando ella le cogió por el brazo.

—Un momento.

—¿Sí? —preguntó, con mirada de zorro.

—¿Cómo la obtuvo?

—Eso es un secreto. Cuando usted se quede con las grabaciones y yo con el dinero, usted y yo no nos volveremos a ver jamás, se lo prometo. Usted no sabrá nunca más de mí.

—¿Y cómo puedo estar segura de ello? ¿Cómo sé que no volverá a chantajearme?

—En estos casos, la única respuesta que se puede dar es la de decirle que tendrá que confiar en mí.

—Está bien —aceptó ella, y encendió una luz de la lámpara de mesa tirando de la cadenita colgante.

Parecía que iba a dirigirse hacia una pared de madera donde Murphy Walk supuso que estaba la caja fuerte con el millón de dólares que pensaba llevarse de allí, cuando Ursula se volvió. Le miró al rostro falseado por la peluca, las gafas de espejuelo y el bigote, y le dijo:

—Será mejor que levante los brazos despacio y no haga ningún gesto estúpido.

—¿Ah, sí, y por qué le he de obedecer? —rezongó Murphy Walk, sarcástico.

—Porque está encañonado. Detrás de usted tiene una escopeta de dos cañones; si Jimmy aprieta los gatillos, no le va a reconocer nadie. Dese cuenta de que yo ni siquiera estoy en la línea de tiro, de modo que es mejor que obedezca.

Murphy Walk no parecía tener prisa en volverse. Sonrió y preguntó:

—¿Es un truco?

—No, no lo es y mejor no acerque sus manos a los bolsillos. Jimmy lo matará si lo hace.

Lentamente, volvió la cabeza y descubrió al hombre que había surgido de detrás de unas cortinas. Era un individuo de aspecto poco dúctil, vestido con pantalones y jersey. Cubría su cabeza con una gorra de visera de color oscuro y, efectivamente, entre sus manos sostenía una escopeta de doble cañón.

—Si disparas, la hundes a ella —le advirtió—. Si me matas, la culparán de mi muerte.

Todo está previsto.

—Es inútil que le siga hablando, Jimmy es sordomudo.

—¿Sordomudo? ¿Y va a ser capaz de dispararme?

—Sí, al menor movimiento sospechoso que usted haga. Jimmy me adora, es mi hermano bastardo, un hijo adulterino de papá. Se puso enfermo de pequeño y quedó sordomudo. Su madre lo dejó en manos de mi padre, él lo hizo cuidar y le puso de sirviente en esta casa. Lástima que usted no se hiciera con todas las grabaciones de papá, hubiera conocido la existencia de Jimmy. Por cierto, él me ayudó a despeñar el coche para matar a Bob, lo odiaba también.

—Una familia bien avenida; pero, insisto, si me mata, usted pierde también, ése es mi seguro de vida.

—Jimmy no entiende de eso y no puedo darle ninguna explicación. Él sólo sabe que ha de dispararle si usted intenta algo, y Jimmy me es más fiel y obediente que un perro, se dejaría matar por mí. No sé si me quiere como madre, como hermana o me adora como mujer.

Había tomado un pequeño frasco de *spray*. Se acercó a Murphy y

le disparó el *spray* contra el rostro. Murphy Walk se tambaleó. Jimmy se le acercó por la espalda y le dio un culatazo en la nuca que terminó sumiéndolo en las tinieblas.

Cuando Murphy Walk despertó, la cabeza le dolía terriblemente y sentía unas fuertes náuseas. Le costó mirar en su entorno y darse cuenta de donde estaba.

Al fin, descubrió con horror que se hallaba dentro de una jaula de sólidos barrotes.

A una prudencial distancia de la jaula, sentada en una butaca, se hallaba Ursula Clyton fumando un cigarrillo. En el cenicero había otros, ya consumidos y aplastados.

—Eh, ¿qué es esto? ¡Sáqueme de aquí! —exclamó, cogiéndose a los barrotes.

—Sí, lo haré, pero cuando esté segura de poseer todas las pruebas que tiene en mi contra, cuando no exista ningún peligro para mi persona, cuando me diga lo que ha previsto por si usted desaparece.

—¿Cree que estoy loco? Si se lo digo, me asesina.

—Ya no tiene usted peluca, gafas ni bigote postizo y tampoco esa pistola que llevaba consigo. Está usted indefenso y a mi merced dentro de esa jaula en la que hace muchos años mi padre llegó a tener un leopardo. Es algo incómoda porque no se puede usted poner de pie, el felino andaba a cuatro patas. Ah, me olvidaba, es inútil que pretenda recibir ayuda, es inútil que grite. Estamos en un refugio atómico privado, ya sabe, a prueba de bombas atómicas. Aquí se puede pasar meses sin que nadie le descubra, las paredes son de hormigón armado. Ahora, le voy a dejar para que vaya meditando, Jimmy le traerá comida y agua. Es inútil que intente hablarle, es sordomudo, ya se lo he dicho y además, aunque usted lo ataque, no servirá de nada, la llave de la jaula la tengo yo.

La mujer se levantó de la butaca para dirigirse hacia la puerta.

—¡Espere, espere, llegaremos a un acuerdo!

La mujer se detuvo, apartó el cigarrillo de sus labios y preguntó:

—¿A cuál acuerdo?

—Por medio millón le daré todas las pruebas.

—Lo quiero todo, absolutamente todo y por nada, es decir, a cambio de su vida.

—Me conformaré con cien mil... —Ella continuó alejándose

hacia la puerta—. ¿Es que no se da cuenta de que si yo desaparezco la vendrán a buscar a usted?

—Sí, pero usted no verá mi caída. Además, pagaré los abogados suficientes y no me meterán en la cárcel con esa prueba de la cinta y si hablan mal de mí, no me importa. En cambio, usted se va a pudrir aquí dentro. Ya lo sabe, todo o no le abro la jaula. Ah, mientras a mí me interese conservarle vivo, Jimmy le irá trayendo pan y agua. Por cierto, que Jimmy es muy habilidoso. Se ha inventado un sistema para electrificar la jaula y de tal modo, que si usted toca los barrotes va a pasarlo muy mal. Eso reducirá un poco su capacidad de movimientos, se sentirá incómodo, pero no será lo más grave.

Se acercó a una palanca bifásica y la conectó.

Murphy Walk sufrió una brutal sacudida en sus manos. Se lanzó hacia atrás y sintió la sacudida en la nuca. Aterrorizado, se centró en la jaula y se miró las manos donde habían aparecido quemaduras que dolían.

—¡No le diré nada, nada, no me matará, no lo hará, no le diré nada! —gritó furioso—. ¡No hablar es mi seguro de vida!

—Ya hablará, ya hablará —dijo lentamente, como muy segura de su poder, mientras desaparecía por la puerta, dejándolo encerrado dentro de la jaula que a su vez se hallaba en el refugio atómico que hiciera construir su padre Howard Clyton.

Capítulo XIII

EL gurú Artha-Dharma se hallaba tras el micrófono, frente al verde prado. La instalación de megafonía era muy buena, pero el auditorio, variopinto, no parecía prestarle demasiada atención. El alcohol y la marihuana contaminaban la sangre de los jóvenes allí reunidos.

—¡Hemos de abandonar los lujos, hemos de regresar a la tierra, hemos de purificar nuestros cuerpos! Yo os pido que os dejéis iluminar por la verdad y cuando abandonéis vuestros cuerpos miserables, naceréis otra vez en cuerpos superiores. Vosotros mismos seréis superiores y alcanzaréis la felicidad. ¡Amaos, amaos! ¡Repetid todos...!

—¡Amaos, amaos! —tronaban las voces, casi divertidas.

Nayak observaba aquella reunión para captación de adeptos y permanecía frío, expectante. Artha-Dharma, como otros muchos en diferentes religiones, pedía la pobreza voluntaria y, sin embargo, él buscaba el poder económico.

Exigía amor a gritos y él sólo se amaba a sí misma.

Era un cúmulo de contradicciones que él no deseaba desmentir en aquellos momentos y en público, entre otras cosas porque los allí reunidos sólo estaban preocupados de beber y fumar marihuana. ¿Cómo quedaría luego aquel lugar? La noche caería pronto y las tinieblas ocultarían la orgía. Quizá fuera la policía a poner orden, quizá se encogiera de hombros. Al día siguiente, probablemente nadie, salvo unos pocos fanáticos que aparecerían en cada grupo como el tanto por ciento de enfermos mentales dentro de una sociedad más o menos sana, ni se acordaría de las palabras del gurú Artha-Dharma. Los demás, emigrarían hacia otros lugares en busca de nuevas diversiones, a poder ser más excitantes.

Todo estaba calculado, todo estaba previsto. Al final de aquella especie de arenga o sermón que lanzó el joven gurú Artha-Dharma

con actitudes mesiánicas, hubo vítores, gritos y aplausos, aunque gran parte de ellos brotaron de una cinta magnetofónica y pasaron a los grandes altavoces del sistema megafonía, contagiando a los jóvenes allí congregados, que se vieron inmersos en un estruendo psicotizante mientras sonaba un himno que tenía mucho de hindú por los instrumentos con que era interpretado. Vieron a su gurú alejarse levantando los brazos.

—¿Estás muy preocupado, Nayak?

Se volvió. Junto a él estaba el anciano oriental.

—Todo esto es un fraude, Prití —dijo sin ambages.

—Otras sectas orientalistas atraen a más seguidores.

—Sí, pero es que lo que veo no son seguidores, si no ganado que se deja llevar por un poco de diversión o droga, sea alcohol o marihuana.

—Artha-Dharma predica la antidroga, el antialcohol.

—Sí, pero alguien se encarga de repartirlo.

—Sólo en lugares así. En las granjas o lugares de rehabilitación antidroga, no.

—Por si los del Estado hacen una inspección; Artha-Dharma sabe muy bien lo que se hace.

—Pero a ti no te gusta.

—No.

—¿Y qué piensas hacer?

—Siento deseos de saltar a los micrófonos y proclamar que todo es un fraude.

—Esos que hay ahí se reirían de ti.

—Tal como los veo ahora, ciertamente se reirían de mí.

—Tranquilízate, sosiega tu alma.

—Estoy confuso y decepcionado —confesó Nayak.

—Porque la paz de tu espíritu no la hallarás en Oriente ni Occidente, sólo está dentro de ti.

—Gracias por tus consejos, Prití, ahora tengo que irme.

Abandonó el lugar a bordo del Cadillac dorado junto a Artha-Dharma que en aquellos momentos tomaba zumo de frutas.

—Te veo muy preocupado, Nayak —comentó Artha-Dharma mientras su secretario Dashana conducía el lujoso automóvil.

—He sido informado de que has estado inspeccionando todos nuestros locales y granjas.

—Todos, no —puntualizó Nayak—. Sólo las más importantes.

—Imagino que alguna cosas no te habrán gustado.

—Aciertas.

—Ya te dije que estábamos en período expansivo, esto puede durar algunos años.

Cuando seamos fuertes, algunas licencias que se toman ahora serán recortadas y volveremos al espíritu de nuestro fundador el maestro Old White.

—¿Y estás seguro de que podrás dar marcha atrás cuando vayas lanzado o en vez de llevar un coche pintado de color oro ya lo tendrás placado en oro de veinticuatro quilates?

—El dinero no es para mí. En cuanto al lujo aparente, de representación, es necesario. A la gente le gusta que su líder sea poderoso.

—Cristo, Ghandi y muchos otros iban casi descalzos.

—Sí, pero otros han tenido fuerza y poder. Tú has pasado años en Oriente y los gurús miserables son los que tienen seguidores o, en todo caso, les sigue el populacho, vagabundos.

—Preferiría no discutir ahora —le cortó Nayak mientras el Cadillac dorado seguía alejándose del lugar de la concentración.

—Mejor, sé que terminarás comprendiéndolo.

—Me interesa el seminario de ciencias ocultas.

—Magnífico, sé que estuviste en el otero de los pantanos.

No hay mejor lugar que aquél para un seminario de ese tipo.

—El lugar es peligroso; allí existen fuerzas mágicas.

—Lo sé, por eso lo compramos, para que nadie más que nosotros pueda utilizarlo. Has de preparar algo sorprendente.

—¿Qué quieres, que invoque a los manes^[2] como hiciste tú con la hija de la viuda McGlower?

—¿Te lo ha contado Bindú?

—Yo también tengo capacidad de hipnotizar como tú.

Artha-Dharma sonrió.

—Es cierto, no puedo olvidar tus poderes paranormales. ¿De veras invocarás a los manes?

—¿Quiénes serán los digamos conferenciantes del seminario o intérpretes del espectáculo?

—Marcus, tú y la baronesa Stoupini.

—Insisto en que el lugar es peligroso, pueden ocurrir accidentes

muy desagradables.

—Sé que se os quemó el coche. Ya hemos retirado la chatarra, ahora está hundida en el pantano.

—¿Eres consciente de que en aquellos parajes se producen fenómenos extraños e incontrolables?

—Sí, ya te lo he dicho y Marcus lo sabe.

—Estuve con él.

—Ya me lo contó. Marcus es el mejor y el más auténtico de los satanistas.

—¿Y tú crees en el satanismo?

Artha-Dharma sonrió.

—¿Quieres que te responda con claridad?

—Mejor no lo hagas; me dirías que crees en lo que te conviene.

—Verás, Nayak, las cosas no son tan puras aquí como lo eran allá donde has estado, en Oriente.

—Tampoco son puras allí, pero te aseguro que se engaña menos que aquí.

—Marcus cree en lo que vale y eso, a mí ya me sirve. Puede que en algún momento emplee truco de feria, pero eso lo hacen todos los que poseen facultades extraordinarias.

Llega un momento en que no consiguen lo que pretenden.

—¿Y la baronesa Stoupini?

—Es una bruja auténtica.

—Lo que quiere decir que también es satanista e infernalista.

—No tanto. Ella, en cierto modo, ha renunciado a ser una sierva del príncipe de los infiernos, pero sabe mucho de ciencias ocultas, puede dar lecciones sobradamente. Su hija, siendo una niña, ya aprendió de ella.

—¿Y ahora también es una bruja?

—La pequeña murió de la forma más terrorífica que pueda imaginarse.

Le contó el extraño suicidio empleando la magia.

—Sí, debió ser horrible.

—Tú les harás una demostración de tus poderes paranormales, pero en ti tengo puestas más esperanzas, Nayak, podemos conseguir grandes cosas.

—¿En mí, por qué?

—Porque tú decantarás a los asistentes hacia el orientalismo. Les

demostrarás el poder de tus manos, de tus ojos, el poder de tu mente. Todos los personajes que asistirán a este seminario de ciencias ocultas irán de incógnito, ni siquiera se conocerán entre ellos.

Desean emociones fuertes, fórmulas mágicas que puedan emplear en su vida normal. Tú eres quien más puede hacer para atraerlos a los Gudhaka-Bhujanga. Los siete personajes que asistirán son inmensamente ricos. Si se convierten en nuestros protectores, muchos de los problemas que tenemos ahora con las autoridades, desaparecerán y además, los dólares que ellos aporten irán muy bien para la expansión de los Gudhaka-Bhujanga.

—¿Hasta dónde quieres llegar?

—La expansión de esta comunidad religiosa no tiene límites.

—Eres muy ambicioso, creí que te conformarías con los cincuenta mil dólares que va a pagar cada uno de esos siete personajes que asistirán al seminario de las ciencias ocultas.

—Eres un ingenuo, Nayak. Con trescientos cincuenta mil dólares no haríamos gran cosa y más si deducimos lo que van a cobrar Marcus y la baronesa Stoupini.

—Por mí no te preocupes, yo no voy a cobrar nada.

—Sí, claro, pero además hay gastos de transporte, de hospedaje, servicios de asistencia.

Hemos gastado bastante en arreglar las casas y la capilla que hemos acondicionado para nuestra comunidad quitando de ella todos los otros símbolos religiosos. Además, está la compra de la pequeña montaña de los pantanos. Nayak, esto es sólo el principio para que esos personajes puedan ser sujetados a nuestro pesebre donde comerán lo que nosotros queramos darles mientras les ordeñamos cuanto nos convenga.

—¿Y si se ponen difíciles?

—Alguno puede escabullirse, pero emplearemos todos los medios necesarios para encadenarlos a nuestra causa.

—¿Cuando dices todos los medios, quieres decir lícitos e ilícitos?

El gurú Artha-Dharma volvió a sonreír y terminó diciendo:

—No hagas tantas preguntas. Tú prepárate para ese seminario de las ciencias ocultas, eres mi gran esperanza. No debes dejarte vencer por Marcus ni por la baronesa Stoupini, y te prevengo que son muy buenos. No hay ningún grupo de brujos, brujas y satanistas

que posean tantos poderes y sabiduría en ciencias ocultas, por eso los que van a acudir pagan tanto dinero. Se les garantiza algo extraordinario, algo que no podrán hallar en ninguna otra parte.

—Bien. ¿Y si ocurre alguna desgracia?

—El pantano se las traga todas. Si surge algún problema lo sepultaremos bajo el cieno y nunca se sabrá de él. Todo está previsto, Nayak, todo.

El coche seguía rodando y su carrocería dorada despedía destellos, reverberando la luz de las altas farolas que iluminaban la entrada de la ciudad.

Capítulo XIV

HENRY D. Donaller se dejó transformar el rostro por un maquillador profesional. Cuando se miró al espejo, tuvo la impresión de que ya no era el mismo y de que si lo era, había envejecido veinte años cuando menos.

—No me gusta —confesó.

—Puede ser, pero nadie le va a reconocer.

El millonario Henry D. Donaller dudó frente al espejo. Le habían encanecido las cejas, eran más anchas, lo mismo que el bigote, y una prótesis que le molestaba en las encías le había cambiado totalmente la boca y algo la voz.

El pelo también se le veía más gris y el peinado era totalmente distinto al que solía usar habitualmente.

Un automóvil pasó a buscarlo y un chófer, en silencio, lo condujo hasta donde comenzaban los bosques húmedos y una pista forestal que los atravesaba. Allí se encontró con otro vehículo; de él descendió una mujer que le pareció totalmente desconocida.

—¿La han transfigurado como a mí? —preguntó al chófer.

—Sí, señor, pero yo mismo no sé quién es.

—Sería divertido intentar averiguar su verdadera personalidad. Ha de ser alguien importante cuando ha podido pagar tanto dinero para acudir a este seminario de ciencias ocultas.

—Señor Leopardo, le presento a la señora Cierva. Señora Cierva... —presentó Dashana.

Ambos inclinaron sus cabezas. Nadie puso reparos a aquellos nombres de animales que ocultaban los suyos verdaderos.

Subieron a un vehículo relativamente pequeño pero con cuatro ejes y cuatro grandes ruedas en cada eje, de tal forma que aquel vehículo no podía correr demasiado, pero lo mismo podía circular por caminos abruptos y difíciles que por encima del pantano sin hundirse.

Artha-Dharma lo había previsto todo, incluso lociones y pulverizadores antimosquitos.

Dashana condujo a los participantes hasta el otero.

—Éste es un lugar húmedo y extraño —observó la señora Cierva bajo la cual se escondía.

Ursula Clyton.

Henry D. Donaller opinó:

—Es un lugar desagradable, pero no me parece siniestro.

—¿Arrepentido de haber venido?

—Por ahora, no, aún no sé si he sido estafado o no, habrá que ver a los maestros de las ciencias ocultas.

—¿Quiere aprender brujería? —preguntó la señora Cierva, es decir, Ursula Clyton.

—Un poco de todo. Dicen que los negocios no son más que asunto de números, pero yo no lo creo así. Hay negocios que salen mal y otros que salen bien y no se sabe por qué.

¿Fuerzas magnéticas positivas, fuerzas magnéticas negativas? He conocido a hombres de negocios que han querido lanzar al mercado un determinado artículo para venderlo masivamente y de pronto ha aparecido en las pantallas algún inoportuno comentario que tal objeto de consumo era negativo y el negocio se ha hundido. ¿Preparado por la competencia? ¿Quién sabe?

Ursula burlona, inquirió:

—¿Hace brujería antes de llevar un negocio adelante?

—No soy ningún experto en ciencias ocultas, me limito a exponer hechos que he presenciado o que he sufrido en mi propia carne. La verdad, no me he atrevido a contratar a nadie para que llevara a cabo algún acto de magia que me favoreciera.

—Existe la magia blanca y la magia negra.

—Sí, ya estoy al corriente.

—¿Por cuál se inclinará usted para conseguir que los negocios le rindan buenos dividendos?

—No me importa qué magia se haya de utilizar mientras los dólares lluevan en mis cuentas corrientes. Y usted, señora Cierva, ¿qué es lo que desea presenciar o aprender, algo para favorecer el amor? Estoy seguro de que usted no es tan mayor como quiere aparentar con ese maquillaje.

—Prohibido hacer preguntas personales, señor Leopardo.

Se echó a reír. Era excitación nerviosa, pero Henry D. Donaller también rió mientras el vehículo de dieciséis ruedas seguía avanzando por el camino del pantano, entre los árboles podridos, en busca de la colina mágica.

Dashana comentó:

—El pantano impresiona más al anochecer.

—A mí no me gustan los pantanos —expuso el millonario Henry D. Donaller—. Me producen reuma Además soy muy malo para las picaduras de los mosquitos.

—Si se aplican las lociones que les hemos proporcionado, los mosquitos les dejarán en paz —dijo Dashana que iba junto al conductor de aquel vehículo insumergible, pues podía avanzar incluso por el mar.

Pese a sentirse seguros en aquel vehículo anfibio, estuvieron más tranquilos cuando ascendieron por el camino hacia lo alto del otero que dominaba los pantanos que lo rodeaban.

—Hum, ¿una Ghost Town restaurada? —inquirió Ursula Clyton.

—¿Cree usted que este lugar inspira algo de temor? —preguntó Henry D. Donaller. Antes de que Ursula respondiera, añadió—: Creo que nos hubiéramos divertido más yendo a Disneylandia.

—Se les recomienda que no caminen por debajo de las casas que, como verán, están sostenidas por pilotes de madera.

—¿No son seguros? —preguntó la mujer.

Dashana respondió:

—Es que debajo están las tumbas.

—¿Qué tumbas? —quiso saber Ursula Clyton.

—Las de quienes murieron cuando vivían aquí, una secta religiosa tan fanática como sangrienta. Fueron perseguidos por el mismísimo ejército, pero ellos se refugiaron aquí y no los encontraron.

Henry D. Donaller y Ursula Clyton intercambiaron una mirada de preocupación; no obstante, Henry D. Donaller se echó a reír.

—Nos quieren meter el miedo en los huesos. De lo contrario, eso de las ciencias ocultas no funcionaría.

—Si no cree en los que nos van a ofrecer en esta Ghost Town, ¿por qué ha venido pagando cincuenta mil dólares? —preguntó Ursula Clyton.

—No lo sé, quizá porque una amiga echadora de cartas me

embaucó. De todos modos, ya que he pagado pienso divertirme, aunque he de reconocer que nunca he pagado tanto por una diversión.

Había allí más vehículos anfibios que delataban la presencia de otras personas.

Dashana, que hacía de guía, les dijo:

—Señora Cierva, tiene usted adjudicada la casa número tres y usted, señor Leopardo, la cinco.

—¿Estaré sola en la casa? —interrogó ella.

—Sí, pero no tema, todo está previsto. Además, en este lugar, un grito se oye en todas las casas.

—Bien, espero no tener que gritar.

—Aquí no hay intrusos —dijo Dashana—. Sólo están ustedes, los participantes en el seminario como discípulos, los maestros y algunos miembros de Gudhaka-Bhujanga para servirles.

—Señora Cierva —dijo Henry D. Donaller con cierta sorna—, estoy seguro de que volveremos a encontrarnos pronto.

Ursula Clyton fue conducida a una de aquellas casas.

La chimenea había sido preparada con leños artificiales para que no fallaran en el encendido. Las brillantes llamas le gustaron, también la alcoba a la que se accedía por una escalera de madera.

Allí todo era de madera, pero muy bien conservada. Los muebles eran básicos y casi toscos.

—Dentro de media hora oirán la llamada de un triángulo de metal y deberán acudir a la cena comunitaria que será la ceremonia de apertura del seminario.

—¿He de vestirme de forma especial?

—Vista como desee, señora Cierva —le dijo Dashana—, pero como todos ustedes son personas importantes, seguro que se vestirán con mucha elegancia.

Ursula Clyton miró las dos grandes maletas que le habían llevado a la habitación y se mostró un tanto preocupada.

—¿Dónde será la cena?

—En lo que antes fue la capilla. Allí se llevarán a cabo las sesiones de ciencias ocultas, pero esta noche tendrán la oportunidad de conocer a los maestros.

—¿De veras son buenos?

—No los hay mejores en el planeta. Ya lo comprobará usted por

sí misma.

Al quedarse sola en la casa, Ursula sintió un inesperado desasosiego y miró en torno como si temiera que alguien, furtivamente, fuera a aparecérselo.

De pronto...

—¡Señora Clyton, señora Clyton, sáqueme de aquí, sáqueme! — suplicó una voz de hombre, una voz poco limpia que, como una visión confusa y difusa, semejaba estar al otro lado de la niebla de los pantanos.

Inquieta, siguió escrutando alrededor. Llegó a salir de la alcoba y miró hacia la escalera.

¡Señora Clyton, señora Clyton, sáqueme de aquí, no me deje morir, la ahorcarán, la ahorcarán!

Era imposible saber de dónde venía aquella voz que creyó reconocer.

—El chantajista...

Se acercó a la ventana. El centro del pueblo fantasma estaba vacío, los vehículos se habían marchado o los habían ocultado en alguna parte para que no estorbaran.

—Soy una estúpida —se dijo a sí misma—. Esos gritos sólo están en mi propio cerebro, me estoy dejando influir por el ambiente.

En el espejo que había en la puerta del estrecho armario, se miró el rostro y se dijo a sí misma:

—Eres una asesina, Ursula, pero ¿qué importa? Primero eres tú, los demás no importan. Encontraré la forma de que el chantajista me diga todo lo que ha previsto para que me culpen si él muere y luego, Jimmy se encargará de él. ¿Quién lo va a buscar bajo un árbol?

—¡Señora Clyton, sáqueme de la jaula, sáqueme! —Le pareció volver a oír, y se apretó las sienes con fuerza, aprisionándolas entre ambas manos.

—¡Cállate, estúpido, cállate, cállate!

Capítulo XV

EN el centro de la capilla había sido ricamente dispuesta una mesa en forma de herradura, con las puntas hacia la puerta.

Los personajes que habían acudido allí para conocer más a fondo las ciencias ocultas vestían de *smoking* los hombres y traje largo las mujeres, que eran dos.

Todos se sabían maquillados de tal forma que resultaban irreconocibles y aquella situación de anonimato les daba seguridad. Ninguno de ellos hubiera asistido a cualquier otra reunión o seminario de ciencias ocultas de los que se convocaban ordinariamente a través de los periódicos y revistas especializadas en el tema. Ninguno quería estropear su reputación ni que se supiera públicamente que creían casi ciegamente en las ciencias ocultas y en sus maléficos poderes; por ello, habían aceptado aquella oportunidad económicamente cara, pero perfecta para lo que ellos deseaban íntima y socialmente.

El gurú Artha-Dharma con su cabeza rapada y aceitada, con sus ojos profundos y dominantes, presidía la mesa. A su izquierda tenía a Bindú, la mujer más hermosa de la reunión y posiblemente en muchas millas a la redonda.

A su izquierda estaba la baronesa Stoupini; junto a ésta se hallaba Nayak con su rostro barbado pero joven, de mirada intensa. Nayak y Artha-Dharma tenían algo en común, quizá la edad, pero muchas cosas les separaban.

A la derecha de la joven Bindú estaba Marcus, imponente bajo su capa que no se quitaba en ningún momento. Su perilla egipcia le daba un aspecto extraño, distanciado en el tiempo.

—Bien venidos a la Ghost Town de los pantanos —comenzó a decir Artha-Dharma, puesto en pie—. Todos ustedes me conocen. Todos saben lo que van a encontrar aquí a partir de este memento. Cualquier hecho que suceda, puede estar al margen de la realidad,

de la razón, de la ciencia pura y ortodoxa. No hemos preparado esta ciudad fantasma para que ustedes se encuentren con sorpresas, esto no es un barracón de feria con trucos electrónicos, lumínicos y acústicos. Les doy mi palabra de que nada ha sido preparado. Las casas han sido reparadas para que ustedes hallen unos mínimos de comodidad, pero no hay nada, absolutamente nada para perturbarles el sueño o la tranquilidad. Cuanto suceda, partirá de las mentes de ustedes mismos o de la magia de este lugar. Es posible que algunos de ustedes noten más fenómenos extraños que otros y eso puede ser debido a su mayor receptividad. Ahora, les voy a presentar a los maestros de las ciencias ocultas. Pregunten cuanto deseen, se les responderá adecuadamente.

Empezaremos por la dama A mi lado está la baronesa Stoupini, experta en magia blanca y en magia negra. Nadie como ella conoce elixires, venenos, invocaciones, conjuros y maleficios hechos a distancia.

—Algunos dicen que soy una bruja —comenzó a hablar la baronesa— y yo no sé qué es una bruja exactamente. En la oscura edad media llamaban brujas a las enfermas mentales y las quemaban vivas. Yo no me he acostado jamás con el diablo como aseguran que hacen las brujas, lo que sí he hecho es buscar la sabiduría oculta en los libros antiguos, la he puesto en práctica y ha dado los resultados apetecidos. Los alquimistas y las llamadas brujas del medioevo no fueron tan estúpidos como creen los sacrosantos científicos actuales, esos científicos que han conseguido matar a mucha más gente de una sola vez con una de sus bombas. Bien, hay muchas cosas que seguro ustedes desconocen y de las que ya es iré hablando.

La aplaudieron, y después de los aplausos, Henry D. Donaller preguntó:

—¿Tiene la fórmula para transmutar el plomo en oro?

—No, no lo he conseguido y no van por ahí mis investigaciones. Me he dedicado más al espíritu humano.

—Bien —dijo Artha-Dharma— les presento ahora a Marcus. Si alguien conoce a Satán, ése es Marcus. Si Satán y los demás diablos que gobiernan el infierno acuden a una invocación, esa invocación la ha hecho Marcus. Si se abre la tierra y aparece un muerto, es que a ese muerto le ha dado vida Marcus.

—Bueno —puntualizó Marcus—, yo no soy quien le da vida, si no los príncipes del averno a los cuales invoco. Este lugar en el que nos hallamos es especialmente mágico para las invocaciones. Es posible que alguno de ustedes no crea en cuanto se ha dicho, pero ése es su problema y no el mío. Si desean saber de algún ser ya muerto, es posible que yo pueda ayudarles. No soy espiritista ni preparo trucos de feria. Yo les haré alguna demostración de invocación al diablo. No puedo decirles lo que va a ocurrir, pero si alguien se siente incapaz de aguantar el horror, el pavor a las fuerzas del infierno, es mejor que no acuda a la invocación, lo mismo que si sufre alguna dolencia cardíaca. Los príncipes del infierno son algo sarcásticos y no están sometidos a mí, si no yo a ellos. Yo puedo pedirles algo y la respuesta ser tan extraña como sorprendente.

Marcus no recibió aplausos, pero él estaba seguro de que sus palabras habían hecho mella en el aparente escepticismo de aquellos siete personajes.

—El tercer maestro es Nayak. Es joven como yo, pero posee poderes que en Occidente son considerados como paranormales. Es capaz de desarrollar fenómenos de hipersensorialidad.

Un gesto de la mano de Artha-Dharma fue indicativo para que el propio Nayak comenzara a decir algo, y así lo hizo éste.

—Acabo de llegar del Nepal, del Himalaya hindú, de los monasterios semiperdidos. He aprendido mucho allí, pero sobre todo he aprendido que el ser humano es igual allí que aquí. Dentro de nosotros poseemos el bien y el mal, se trata de equilibrarlos, pero desgraciadamente, en la mayoría pesa más el mal que el bien e incluso dina más, lo que ustedes o yo podamos considerar mal, otros seres, en distinto lugar del planeta, lo considerarán bueno.

—No vas a darnos un sermón ahora, ¿verdad? —preguntó Artha-Dharma.

—Si lo que desean es que les haga demostraciones de fenómenos paranormales, me temo que va a ser difícil, porque esos fenómenos no se dan a plazo fijo. Ocurren cuando menos lo esperamos. Si tienen consultas que hacerme, yo las atenderé y trataré de ofrecerles cuanto yo sé en bien de ustedes. Gracias.

Tampoco hubo aplausos. El gurú Artha-Dharma, por decepcionado, se sintió molesto con Nayak.

—Ahora, cenemos. Queda inaugurado el seminario de ciencias ocultas en la Ghost Town de los pantanos.

Iniciaron la cena. El anonimato de los asistentes les permitía dialogar con fluidez entre ellos. Perseguían las mismas emociones, casi idénticos intereses, habían pagado lo mismo y todos ellos se sentían económicamente fuertes.

La cena fue variada y selectiva. Para los miembros de la secta Gudhaka-Bhujanga, el menú era vegetariano y para los demás, estaba lleno de proteínas cárnicas.

Bindú no había dicho nada. Artha-Dharma la mantenía a su derecha, pero ella, de vez en cuando, lanzaba ojeadas hacia Nayak. Nayak la había hecho suya y sólo el amor, la intensa pasión que sentía hacia él, la obligaban a acercársele.

Ya no se trataba de obedecer al gurú, es que ella deseaba estar con Nayak, entre sus brazos. Lo que había sentido en la playa jamás había pensado que podía llegar a sentirlo; sin embargo, recordaba la noche de amor como algo confuso, como si ella se hubiera convertido en otro ser. Había sido maravilloso y deseaba repetir hasta la muerte.

Cuando terminaban la cena, se escuchó un grito, casi un aullido. Era un grito que helaba la sangre. Todos se pusieron tensos y dejaron de comer y beber.

Se miraron a los rostros, siete de ellos cambiados por el maquillaje, y luego observaron alrededor, ya que el grito se reprodujo. Bindú y Nayak lo reconocieron, lo habían oído antes.

Marcus se levantó despacio, dominándoles con su gigantesca corpulencia.

—Sé quién lanza esos gritos —dijo con su poderosa voz.

—¿Ah sí? —preguntó un hombre al que habían dado en llamar señor Tigre durante el seminario—. ¿No sale de una cinta magnetofónica?

—Les aseguro que sale de una tumba, mi amigo Nayak lo sabe. Él los oyó antes y también la señorita que está aquí.

—Sí, los oí —admitió Bindú.

—Salen de una tumba. Sé que en esa tumba yace un ser que en su momento fue importante. Ahora, clama a gritos desde debajo de la tierra porque está en pena, en una situación difícil. Artha-Dharma, ¿tenéis palas?

—¿Palas? Sí, creo que sí.

—Entonces, podríamos comenzar esta misma noche. ¿Por qué no abrir la tumba de dónde brotan esos gritos que a muchos les parecerán infrahumanos, escalofriantes?

—¿De veras estás seguro de que salen de una tumba? —insistió el gurú Artha-Dharma.

—Sí, seguro, y yo sé cuál es. Por supuesto, quienes no sean capaces de soportarlo, mejor que se queden aquí. Abrir una tumba de noche y después de una copiosa cena, comprendo que no es lo más adecuado, pero los que quieran comenzar este seminario viendo algo extraordinario, que nos acompañen.

El señor Alce, que aún no había despegado los labios, preguntó:

—¿Quiere decir que en esa tumba hay un muerto viviente?

—Es posible.

—¿Qué es exactamente un muerto viviente? —preguntó Donaller o el señor Leopardo.

Marcus carraspeó.

—Pues, alguien que murió en circunstancias especiales y el espíritu no abandonó su cuerpo. Esta clase de seres, llamados también zombies, son muy dominables, no por todos, claro. Si alguien los convierte en esclavos, hasta pueden ser explotados físicamente, pero resulta algo repugnante y peligroso, pues las fuerzas infernales siempre están alrededor de ellos y no hay que olvidar que murieron en circunstancias muy especiales y éstas pueden repetirse.

—Yo quiero ver ese fenómeno para comprobar que no es un truco —dijo el nominado señor León.

—Pues, comencemos ya —dijo Marcus.

Desde su silla, Nayak le advirtió:

—Perturbar la paz de los muertos es peligroso.

—Yo no soy orientalista. Vosotros, los orientalistas, creéis en la reencarnación, ¿no? Pues, ese ser no ha encontrado aún otro cuerpo donde introducirse para volver a vivir, claro que según el orientalismo más puro, quizá halle el cuerpo de una hormiga para meter su espíritu. —Y se echó a reír.

Marcus condujo a todos hacia la casa bajo cuyo suelo había detectado la tumba de la que parecían surgir los extraños gritos. Dashana llevó las palas y el propio Marcus tomó una de ellas,

hundiéndola en la tierra.

—Pronto descubriremos el primero de los misterios —anunció Marcus, que parecía haberse hecho dueño de la situación.

Marcus pasó la pala a otros. Todos observaban mientras las palas iban sacando tierra a la luz de una lámparas fluorescentes portátiles que daban suficiente luz.

La baronesa Cressy Stoupini se mostraba escéptica, como esperando el fracaso de Marcus.

—Bajo todas estas casas hay tumbas, tumbas de seres malditos que murieron aquí en extrañas condiciones.

—Enfermedades —observó Nayak.

—Nayak y yo solemos tener diferencias de opinión —declaró Marcus—, pero estoy seguro de que aquí hay un espíritu que aún no ha podido abandonar su cuerpo.

—¿Invocarás a los príncipes del infierno para que desencadenen su espíritu? —preguntó la baronesa.

—No, no son los príncipes del infierno quienes separan los espíritus de los cuerpos, es la muerte, ella es quien debe separarlos. Cuando quedan juntos espíritu y cadáver, es como si la muerte hubiera hecho un mal trabajo, un trabajo incompleto. Para convertir en zombi a alguien, hay que darle muerte en forma especial. Es una muerte que, en cierto modo, no es total y el espíritu no acaba de abandonar el cuerpo.

El lugar era incómodo para cavar, la casa les obligaba a inclinar la cabeza, especialmente al gigante Marcus.

—¿Nos hablará con más profundidad de los zombies? —preguntó la señora Alce.

—Sí, cómo no.

—¿Son los diablos quienes convierten en zombies a las personas?

—No, algunos se convierten en zombies ellos mismos por el tipo de suicidio que han elegido o son convertidos en zombies al ser sacrificados en ceremonias rituales.

—Satánicas —puntualizó Bindú.

—Sí, ciertamente —admitió Marcus.

—Pero, eso es horrible —se estremeció el señor León.

—Satanás nunca interviene directamente en acciones de este tipo, pero si se le invoca acude y la muerte también. Después, la

víctima se convierte en zombi, pero no es fácil, han de coincidir muchos factores. Hay menos zombies de los que se cuentan en los libros.

—¿De veras cree que existe alguno o todo es fantasía? —preguntó la señora Cierva.

Rass, rasss...

—Ya hemos tocado la caja —anunció Dashana que había estado abriendo la tumba.

—Limpiadla bien y sacadla afuera.

—¿Cree que es necesario? —preguntó el gurú Artha-Dharma, en cierto modo para dar más expectación a aquella lúgubre situación en la que estaba desenterrando a un muerto sin haber pedido permisos oficiales de ningún tipo.

—Sí, será una buena inauguración del seminario de ciencias ocultas.

Todos permanecían atentos a la extracción del ataúd.

Quizá el hecho de ser mucho alrededor de la sepultura restara terror a la situación, pero a nadie se le ocurrió pensar que al abrir el ataúd iban a encontrarse con algo desagradable, un ser humano corrompido o quizá, sólo un esqueleto, pero todos tenían la secreta impresión de que hallarían algo más.

—¿Abrimos la caja? —preguntó Dashana.

—Un momento —pidió Marcus. Se arrodilló junto a la caja y puso sus manos sobre el ataúd. Comenzó a orar a los príncipes del infierno y luego alzó la voz: ¡Astarot, libera esta alma, libérala de las cadenas que atan a su cuerpo! ¡Libérala y hazte con ella para la eternidad! Si está aquí, es que merece hallarse en tus dominios. ¡Astarot, te suplico que la lledes contigo a las profundidades de tu reino, pero antes, deja que los aquí presentes la veamos!

Uno de los asistentes quiso reírse y no lo consiguió. La caja estaba cerrada con llave.

Marcus tomó una de las palas y con el canto de la hoja, rompió la cerradura oxidada.

—Aún están a tiempo. Quienes quieran alejarse, pueden hacerlo. Ciertamente, los príncipes del infierno no siempre acuden a mí cuando los invoco. —Se inclinó sobre el ataúd y golpeó con los nudillos: ¿Estás ahí?

Se produjo un intenso silencio que apenas duró un par de

segundos, pero se hicieron muy largos en la tensión que les dominaba a todos.

Alguien comenzó a gemir. Era un sollozo que les llegaba a través de la tapa que tenía la cerradura rota, pero aún no había sido levantada.

—Es una criatura —observó la señora Alce.

—Sí, es el llanto de una criatura —opinó también Ursula Clyton.

—Veamos quién es.

Dos lámparas fluorescentes iluminaban el ataúd. Marcus asió la tapa que en principio se resistió y haciendo caso omiso del llanto que brotaba de ella, la levantó.

—¡Es una niña! —exclamaron varios a la vez.

Efectivamente, dentro yacía una niña. El ataúd le caía grande. La criatura, de unos nueve o diez años, tenía los ojos abiertos, pero eran los suyos unos ojos sin vida. Lloraba y se incorporó, sentándose en el féretro.

—¡Priscyyyyy! —gritó la baronesa Stoupini, casi rompiendo sus cuerdas vocales.

Todos miraron a la que creían una bruja.

La niña se puso en pie. La baronesa Stoupini intentó abrazarla, pero Nayak la sujetó con sus brazos, conteniéndola.

—¡No!

—¡Suélteme, suélteme, es Priscy, es Priscy!

El enorme gato negro llamado «Otel» se hizo notar porque erizó los pelos de su lomo al tiempo que maullaba amenazador.

—¡Priscy!

—Pobre criatura —musitó alguien.

—Señora, conténgase, conténgase —le pidió Nayak—. Ella ya no le pertenece.

—¡Suélteme, suélteme!

—¡Mamá, mamá! —gemía la niña con los ojos muy abiertos pero vidriosos mientras su cuerpo comenzaba a transformarse a la vista de todos, corrompiéndose con inusitada rapidez.

El fétido olor abofeteó los olfatos.

La niña se llenó de gusanos, de tal forma que mirarla resultaba insoportable.

Varios retrocedieron, entre horrorizados y asqueados. Dos de los hombres, ante la terrible visión, comenzaron a vomitar. La selecta

cena escapó de sus estómagos inconteniblemente.

—¡Marcus, métela dentro y tápala! —gritó Nayak.

—¡Mamá! —gemía la criatura, ahora de forma apenas inteligible.

—No puedo tocarla, Astarot se la está llevando a sus dominios.

La niña, en acelerado proceso de descomposición, se fue inclinando hasta tenderse en el ataúd y allí se descarnó, su cuerpo se fue esqueletizando.

—No puedo más —exclamó Bindú, y dio una patada a la tapa, cerrándola.

—Bueno, creo que esa criatura ha dejado de ser una zombi.

—¡Maldito seas, Marcus, maldito mil veces! Tú la has hundido en las profundidades del infierno —le acusó la baronesa Stoupini, llameándole los ojos.

—Era una zombi. Murió en circunstancias especiales. ¿Cómo esperaba que estuviera?

—Te odio, Marcus, te odio, y algún día me vengaré de ti.

Nayak la había soltado, se acercó al ataúd y pidió a los demás:

—Démosle tierra y que esa criatura halle la paz, aunque no creo que nadie de los que estamos aquí esté capacitado para orar por ella.

—Aunque lo hicieran, de nada serviría. Esa criatura ya ha encontrado su morada eterna —sentenció Marcus.

—No se preocupe, baronesa Stoupini —dijo el gurú Artha-Dharma—. Se reencarnará en una bella muchacha y tendrá mucha felicidad en su nueva vida.

—¡Eso no es cierto, no es cierto! —gritó la baronesa Stoupini.

Nayak dijo entonces:

—Creo que por esta noche ya han visto suficiente. Que cada cual piense lo que prefiera.

Empezaron a dispersarse para cada cual ir en busca de la casa que se les había asignado.

Nayak se acercó a Bindú que todavía temblaba de emoción.

Se la llevó a una casa. Al poco, no quedaba nadie fuera de las casas, pero el miedo también se metió en ellas pese a que algunos pretendían mostrarse escépticos aún.

La visión de la descomposición del cuerpo de la niña no había sido nada agradable, y hubo quien comenzó a arrepentirse de haber

acudido a la Ghost Town; más, lo ocurrido sólo era el principio. Aquel lugar tenía mucho de mágico pero orientado hacia lo negativo, hacia lo dañino y lo maligno.

Capítulo XVI

—¿CREES que Marcus lo había preparado todo?

—No lo sé, Bindú, no lo sé.

—¿De veras era la hija de la bruja?

—No es una bruja, ella misma lo ha dicho.

—¿No estarán los dos en complicidad?

—No lo creo, la reacción psíquica de la mujer me ha parecido sincera.

—¿Qué explicación das a lo ocurrido?

—No lo sé —confesó Nayak—, pero te aseguro que cuando la baronesa ha jurado vengarse, no hablaba en vano.

—¿Y qué podrá hacer?

—Lo ignoro, pero ella no es una mujer débil. Como ella misma ha dicho, conoce muchas cosas que la ciencia oficial desprecia, pero que son efectivas.

—Marcus no le tiene miedo —opinó la hermosa joven rubia que desde que ingresara en la secta de los Gudhaka-Bhujanga había decidido utilizar el nombre sánscrito que le habían impuesto y que significaba «Gota».

—Lo que no entiendo es cómo ha podido llevar a esa criatura al ataúd.

—Marcus es un genio, pero del mal.

—¿Crees que recibe ayuda del infierno?

—Tiempo atrás hubiera dicho que no, pero ahora... Cuando se está en Oriente, se cree en unas cosas; en Europa, en otras. El ser humano sigue siendo bueno y malo lo mismo que allá, pero en Oriente se cree en la reencarnación y en el Occidente, en el infierno.

—También se cree en la reencarnación.

—Pero no de una forma masiva, es distinto. Aquí acabas por creer en el diablo y en sus poderes.

—¿Y dónde está la verdad? —preguntó, angustiada.

—Al otro lado de la muerte, donde nadie quiere ir a buscarla porque sabe que ya no podrá volver.

—¿Y lo ocurrido con esa niña?

—Marcus ha dicho que no estaba totalmente muerta.

—Para la ciencia sí estaba muerta, ¿verdad?

—Para la ciencia oficial, sí; pero Marcus no está lejos de la verdad cuando asegura que la muerte total sólo se produce cuando el espíritu ha abandonado el cuerpo de forma inequívoca y permanente.

—Me da miedo pensar en todas esas cosas.

—Por eso estoy contigo, en esta casa. No quiero que tengas miedo.

—¿Sólo por eso? —preguntó ella, abrazándosele a la espalda al estar él encarado con la ventana.

—También estoy aquí por ti, por tu amor.

—No me dejes, Nayak.

—No te dejaré. Dime, ¿te ha interrogado Artha-Dharma?

—Sí —confesó ella.

—Bien, era de esperar, tendrá recelos hacia mí.

—Te teme.

—Supongo que teme a esos pequeños poderes paranormales que poseo que, además, son incontrolables la mayoría de las veces y que yo no deseo utilizar para beneficiarme de ellos.

—Teme que te conviertas en el nuevo gurú y le desplaces. Si descubre que lo intentas, te hará desaparecer. No tiene escrúpulos. Para él, el medio no importa y dice que cuanto hace es en bien de los Gudhaka-Bhujanga.

—Todo lo que hace es sólo en beneficio de su soberbia, de su arrogancia, de su afán de poder y de lucro.

—¿Se lo vas a decir así?

—Cuando la ocasión sea propicia, sí.

—No lo hagas, y menos aquí, donde un ser humano puede desaparecer con tanta facilidad.

Se volvió hacia ella. Le cogió el rostro entre las manos, le besó los labios y le dijo:

—Deja de hablar de Artha-Dharma.

—Me da miedo.

—Si tu deseo es liberarte de él, te ayudaré a conseguirlo y verás

que no es tan difícil.

—Si tú me ayudas, no, pero sola estaría perdida.

—No pocos líderes de secta son como él. Hipnotizan o sugestionan a sus seguidores y los someten.

—Marcus también me da miedo.

—Marcus es peligroso. Si él ha colocado a la niña en esa tumba y ha preparado la ceremonia de la invocación, el anterior ocupante de la tumba, me refiero a sus restos, deben estar en alguna otra parte.

—Preocupada, inquirió:

—¿Por aquí cerca?

—Es posible. El grito mezcla de aullido y lamento que oímos en la anterior ocasión que estuvimos aquí no fue lanzado por una niña zombi.

—Pues, el grito de esta noche era el mismo.

—Cierto, y él nos ha conducido a la tumba que ya conocíamos, pero ¿ha salido de ella el grito? La otra vez lo oímos en aquel mismo lugar, recuerdo que casi sentí el grito en los pies. En cambio, esta noche sólo hemos oído el grito cuando estábamos cenando en la capilla. Después, ya no lo hemos vuelto a oír.

—¿Quieres decir que él sabía que el grito no salía de esa tumba?

—Es posible.

—¿Y todo lo ha hecho para hacer daño a la baronesa Stoupini?

—Parece que se odiaban desde mucho tiempo atrás. Me lo contó Artha-Dharma. En realidad, me pidió que me aprovechara de la situación belicosa entre ambos.

—¿Para qué?

—Para que pueda atraer a esos siete personajes a quienes tenemos que divertir aquí por el dinero que han pagado a los Gudhaka-Bhujanga. Artha-Dharma quiere tener protectores económicamente sólidos.

—¿Y tú tienes que embaucarlos?

—Ésas son las pretensiones de Artha-Dharma, pero, de momento, estoy aquí para observar. Quiero saber hasta dónde es capaz de llegar Artha-Dharma en su ambición y lo cierto es que el horror que hemos presenciado esta noche sólo es el principio de lo que aquí va a suceder.

—¿Qué crees que ocurrirá?

—Hay demasiadas fuerzas encontradas en esta Ghost Town. Marcus, la baronesa Stoupini, el lugar mágico y maligno y los seres que aquí murieron en extrañas circunstancias, pero además hay algo con lo que nadie parece contar.

—¿El qué? Me angustias, Nayak.

—La maldad oculta de los siete personajes que pagan este seminario.

—¿De veras crees que están cargados de maldad?

—Sí. Ellos han pagado porque aquí se les van a ofrecer un espectáculo fuerte que no se les podría ofrecer en ningún otro lugar y todo en su propio anonimato. Además, ellos pedirán sabiduría maligna para solventar los problemas que tengan y más de uno lo que estará ansiando es satisfacer su sadismo.

—Pero ellos, por si mismos, nada pueden hacer.

—No estés tan segura. Cada mente humana es un misterio y en muchas ocasiones nos horrorizaríamos si supiéramos qué se esconde tras unos ojos que nos parecen anodinos o hermosos.

—¿No has oído algo? —inquirió de pronto Bindú, buscando la respuesta en los ojos del hombre.

—Sí, ya lo he oído varias veces —asintió él, despacio.

—Es un grito lejano, se parece a...

—Sí, se parece al grito que oímos la primera vez.

—Sí, pero ahora viene de lejos.

—Así es.

—Hemos abierto ya la tumba, había una niña dentro, la hija de la baronesa Stoupini, ha sido horrible. ¿Es que se ha de repetir la escena?

—No, es otra cosa. Quédate aquí, yo voy a ver.

—No, no me dejes aquí, me moriría de miedo.

—Está bien, vente conmigo, pero... no sé lo que puede llegar a ocurrir. Este seminario de ciencias ocultas es como una provocación a las fuerzas del mal.

—Artha-Dharma decía que no pasaría nada, que sólo se trataría de contentar un poco a esos millonarios.

—Marcus y la baronesa Stoupini no juegan, y menos en un lugar mágico como es esta pequeña montaña de los pantanos. Ha empezado mal y terminará peor.

—¿Por qué no llamamos a alguien?

—¿Llamar, a quién? ¿A Artha-Dharma, a Marcus, a la baronesa, a esos siete multimillonarios ansiosos de emociones y de tener poderes ocultos para aumentar sus fortunas aún más? Han pagado cincuenta mil dólares y en el fondo los consideran como una pequeña inversión que luego les puede producir beneficios de alguna forma que ellos ya tratan de imaginar. La que llaman señora Cierva tiene la maldad en su mirada.

—¿Es que ves la maldad en todo el mundo, Nayak?

—No, no es eso. Esa mujer tiene los ojos manchados de sangre.

—¿Una asesina?

—Puede, y los demás no están mucho más limpios. —La cogió por los brazos y casi le ordenó—: Quédate.

—No.

—Será mejor —insistió.

—La otra vez me quedé sola en la casa y por poco me muero ahogada. Tienes razón, hay maldad aquí. No sé de qué son capaces los espíritus, pero hay maldad.

—Entonces, vamos.

Salieron de la casa que les fuera asignada. La Ghost Town se veía desierta, en ninguna de las casas había luces encendidas. Era como si una fuerza poderosa hubiera engullido las luces que ellos necesitaban.

Allí no había más luz que la que proporcionaba la luna, que estaba a una sola noche de un hermoso plenilunio, una luna casi redonda que brillaba en el cielo, hermosa y blanca, luchando con dificultades contra las nieblas que se alzaban en los pantanos, una niebla que se veía lechosa, en ocasiones se hacía envolvente y en otras, se rasgaba a jirones.

—Parece como si no hubiera nadie —observó Bindú con miedo, mirando alrededor.

Las casas adquirirían en aquel ambiente un aire totalmente fantasmal, parecían irreales.

—En los lugares mágicos como éste —explicó Nayak— suelen ocurrir estos fenómenos.

—¿Cuáles fenómenos?

—El aislamiento de unas personas con otras. Concurren varios hombres y mujeres y se producen situaciones que los separan, que desconectan sus cerebros, y todo adquiere una sensación de soledad

total, de vacío humano alrededor.

—Pero ¿por qué ocurre eso? —preguntó ella.

—Aún no se sabe. No sólo sucede aquí, hay otros lugares mágicos en el planeta donde ocurren estos fenómenos en determinadas noches, algún día quizá se averigüen las causas. Ahora, preocupémonos de nosotros y de esos gritos que se oyen más con el cerebro que con el oído. Dame la mano.

Ella se la dio y se dejó aprisionar por la mano fuerte y de dedos nudosos del joven Leonard J. Pupsio al que llamaban Nayak.

—No me sueltes.

—No. Podría ocurrir el fenómeno de que nos aisláramos el uno del otro. En situaciones así, la mente se trastorna, se pierde el sentido del tiempo y de la orientación, por eso luego ocurren accidentes estúpidos o muertes inesperadas.

Se dejaron llevar por la hipersensibilidad de Nayak y descendieron por un tortuoso camino.

Aquel sendero descendente era difícil de descubrir, la vegetación lo ocultaba, pero ellos bajaban rápidamente por él.

—¿Adónde conduce? —preguntó Bindú.

—No lo sé, pronto lo descubriremos.

—¡Nayak, el suelo se hunde!

Nayak ya había cambiado sus pies de posición, evitando que todo el peso de su cuerpo se apoyara en el pie derecho que se había hundido en la ciénaga.

—Estamos en el pantano —observó Nayak.

—Es una trampa —exclamó Bindú, muerta de miedo.

Habían dejado la colina atrás y estaban a nivel del pantano y de sus traidoras trampas de barro que se tragaba todo lo que caía en él.

—No tengas miedo, no te muevas.

—Pero ¿adónde iremos? Si seguimos avanzando, nos hundiremos en la ciénaga. No quiero morir así, es horrible.

—No temas, no te hundirás si no te mueves.

—Pero ¿qué buscamos aquí?

—El grito.

De súbito, el grito salió a escasa distancia de donde ellos estaban. Bindú se pegó a Nayak como si quisiera fundirse en él, cuando ocurrió lo más fantástico y espeluznante que podían imaginar.

—¡Nayak! —chilló Bindú.

El horrendo cuerpo se levantó de la ciénaga rezumando el viscoso y fétido barro oscuro.

Las cuencas sin ojos quedaron frente a ellos.

—No sé quién eres —comenzó a decirle Nayak despacio, con mucho aplomo, sin demostrar miedo alguno—. Nosotros no queremos hacerte ningún mal. Hemos oído tu grito de lamento y hemos acudido para ver en qué podemos ayudarte.

—Queremos morir —dijo despacio, gorgoteando las palabras, como si cada sílaba tuviera que atravesar la viscosa masa de barro.

—¿No estás tú solo? —preguntó Nayak.

—Todos los que hemos muerto en la colina de los pantanos no hemos podido abandonar nuestros cuerpos.

—Comprendo, queréis escapar de esos cuerpos corrompidos.

—No estamos corruptos del todo, pero sí queremos abandonar estos cuerpos y liberar nuestros espíritus —siguió diciendo aquel cadáver viviente.

—¿Y dices que todos los que están sepultados en la colina se hallan en tus mismas circunstancias?

—Así es.

—¿Y cómo se os puede liberar?

—Sacándonos de la colina mágica, llevándonos más allá de los pantanos. Hay que hacer una gran pira y quemar nuestros cuerpos hasta reducirlos a cenizas —siguió diciendo lentamente, con aquella inhumana forma de hablar que sobrecogía.

Bindú rehuía mirarle, no podía soportar aquella visión que a la luz de la luna aún resultaba más fantástica y terrorífica. No quería mirar aquel cieno que se confundía con las carnes corrompidas del cadáver viviente que, sin ojos, semejaba mirarles directamente.

—¿Sólo pedís que os reduzcan a cenizas lejos de aquí?

—Así es.

—¿Y dónde irán luego vuestros espíritus?

—Que Dios y Satanás decidan la suerte de cada uno de nosotros.

—Comprendo, pero quiero preguntarte algo más.

—Pregunta y yo te responderé, pero antes debo decirte que cualquiera que muera aquí arriba, se convertirá en uno más entre los que ya somos. Su espíritu no descansará jamás porque no podrá abandonar su cuerpo.

Tras aquella advertencia que en sí misma era una maldición, Nayak se dispuso a preguntar a aquel cadáver viviente salido de la ciénaga lo que deseaba saber.

Capítulo XVII

NO se podía pretender que nadie durmiera plácidamente aquella noche después de lo presenciado al abrir la sepultura. No se podía conciliar el sueño si se recordaba el cadáver de la niña descomponiéndose velozmente mientras su espíritu escapaba hacia los infiernos y la madre permanecía allí, sujeta.

Ursula Clyton deseaba conocer todo cuanto se pudiera enseñar sobre las ciencias ocultas. Ya desde la niñez, se había sentido atraída hacia ellas.

Le apasionaban las historias de brujas y aparecidos. De mayor, después de aficionarse a la astrología, había consultado a muchas adivinatoras que habían utilizado desde las cartas a los posos del café o la bola de cristal, pero todo lo había llevado en secreto.

Ahora que vivía lo que consideraba un intenso problema, un problema casi insoluble, quería utilizar los poderes ocultos para resolverlo.

Recordaba a Murphy Walk encerrado en la jaula dentro del refugio atómico y al cuidado de Jimmy, el hermano bastardo, que era sordomudo.

Murphy Walk, sumido en el miedo de ser asesinado a través de una prolongada tortura, estaba siendo alimentado exclusivamente con pan y agua para minar su fortaleza.

Ursula Clyton abandonó la cama en la que estaba segura habría de pasar las horas dando vueltas sin conseguir conciliar el sueño. Sus pensamientos se entremezclaban.

Recordaba a su marido asesinado por ella misma, recordaba al chantajista cuyo nombre aún desconocía, recordaba la tumba de la que había surgido una niña ya cadáver y quería creer que todo era un truco para impresionarles, pero los gritos de la baronesa Stoupini, su feroz rabia, no parecían una interpretación.

Se había puesto pantalones y un chaquetón tres cuartos de piel

de nutria.

Miró por la ventana buscando la casa de la baronesa. Sabía en cuál de ellas se había guarecido, pues la había vigilado disimuladamente para luego poder pedirle, exigirle si era preciso, que le enseñara lo que ella deseaba saber.

No había luz en la casa de la baronesa Stoupini en la silenciosa Ghost Town donde no había perros para ladrar ni aullar a la luna.

Dudó, sintió un escalofrío en todo el cuerpo y se estremeció bajo sus caras pieles. Al fin, se decidió y atrevidamente, salió de la casa.

La ancha calle de la fantástica Ghost Town estaba tan vacía que daba miedo, no había ningún signo de vida humana. Era como si, de pronto, el tiempo hubiera cambiado y estuviera ella sola en aquella ciudad fantasma levantada sobre la colina que, a su vez, se hallaba rodeada de pantanos.

Dio una vuelta sobre sí misma, como buscando algo o como temiendo ser atacada por algo.

En aquel instante, se arrepintió de haber salido a la calle. La casa le brindaba un caparazón sólido, protector. Ahora, pese al chaquetón de piel de nutria se sentía indefensa. Las casas comenzaron a parecerle todas iguales, tan iguales que por unos instantes se desorientó, confundiéndolas.

Estuvo a punto de llamar a voces para que alguien saliera a ayudarla. Se sentía perdida, era como si una fuerza emanara de la tierra succionando su seguridad y la dejaba totalmente indefensa, no sabía contra qué.

La sensación de indefensión y desorientación, pasó. Era como si el efluvio maligno que brotaba de la tierra hubiera cesado. Volvió a reconocer las casas y anduvo rápidamente hacia una de ellas. Subió los peldaños y llamó a la puerta con apremio, con angustia. La puerta se abrió casi al instante y Ursula Clyton se dio casi de bruces con la bruja polaca. Se percató entonces de que la estatura de Cressy Stoupini era muy superior a la suya propia y también su corpulencia. Sus ojos, en aquellos momentos, eran fríos y duros.

—Baronesa, ¿puedo pasar?

Hubo un instante de duda, un instante que a Ursula Clyton le pareció que se transformaba en interminables horas, tantas que el tiempo perdía su sentido.

—Pase.

Entró en la casa como si supiera muy bien que en la calle corría un peligro inminente.

—Gracias. No podía dormir y... Bueno, usted es la única persona que me inspira confianza.

Miaaaaauuuuu...

Ursula sorprendida por el maullido, se volvió. Sobre un mueble, muy cerca de ella, demasiado cerca, estaba el gato negro. A Ursula Clyton le pareció desmesuradamente grande y tuvo un instinto de retroceder.

—«Otel», ve a dormir —ordenó la baronesa Stoupini.

Se acercó a una especie de bufet y tomó una botella de *whisky* y dos de los seis vasos que allí había.

—¿Quiere un poco? A mí me hace falta.

—Sí, gracias.

Se sentaron en sendas butacas, muy cerca una de otra. Bebieron en silencio y fue Ursula Clyton quien lo rompió con sus palabras.

—Lo..., lo que hemos presenciado, ¿ha sido cierto?

La baronesa Stoupini cerró los labios, por un instante los apretó y después los separó para llevarse el vaso a la boca y beber un trago largo de *whisky*. Como respuesta, preguntó:

—¿Eso ha venido a averiguar?

—No, no exactamente, pero yo, yo la he visto sufrir.

—Marcus es un canalla y le haré pagar caro lo que me ha hecho. Sabía que me golpearía de alguna forma, me odia, es un sucio satanista.

—¿De verdad es posible que haya muertos vivientes?

—¿Acaso no lo ha visto con sus propios ojos?

Ursula Clyton bebió *whisky* también.

—Es que me parece imposible.

—Si le parece imposible que sucesos así ocurran, ¿por qué ha pagado por venir a un seminario de ciencias ocultas?

—Porque quería encontrar a una persona como usted.

—¿Como yo, para qué?

—Quiero aprender muchas cosas de usted.

—Seguramente, es usted una mujer multimillonaria, señora Cierva. ¿Desea aprender a diagnosticar por el iris o prácticas mágicas para aumentar su fortuna personal o que vayan bien los negocios familiares?

—Me atraen las ciencias ocultas, siempre me han atraído.

—Hay muchos aficionados y aficionadas que juegan a profesionales y cobran buenos emolumentos, aficionados que escriben en revistas especializadas y no saben nada, absolutamente nada. Me dan asco, son embaucadores.

—Usted es de las auténticas, se le nota.

—¿De las auténticas brujas? —repitió la baronesa Stoupini, y se echó a reír con voz pastosa. Había estado bebiendo en exceso.

—Yo no he dicho que sea una bruja.

—Pues ahora quiero serlo. Sí, quiero vencer a Marcus y sólo con el apoyo de los príncipes del infierno lo conseguiré.

—Si dice que los príncipes del infierno le apoyan a él...

—Es un bastardo hijo de perra, un súcubo, maldito sea...

Ursula Clyton pensó que iba a ser muy difícil que la baronesa Stoupini, que conocía las artes mágicas de la brujería pero que no había deseado considerarse una bruja hasta aquel momento, pudiera vencer al gigante Marcus.

—Quizá he venido en mal momento para pedirle favores.

—No, no, usted es una de las que paga y tiene derecho a preguntar. Me pidieron que les ayudara en las consultas particulares que pudieran hacer y supongo que también lo harán Marcus y ese joven que tiene poderes paranormales.

—Deseo conocer los medios para conseguir que una persona me diga todo lo que yo quiero saber de ella.

—Hum, ése siempre ha sido un trabajo difícil a lo largo de la historia de la humanidad, por ello se ha practicado tanto la tortura. Muchos interrogatorios se han prolongado tiempo y tiempo porque los hombres han practicado una tortura burda y estúpida con sus víctimas, fueran hombres o mujeres, que han resistido.

—¿Existe alguna fórmula para demoler la moral de alguien y tenerlo totalmente en nuestras manos, que responda a todo lo que queremos saber?

—Sí, las hay, siempre las ha habido, pero los hombres han empleado la tortura y yo creo que lo hacían porque disfrutaban sádicamente con sus víctimas previamente encadenadas o esposadas.

—Yo no quiero perder el tiempo.

—Hum. —Bebió otro trago y volvió a escanciar *whisky* de la

botella. Ursula Clyton apartó su vaso—. ¿Es hombre o mujer?

—Hombre.

—¿Le ama?

—Le desprecio.

—Si me hubiera dicho que le odiaba, lo hubiera entendido mejor. Si le desprecia, ¿por qué quiere sonsacarle?

—Eso es asunto privado.

—Bien, bien, pero tengo que saber algo más. Según la situación, se emplean unos métodos u otros.

—Sí, lo comprendo.

—¿Vive lejos o está a su alcance?

—Totalmente a mi alcance.

—Lo dice como si lo tuviera bajo su total dominio.

—Más o menos, así es.

—¿Algún familiar?

—No.

—¿Conoce sus costumbres?

—En este momento, sí.

—¿Puede llegar a beber algo que usted le proporcione?

—Sí.

—Entonces, es más fácil. Se podría hacer un tratamiento combinado si lo que tiene es prisa.

—Se lo agradecería. Estoy segura de que cuando este seminario termine, usted y yo volveremos a encontrarnos. Quiero que me instruya en muchas de sus artes.

—Magnífico, querida. Yo tengo una especie de chocolatería en Londres, la llamo The Magic House. Tengo bastantes clientes y son muchas las que me piden consejo. Será un placer incluirla entre ellas.

—Lo seré, pero ahora cuénteme la forma de sonsacar a alguien, ya le he dado los datos.

—Le advierto que cuando ponga en práctica lo que yo le diga, de una forma u otra seré aliada de Satanás.

Ursula Clyton tragó saliva.

—No creo que me convierta en bruja.

—No en una bruja, exactamente. Además, hay magia blanca y magia negra, pero por lo que me ha dicho, usted quiere emplear la magia negra.

—No me importa cómo se llame, quiero hechos.

—Habla usted como una financiera.

—Puede.

—Está bien, le voy a dar la fórmula que no es exactamente mágica, pero que termina por anular la voluntad del que se bebe la pócima. Además, irá acompañado de unos conjuros a distancia. ¿Tiene alguna fotografía de ese hombre?

—Sí, previendo eso he traído una.

—Muy prevenida, supongo que ha oído hablar mucho de magia.

—Algo.

Tomó otro trago de *whisky*.

—Es una aficionada, eso es, una aficionada. A ver, ¿tiene la foto encima?

Ursula Clyton temió que la baronesa se emborrachara por completo y la embriaguez trajera consigo malas consecuencias, consecuencias que era lógico pudieran llegar a ocurrir debido a lo sucedido aquella noche por obra y magia del satanista Marcus.

—No, no la tengo encima, se la mostraré mañana.

—Miente.

—¿Cómo?

—Digo que miente y ahora, ya puede marcharse.

Ursula Clyton vaciló. Se llevó la mano al bolsillo y sacó una fotografía a color que tendió a la baronesa Stoupini. Ésta la examinó a la luz de la lámpara de gas que iluminaba la estancia, pues allí no había luz eléctrica.

—Una instantánea polaroid. Bien, bien, ¿qué hace ese hombre tras unos barrotes?

—Es que fue un prisionero.

—¿Fue? —se rió levemente—. Me parece, querida, que usted es algo más que una aficionada. No sé quién es usted y es posible que hasta tenga poder. No le voy a preguntar por qué tiene a ese hombre entre rejas y cómo lo consigue, pero la fotografía servirá. Viene usted preparada para esta reunión de locos, con usted puedo ser efectiva.

—La verdad, me traje dos baúles cargados con todo lo que una bruja ha de disponer para parecerlo. Sinceramente —siguió diciendo, riéndose sin dejar de beber mientras sacudía el retrato con sus gruesos dedos— no he querido ser nunca una bruja, pero en el

fondo lo soy, sí, lo soy, por eso mi hija Priscila aprendió de mí, aprendió lo suficiente como para comenzar a practicar y lo que a nadie se le podía ocurrir, se le ocurrió a ella.

Ursula Clyton tuvo miedo ante las carcajadas cada vez más estentóreas de aquella mujer que parecía haber enloquecido en la noche de la Ghost Town.

—Si quiere que vuelva mañana. Comprendo que esta noche...

—No, no, nunca mejor que ahora he querido ser una bruja. Pediré las ayudas de Satanás y de todos los diablos del infierno. Haré todo, absolutamente todo lo que me pidan, me entregaré a ellos en cuerpo y alma —fue dejando de reír para morder las palabras—. Sí, yaceré con ellos cómo y cuando quieran, les recibiré con mi cuerpo y les llevaré doncellas y muchachos, todo lo que exijan con tal de poder vencer y aplastar a Marcus, pero eso es cosa mía; ahora, tratemos de su asunto, querida señora Cierva.

Puso sobre la mesa un plato hondo de barro negro. A su lado, una pequeña olla también de barro negro que colocó sobre un fuego de alcohol y dentro de la cual vertió agua. Fue sacando tarros, hasta cinco. Cada uno de ellos contenía cosas distintas, desde líquidos espesos y oscuros a plantas trituradas o cenizas.

—¿Quiere que le explique qué es todo esto?

—Pues...

—Mire, este líquido denso es humor cerebro espinal de auténtica loba. No crea que es fácil conseguirlo, he de pagar muy bien a los cazadores y luego, hay que añadirle conservantes. Estas cenizas son de fetos humanos incinerados en hornos especiales.

—¿Fetos humanos?

—Sí, querida, fetos humanos de cinco a siete meses de edad.

—¿Dónde los consigue?

—En París, también se pueden obtener en otras partes, pero dejemos al margen los detalles. En los hospitales y clínicas siempre hay quien recoge los fetos, las placentas, quien roba la sangre, la bilis, los huesos.

—¡Basta, basta!

—Es usted muy sensible, querida. ¿No tiene una hija?

—No.

—Qué lástima, así habría comprendido mejor lo que yo puedo sentir esta noche.

El contenido de la olla de barro comenzó a humear. La baronesa lo agitó con una pala larga y estrecha de madera de olivo.

—Hay que esperar a que se evapore más y más. Mientras, iremos leyendo un libro que yo tengo.

Sacó un viejísimo volumen escrito sobre finísima piel de cabritillo. Lo abrió delante de Ursula Clyton y le pidió:

—Lea conmigo, leeremos juntas a la luz de esta vela roja.

La vela se hallaba junto al libro. Ursula Clyton quiso leer y, preocupada, dijo:

—No entiendo nada.

—Lo comprendo, lo comprendo, no debe usted conocer la lengua germánica que se hablaba en el Este en el siglo doce, ¿verdad?

—No, claro que no, no sé ni el alemán actual.

—De todos modos, lea conmigo. —Tomó otro trago de *whisky*.

Estuvieron leyendo y leyendo hasta que a Ursula Clyton se le enronqueció la voz, tenía deseos de irse.

—Ya estará bien. Ahora, saquemos la olla del fuego y vertamos el espíritu del vino le Château Godelain, un vino estupendo, lástima que había que destilarlo para sacar su espíritu.

Agitó la mezcla con su pala de olivo. Añadió al líquido denso el espíritu del vino y lo vertió todo en el plato hondo de barro.

—¿Y ahora? —inquirió Ursula Clyton.

—Tome la fotografía, querida.

La tomó entre sus dedos. Allí, tras los barrotes, estaba Murphy Walk, el chantajista.

—¿Y qué hago con ella?

—Sumérjala en el líquido del plato.

Con cierto titubeo, Ursula hizo lo que le indicaban y la fotografía comenzó a hundirse despacio hasta que, en vez de flotar, quedó en el fondo del plato.

—¿Y ahora? —preguntó, interrogando también con la mirada a la baronesa Stoupini.

—Ahora, tome la vela entre sus manos. Acerque la llama al líquido del plato y diga bien fuerte: Soy tú ama y reina, debes obedecerme, ya no tienes voluntad, no la tienes... Tengo poder de vida y muerte sobre ti.

Ursula Clyton comenzó a repetir todas aquellas palabras mientras acercaba la llama al plato.

—... Tengo poder de vida y muerte sobre ti...

El contenido del plato se inflamó, todo el plato se lleno de llamas. Ursula Clyton, algo asustada, se echó hacia atrás.

La millonaria quedó como hipnotizada mirando aquellas llamas que poco a poco se fueron consumiendo hasta extinguirse.

—Mire ahora el fondo del plato.

—¡Si soy yo!

—Exactamente, él es usted ahora.

—No entiendo.

—Quiero decir —comenzó a explicarle como si se tratara de una niña— que todo lo que usted deseaba saber de él, ya lo sabe.

—No es posible.

—Sí lo es, querida. Lo ha anulado, su mente está en poder de la de usted, su espíritu se ha fundido en el suyo. ¿Cómo se llamaba ese hombre?

—No lo sé.

—Piense, querida, piense, porque ahora sí lo sabe.

—¿Yo? —dijo, titubeando confusa.

—Sí, haga un esfuerzo. Ahora, en su mente está el depósito de la memoria de los hechos fundamentales de él, todo lo que usted quería saber de ese desconocido, que no era mucho, después de todo.

—Murphy, Murphy Walk...

—¿Lo ve como ya tiene un nombre? —Se echó a reír con una carcajada de borracha.

—Pero, esto, esto es extraordinario...

—Querida, usted se ha adueñado del espíritu de él y él, esté donde esté, se ha hundido; ha quedado como un idiota irrecuperable, como un loco catatónico que no sabrá tomar ninguna determinación porque ya carece de toda voluntad.

—¿Y nunca se podrá recuperar?

—Nunca. Si le dan de comer, comerá; si no le dan, no comerá y se extinguirá. Así me gustaría tener a Marcus, lo que con él no es tan fácil. Hay que buscar algo mejor, algo más poderoso. —Y siguió riéndose.

Ursula Clyton hizo un esfuerzo mental mientras abandonaba la casa, perdido el sentido del tiempo en la noche de aquella ciudad fantasma rodeada de ciénagas.

Descubrió que, efectivamente, su memoria se había ampliado. Supo dónde tenía Murphy Walk la cinta que ella quería poseer para que no la acusaran de asesina, hasta vio con claridad el despacho donde Murphy Walk trabajaba dentro de la compañía Clyton.

—Increíble, increíble —se decía para sí mientras caminaba absorta en sus pensamientos.

De pronto, se detuvo porque alguien estaba delante de ella.

Alzó la mirada y descubrió algo que la asustó tanto que al principio se quedó sin habla.

Luego, tuvo la impresión de que la golpeaban duro en el vientre. Chilló y chilló, retrocediendo despavorida.

Lo que tenía delante no era un ser humano normal, era el cadáver medio corrupto de un hombre que le llevaba a ella toda la cabeza en estatura.

Mirar aquel rostro desfigurado por la corrupción era muy difícil. Los ojos eran fosas sin fondo que, sin embargo, semejaban mirarla, escrutarla.

Aquel cadáver viviente alzó sus manos hacia ella en la soledad de la noche de la Ghost Town. De fondo se oían las carcajadas de borracha escandalosa de la baronesa Stoupini y los chillidos de terror de Ursula Clyton que al tratar de escapar, cayó al suelo. Entonces, descubrió a otros muertos vivientes que la cercaban.

—¡Nooo, nooo, noooo!

Ursula Clyton consiguió ponerse en pie. Corrió alejándose del pueblo fantasma, perseguida por el avance aparentemente lento de los muertos vivientes que ella no sabía de dónde habían surgido.

Descendió por el camino y cuando tropezaba con algún arbusto, chillaba porque temía que fuera uno de los muertos que la perseguía.

La pronunciada pendiente la hizo ser veloz. Los muertos vivientes quedaron lejos, pero de pronto, sus pies se hundieron en el barro y al tratar de sacarlos, no pudo.

Comprendió que caía en la maligna trampa del pantano y los cadáveres vivientes continuaban avanzando hacia ella con su horrendo aspecto.

—¡No, no, quiero salir de aquí, quiero salir!

Ni sus lamentos ni sus gritos parecían servir de nada. Se hundía y se hundía mientras protegía su cuerpo con el chaquetón de piel de

nutria como si éste fuera a salvarla. Se lanzó hacia lo que creía la orilla para hincar sus dedos en tierra firme y no lo consiguió. Lo que hizo fue precipitar su hundimiento en la fétida ciénaga. Braceó, el barro penetraba entre el chaquetón de piel y su cuerpo.

—¡Socorro, auxilio, no quiero morir, no quiero!

Los muertos vivientes llegaron hasta ella.

El primero de los muertos vivientes la vio bien a la luz de la luna. De un zarpazo, se arrancó la faz y ésta no era más que una horripilante careta. Debajo estaba Dashana, el secretario de Artha-Dharma.

—¡Vamos, hay que ayudarla se va a hundir!

Ursula Clyton siguió hundiéndose, sus brazos desaparecían por debajo del abrigo de pieles, era como si una maldición la estuviera desnudando de la costosa prenda de vestir.

Sólo se le veía la cabeza y la boca se le llenaba de barro.

Uno de los falsos muertos vivientes consiguió tomar una rama de un arbusto, era una rama débil, demasiado cargada de agua. Dashana se la quitó de las manos.

—Dame, imbécil.

Con la rama logró enganchar el abrigo de piel. Tiraron de él con grandes esfuerzos y cuando lograron sacar la prenda de piel de nutria, Ursula Clyton había desaparecido ya bajo el fango del pantano.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Dashana—. ¡Se ha hundido!

—El gurú se va a enfadar —gruñó otro de los que se habían quitado la careta.

—Maldita sea, sólo teníamos que asustarla.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó otro de los que allí estaban y que todavía no se había desprendido de su disfraz de cadáver viviente.

Capítulo XVIII

TODOS tuvieron el desayuno en sus casas, pero al parecer nadie quería levantarse temprano. Una densa niebla que subía de los pantanos había entristecido el día, un día sin sol. Hacía frío, más frío de lo habitual.

—No puedo creer que todo sea cierto —dijo Bindú.

—Cuando el día deja la noche atrás, es difícil saber si hemos vivido o soñado.

—¿De veras vimos a un muerto viviente? —preguntó Bindú.

—A uno, no, a dos.

—Sí, no se puede olvidar a la niña. Marcus es malvado.

—¿Y qué querías que fuera, si está entregado en cuerpo y alma al satanismo?

—En esta Ghost Town, cualquier fenómeno imposible en otra parte se convierte en una realidad palpable.

—Un muerto viviente no es un fenómeno cualquiera.

—Efectivamente, no lo es, pero ¿acaso creías que no podía ser?

—La verdad, no.

—Entonces, ¿por qué se habla de Lázaro en los evangelios cristianos?

—Es otra cosa.

—Un muerto resucitado, cierto, pero en otras religiones encontrarás también seres que no han muerto del todo, muertos que aún conservan el espíritu.

—Pero, no podía creerlo hasta, hasta...

—Esta noche pasada.

—Así es.

—Cuando se habla de algo a lo largo de milenios de historia de nuestra humanidad, es que en el fondo hay algo de cierto y siempre se ha hablado de los muertos vivientes, claro que no se dan corrientemente. Muchas de las veces son historias contadas en las

noches frías de invierno, pero se sabe que al abrir muchas tumbas, los despojos humanos hallados se han encontrado en situación extraña, con evidentes signos de haber tratado de salir de su ataúd sin conseguirlo. Ya sé que se habla de que son muchos los enterrados vivos. No hace demasiado tiempo, se realizó un estudio sobre el tema de los enterrados vivos en Francia y las cifras escalofriaban.

—¡Nayak!

—¿Vas a pedirme que nos marchemos de aquí?

—Has leído mi pensamiento.

—Algo. Ahora no nos podemos ir, Bindú, aún no. Si puedes marcharte tú, hazlo, ya me reuniré contigo.

—Sola no puedo.

—Te pedí que no vinieras aquí.

—Sí, pero Artha-Dharma me lo exigió.

—¿Todavía te sientes dominada por él?

—No, pero le temo. Además, tú me pediste que le siguiera obedeciendo.

—Sí, sin contarle todo lo que hablamos.

—Ya no me ha vuelto a hipnotizar, pero temo que en alguna ocasión lo intente y me siento vulnerable, lo mismo que frente a tus ojos.

—¿Me temes también a mí?

—No, a ti te amo.

Le abrazó, casi colándose del cuello.

—Yo no haré nada que te afecte, pero después de lo sucedido ayer noche, y esto no ha hecho más que empezar, creo que mejor sería que te marcharas.

—Artha-Dharma no me va a dejar, y él controla este lugar.

—Cierto, tiene los vehículos escondidos en la maleza, al oeste de la colina.

—Creo que quiere llevarse todos los vehículos y a toda la gente.

—No me fío de Artha-Dharma. Cada vez lo veo más tramposo, más ambicioso, capaz de cualquier fraude con tal de conseguir lo que desea.

—Tiene una emisora para comunicarse con el otro lado de los pantanos por si sucede algo y también para poder llamar a un helicóptero si es preciso.

—Tiene que mimar a sus millonarios; les ha asegurado protección y han de sentirse tranquilos.

—¿Crees que construirá todo lo que pretende?

—Es posible, pero algún día, su ambición quedará cortada por la tragedia, ahogada en la sangre de sus propias víctimas. Hasta tengo la impresión de estar colaborando con él en este fraude repugnante.

—Tú mismo has dicho que los muertos vivientes no eran un fraude.

—Así es, pero eso es distinto. Este lugar mágico no tiene nada que ver con los Gudhaka-Bhujanga, tampoco con los zombies que buscan su paz ni con el satanismo de Marcus o la brujería de la baronesa Stoupini. La comunidad religiosa, pacífica y naturalista que fundó nuestro maestro Old White no tiene nada que ver con todo esto. Old White se equivocó al confiar en Artha-Dharma, no supo ver sus verdaderas ambiciones. Artha-Dharma quiere conseguir poder con esta pseudoreligión.

—¿Dices pseudo?

—Sí.

—Si es pseudo, ¿por qué sigues tú en ella?

—Yo creía en el nacimiento de algo bueno e importante en medio de un mundo malvado, un mundo más inhumano que el de los propios animales, pero me equivoqué.

Allí, en Oriente, es lo mismo que aquí. La verdad sólo está dentro de cada uno de nosotros mismos.

—¿Por qué sigues, entonces?

—Cuando este seminario de ciencias ocultas concluya, escogeré mi camino. Sé que se me ha utilizado. Muchos de los miembros de esta secta creen en mí. Artha-Dharma, su gurú, les ha hecho creer en el hermano Nayak que bebía en la fuente de la sabiduría de la India y el Nepal para darles a todos esa misma sabiduría. Todos esperan mucho de mí, supongo que me imaginan como un santón o poco menos. Escogeré la libertad de mi propia vida y lo haré saber a los demás para que no sean engañados. Les diré lo que pienso y creo de los actuales Gudhaka-Bhujanga y después, que cada cual escoja su propio camino.

—¿Vas a acusar a Artha-Dharma públicamente de fraude?

—Cuando termine todo en este fantástico lugar, lo decidiré.

—Si lo haces, Artha-Dharma no te lo perdonará.

—Lo supongo.

—Te lo impedirá, porque si haces lo que dices, hundirás a los Gudhaka-Bhujanga.

—¿Y qué? ¿Acaso sería grave que eso sucediera?

—Muchos de los que están dentro creen en lo que dice Artha-Dharma.

—Si saben que Artha-Dharma es un tipo ambicioso y embaucador y pese a ello quieren seguirle, será su problema, no el mío. Sé que a mí me ha utilizado y diré la verdad; después, que cada cual haga con su vida lo que prefiera.

—¿Te das cuenta de que Artha-Dharma cuenta con mucho dinero ahora y que si le acusas de fraude no te lo va a tolerar? Es posible que te haga matar o te lleve a los tribunales.

—Que me lleve a donde quiera. No creo que le convenga que nos sentemos ante un juez para ver quién de los dos tiene razón.

Bindú se pegó al pecho del hombre para pedirle:

—No le digas tus propósitos hasta que sea el momento, hasta que estés un poco lejos de él. No lo hagas.

—¿Crees que me haría matar antes de que pudiera hablar?

—Es muy listo. Te haría asesinar de forma que pareciera accidental y después, te convertiría en una especie de mártir.

—No le daré esa oportunidad. Diré la verdad, pero no voy a dejar que me maten y menos para que el fraude siga adelante.

—Me has hablado demasiado sinceramente y yo tengo mucho miedo.

Nayak la estrechó contra sí. Ella notó la fuerza de sus manos grandes y se sintió apretada contra el hombre, le agradó la presión de sus senos contra el cuerpo masculino.

—¿Por qué?

—Si Artha-Dharma me sonsaca, te atacará a ti.

—Es posible que no tenga ni que sonsacarte, es posible que ya lo intuya. Es muy listo y no creo que sea fácil sorprenderle.

Artha-Dharma estaba reconcentrado, hosco, de mal humor.

—No pudimos hacer nada —dijo Dashana, disculpándose.

—Estúpidos.

—Se lanzó como una loca al pantano.

—¿Qué queráis que hiciera al veros? Teníais que asustarla, pero mantenerla controlada.

—Corrió más que nosotros, era de noche. En fin, no se pudo hacer nada.

—Si esto se llega a publicar, tendremos muchos problemas, nos enviarán inspectores enseguida y nos hundirán.

—No la encontrarán.

—Ya pensaré algo. Este mediodía, servid el almuerzo y luego, os marcháis todos.

—¿Todos?

—Eso he dicho, os lleváis los vehículos al otro lado del pantano. Mantendré la comunicación por radio.

—¿No seguimos asustando a los demás con nuestros disfraces?

—Será mejor que no continuemos por ese camino después del primer resultado.

—¿Le pedirás a Marcus, el gigante, que haga los trucos?

—Él no hace trucos.

—Yo no me creo que lo que él haga sea cierto. Tiene buenos trucos, pero son trucos. La tierra de la tumba estaba removida.

—¿Ah, sí?

—Sí, lo noté enseguida, pero no iba a ponerlo en evidencia contándoselo a los demás.

Esa tumba la habían cavado no hada mucho.

—No sé cómo lo consigue, pero Marcus no hace trucos. Odia a la baronesa Stoupini, quiso humillarla y lo consiguió.

—¿Y qué hará ella ahora?

—No lo sé, será parte de la diversión.

—¿Y cuándo los demás pregunten por la señora Cierva?

—Ya responderé yo de eso, nadie debe saber que ha muerto.

—No lo sabrán.

—Eso espero. Ahora, disponedlo todo para marcharos después del almuerzo. Esta tarde les hablará Nayak.

—Nayak no me gusta.

—Es un tipo muy puro, aunque al principio, cuando nos encontró el maestro Old White, era tan sucio como yo.

—Es capaz de hacernos una faena.

—Ya me ocuparé de él. Espero que se porte bien aquí en el Ghost Town.

—¿Y luego?

—Nayak no será quien disuelva a los Gudhaka-Bhujanga.

—Tendrás que ofrecerle algo para que esté contento y se calle.

—No tienes que decirme tú lo que he de hacer con Nayak —le cortó, duro y tajante.

Dashana comprendió que se había extralimitado en sus consejos y optó por la retirada.

—Iré a ver cómo están los vehículos.

El joven gurú Artha-Dharma se quedó solo, pensativo. Tenía problemas, aunque estaba seguro de poder resolverlos; sin embargo, la muerte de la mujer había complicado las cosas.

Ursula Clyton era una persona que podía considerarse importante y la ley no trataría su caso lo mismo que si encontrara a un vagabundo muerto.

Capítulo XIX

TODOS se habían levantado tarde o cuando menos, se asomaron tarde fuera de sus casas.

Poco a poco, el señor Leopardo, el señor León y el señor Tigre, salieron de sus casas hacia el centro de la calle de la Ghost Town. La niebla persistía, pero ellos intercambiaron opiniones sobre lo ocurrido la noche anterior.

—A mí me pareció una buena y sorpresiva actuación —dijo el señor León—. No sé cómo consiguen esos efectos, pero admito que estuvieron bien realizados.

El señor Leopardo, más bajito, con ojos más redondos, oculto bajo su maquillaje, no tan perfecto como en el día anterior, pues se había compuesto él mismo frente al espejo siguiendo las directrices que le habían dado, opinó:

—He oído hablar de Marcus, es un magnífico satanista, pero yo creo que emplea trucos. Lo difícil es cazarle.

El apodado Tigre también dio su opinión con voz intencionadamente meliflua.

—El escenario está bien montado. De noche, poca luz, unas lanternas fluorescentes.

Estábamos debajo de una casa con incomodidad, se nos había trabajado antes psicológicamente. Habíamos cenado y ¿quién puede asegurar que no tomamos algún alucinógeno en la cena?

—Yo no noté nada —replicó el señor León.

—No digo una gran cantidad de alucinógeno, pero bastan unas décimas de toma para que surta un efecto suave y la racionalidad se tambalee. Entonces, se está propicio para creer que la luz de una linterna es un OVNI o un aparecido. —Y se echó a reír.

—¿Es usted médico, señor León? —preguntó el señor Tigre.

—Por favor, todos hemos acordado guardar el anonimato.

—Sí, estamos de acuerdo —asintió el señor Tigre.

—Ahí viene el señor Pantera y la señora Alce.

—Sólo falta la señora Cierva —rezongó Leopardo.

La llamada del triángulo metálico les invitó a dirigirse a la puerta de lo que había sido la capilla de la desaparecida comunidad religiosa que levantara aquella ciudad.

La mesa estaba preparada para el almuerzo y todo se hallaba dispuesto como la noche anterior, sólo que faltaba un servicio completo y así lo hizo observar el señor León.

—Falta la señora Cierva.

Artha-Dharma, que se había colocado en el lugar principal de aquella mesa en forma de herradura y centrada en la capilla, les habló.

—Espero que hayan tenido un buen descanso. Lo sucedido anoche fue digamos demasiado «fuerte» para la señora Cierva, ha pedido marcharse y así lo ha hecho.

Lamentamos su marcha porque este seminario de las ciencias ocultas sólo ha hecho que comenzar y nos esperan fantásticas sorpresas.

—¿Seguro que lo de ayer noche no fue un truco? —preguntó el señor Leopardo en voz bien alta para hacer que todos se fijaran en él.

El gurú Artha-Dharma, en vez de responder, miró a Marcus.

—El que diga que lo que yo llevo a cabo es un fraude —comenzó a decir Marcus despacio, con cierto tono amenazador—, que venga a decírmelo a mí, que le prepararé algo especial.

La señora Alce opinó:

—Eso suena a amenaza.

Intervino entonces la baronesa Stoupini, sus ojos estaban enrojecidos y no sonreía en absoluto. Sus escandalosas carcajadas de la noche anterior parecían haberse disuelto con la niebla del amanecer, aquella niebla que no parecía querer abandonarles.

—Yo puedo atestiguar que lo que hizo Marcus anoche fue truco, pero sólo parcialmente.

—Así que fue un truco —rezongó el señor León, satisfecho.

—La baronesa sabe que no —replicó Marcus con su voz gruesa, dispuesto a no dejarse vencer.

—La niña que vieron corromperse anoche era mi hija Priscila, pero ella no estaba enterrada aquí, si no muy lejos de este lugar.

Marcus sabía dónde y la sacó de su tumba.

Como satanista que es, profanó la sepultura de mi pequeña y la trajo aquí. Sacó el cadáver que debía encontrarse en el ataúd y puso a mi hija dentro. Lo demás, ya lo conocen ustedes.

—¿Es cierto que hizo eso? —preguntó Artha-Dharma, como demostrando que él estaba al margen de lo sucedido.

—Se trataba de liberar a la niña de su estado de muerta viviente debido a la peculiar forma en que murió.

—La enviaste a los infiernos —acusó la baronesa.

Había comenzado la discusión, la lucha entre los dos poderosos de las ciencias ocultas, sus palabras no sonaban a vacío.

—Nadie que haya pasado por el estado de zombi puede pretender ir a otra parte que no sea el imperio de los infiernos.

—¿Imperio? —repitió la señora Alce—. Creí que era un reino.

—Han habido muchos imperios en nuestra historia humana y ni el mayor de ellos podía llegar a igualar una veinteava parte de lo que es el infierno. ¿Por qué no llamarle imperio, en vez de reino?

El señor Tigre inquirió:

—¿Y qué hizo con el otro cadáver?

Nayak intervino para puntualizar:

—Lo arrojó al pantano, pero se niega a estar en el cieno. Es un muerto viviente como los demás que se hayan sepultados bajo las casas, bajo esta misma capilla.

—¿De verdad cree que hay muertos vivientes en esta Ghost Town? —insistió el señor León.

—Sé que es muy difícil creer en ello —respondió Nayak—. Lo explicó ayer Marcus. Son seres cuyo espíritu no ha abandonado todavía el cuerpo por las razones que sea. Su descomposición, en algunos casos, queda detenida o es muy lenta. El espíritu permanece dentro de sus cuerpos, pero esos seres no son peligrosos como pudiera parecer. Sus cuerpos muertos, a medio corromper en algunas ocasiones, nos inspiran rechazo, horror, pero no causan ningún daño. Si se acercan a nosotros es para suplicarnos que les liberemos de su estado.

La señora Alce opinó:

—Es muy interesante.

—A mí, todo esto me parece una tontería —opinó el señor Leopardo—. Me gustaría ver sucesos más espectaculares.

—No se trata de divertirles a ustedes —dijo Nayak—. Aquí hay seres que suplican ser liberados de sus cuerpos ya muertos, aunque sea para que sus espíritus caigan bajo el poder de los ángeles caídos.

—Nayak dice la verdad —asintió el mismísimo Marcus.

Bindú intervino entonces, excitada.

—¿Por qué no liberarlos, por qué no sacarlos de sus tumbas y llevarlos al otro lado de los pantanos para incinerarlos y liberarlos de sus cuerpos como desean?

Artha-Dharma preguntó:

—¿Te han dicho ellos cómo quieren desaparecer?

—Yo estaba con Nayak cuando habló el muerto viviente que fue sacado por Marcus de su tumba.

—¿Y qué más dijo? —preguntó Marcus, interesado.

—Dijo que todos los que morían en este lugar, de forma extraña o violenta, quedaban convertidos en zombies. No podrían liberar su espíritu del cuerpo muerto y quedarían allí, aprisionados, es una maldición de este lugar. Dijo que determinadas noches pueden escucharse los lamentos de todos los muertos aquí sepultados.

—¿Y qué harán esta noche, poner una cinta grabada con lamentos para impresionarnos? —preguntó el señor Leopardo.

—Encontrarán la forma de salir de sus tumbas —aseguró Bindú, convencida—. El pantano nos rodea. Ellos desean la separación del espíritu del cuerpo y piden ser incinerados; es un deber humano hacer lo que piden.

—No pretenderán que tomemos palas y comencemos a cavar tumbas, ¿verdad? —Se asustó la señora Alce.

El señor Leopardo intervino para decir:

—Todos sospechamos algo turbio en esto. Hemos venido a un seminario de ciencias ocultas y el escenario es muy bueno, una Ghost Town auténtica, pero donde los trucos pueden estar preparados. Queremos hechos auténticos, para eso hemos pagado. Para ver a un brujo de salón, con conectar la televisión en un programa «magazine» sería suficiente y mucho más barato también.

—¿Qué es lo que usted pretende? —preguntó el gurú Artha-Dharma.

—Nosotros escogeremos una de las tumbas que hay en este lugar. Ustedes la excavarán, sacarán fuera el ataúd y nos demostrarán que el cadáver es un muerto viviente. ¿Qué les parece?

La baronesa Stoupini rezongó:

—Eso es todo un desafío.

—Yo no sé si todos los muertos sepultados en este lugar son zombies —confesó Marcus.

—¿Se arrepienten ahora porque se dan cuenta de que no van a poder demostrar que lo que han dicho es cierto? —preguntó el señor Leopardo, satisfecho.

—Todos, todos son muertos vivientes —dijo Nayak despacio, sin alzar la voz pero contundente.

—¿Y ahora qué?

—De acuerdo —dijo Marcus— aceptado el reto.

—Yo no sé lo puede llegar a ocurrir, este lugar es mágico y en esta Ghost Town puede suceder lo imprevisible. Sé que en esta ciudad fantasma hay más muertos sepultados que cualquier otra ciudad fantasma, pero yo ignoraba que hubiera zombies.

—Nos convocó aquí para este seminario de ciencias ocultas —comenzó a decir el señor Leopardo—, porque presuponía que podía demostramos muchas cosas.

—Yo estoy de acuerdo con el señor Leopardo —dijo la señora Alce.

—Bueno, yo no garantizo nada —dijo el gurú Artha-Dharma.

—Si Nayak dice que todos lo son, podremos comprobarlo —observó Marcus, en cierto modo contento.

—Escojan ustedes la tumba que prefieran, designen una de ellas y esta noche conoceremos la verdad o parte de esa verdad. Quizá Marcus, la baronesa Stoupini y Nayak les preparen algo más para esta noche.

—Esta tarde les enseñaré cómo hacer un muñeco maldito, un muñeco para castigar a alguien a distancia. Puede ser una lección previa al desenterramiento del zombi.

—Ten cuidado, baronesa. Esos muñecos de brujería son muy peligrosos, no olvides toque sucedió con tu hija.

—No lo olvidaré jamás, Marcus, jamás, y tampoco lo que tú hiciste con ella. Profanaste su tumba.

—¿Preferirías que siguiera viviendo dentro de ella, encadenada a un cuerpo muerto?

—Ya discutiremos eso en otro momento, Marcus.

—Bien, queda decidido que ustedes designarán una tumba —

sentenció el gurú Artha-Dharma.

—Déjenme tomar un momento la palabra —pidió Nayak. Todos centraron en él sus miradas y Nayak prosiguió—: Yo, de ustedes, dada por perdidos los cincuenta mil dólares que han pagado por venir aquí y tener derecho a clases de ciencias ocultas especiales por los que se supone que son los mejores maestros. Sí, den por perdido el dinero, pidan un vehículo y abandonen este lugar.

—¿Por qué? —preguntó el señor León.

—Porque este lugar es mágico pero negativo, maldito, un lugar donde las fuerzas del mal se concentran y cuando menos se espera, se disparan. El daño que causan en sus víctimas va más allá de la muerte. Mi consejo es abandonar este lugar antes de que ocurra algo muy desagradable.

—¿No había propuesto antes que se desenterraran los cadáveres y se incineraran? —preguntó el señor Leopardo.

—Sí, pero eso puede hacerlo Artha-Dharma con una brigadilla de hombres duchos en manejar la pala. Ellos pueden desenterrar todos los cadáveres y quemarlos hasta reducirlos a cenizas.

—¿Y por qué tendría que hacer eso? —preguntó el propio Artha-Dharma, como muy sorprendido.

—Porque en realidad, tú eres el dueño de esta montaña, es como si fueras el amo de los zombies.

—Esta propiedad no es mía, es de los Gudhaka-Bhujanga.

—No es eso tan exacto —replicó Nayak.

—¿Ah, no?

—No.

—Explícate —le exigió.

—La propiedad está a tu nombre y no al de los Gudhaka-Bhujanga y si está a tu nombre, el amo de los zombies eres tú. Esos muertos vivientes sepultados en esta Ghost Town te pertenecen, según las tradiciones orales son tus esclavos.

—Qué ridículo, mis esclavos. Es una situación absurda. —Se volvió hacia Marcus e interesado, preguntó—: ¿Tienen capacidad los zombies para abandonar las tumbas por sí mismos?

—Si las tumbas son adecuadas, no. Si sobre sus tumbas se clava una cruz de madera de ciprés, tampoco pueden abandonarlas. Muchos zombies sufren una especie de debilidad, pero si por alguna causa conectan entre ellos, se cuenta que en ocasiones todo un

cementerio de zombies se han levantado por sí mismos.

—Todo lo que cuentan son historias de invierno —opinó el señor Leopardo, siempre ocultando su verdadera personalidad tras el nombre del felino, lo mismo que el resto de sus compañeros.

—Nayak dice la verdad —corroboró Marcus—. Si esta propiedad está a su nombre, usted es el amo y los zombies son sus esclavos, porque los zombies carecen de voluntad propia, por eso pueden llegar a ser peligrosos si son esclavos de alguien que desee hacer daño.

—Bueno, yo puse esta propiedad a mi nombre para evitar una serie de problemas jurídico-económicos a la comunidad religiosa, porque en realidad pertenece a los Gudhaka-Bhujanga y no a mí, puesto que el dinero es de la comunidad.

—Tendrás que hacer un documento puntualizando que es como dices, que la propiedad es de los Gudhaka-Bhujanga y no tuya —le dijo Nayak.

—Pues bien, lo haré —aceptó— en cuanto regresemos a la ciudad.

—Yo tengo apetito —confesó Marcus— y como no he de comer como un vegetariano, propongo que comencemos a comer.

Asintieron, pero el programa para las siguientes horas ya estaba marcado. No podía decirse que se hubiera hablado de horas y minutos, pero se sabía qué se iba a hacer.

Aquellos millonarios estaban allí aislados del resto del mundo, sin teléfono, como si se hallaran en una cura de reposo, sólo que era todo lo contrario, sus nervios iban a excitarse aún más. Habían estado probando a ser escépticos e incrédulos, pero en el fondo, si estaban allí, si habían pagado la gran suma de cincuenta mil dólares, era porque creían en lo que estaba sucediendo, aunque trataran de poner objeciones para que los fenómenos quedaran el máximo de claros, menos dudosos. Exigían hechos y sucesos que no fueran vulgares, sucesos que estuvieran muy lejos de poderse reproducir en otras concentraciones de seguidores de ciencias ocultas, de espiritismo, satanismo, parapsicología y demás.

Capítulo XX

LA niebla parecía la aliada de la baronesa Stoupini, se comportaba como un fantasma más de la Ghost Town.

Nadie la vio acercarse a la casa. Subió los peldaños y quedó frente a la puerta. Se volvió, miró alrededor; la niebla se había hecho tan densa que no alcanzaba a ver las otras casas.

Hizo girar el pomo de la puerta y ésta cedió porque ninguna de las puertas se hallaba cerrada. Cuando estuvo dentro de la casa se quedó quieta y escuchó fuertes ronquidos; aquellos ronquidos la guiaron hasta una alcoba y allí, sobre una cama algo mayor de lo habitual, se hundía el pesado cuerpo de Marcus.

—Maldito seas, súcubo de Satanás —silabeó ella entre dientes, mirando la masa de Marcus puesta boca arriba y respirando sonoramente mientras la mente del hombre se hallaba perdida en profundos y agitados sueños.

Había conseguido mezclar con los alimentos de Marcus un somnífero de su propia elaboración y ahora lo tenía allí, al alcance de su mano. Lo detestaba. El rencor entre ambos venía ya de mucho tiempo atrás, pero lo que había hecho Marcus con su hija, con la pequeña Priscy, había exacerbado su odio, lo que divertía al satanista que se consideraba invencible.

De un bolsillo, sacó unas tijeritas. Se acercó a las manos del hombre y comenzó a recortarle las uñas, cuidando mucho de guardarse las cortaduras para sí. Cada uña que recortaba, de modo que no se notara demasiado, le producía una honda satisfacción.

Introdujo los trocitos de uña en una pequeña bolsa de celofán y luego, utilizó las tijeritas para cortar la punta de la perilla que lucía Marcus, perilla que llevaba casi al estilo faraónico. Le quitó los suficientes pelos como para que no se notara el recorte. Después, se fijó en la capa oscura de Marcus y le cortó un pedazo.

Se fijó en que había varias botellas de *whisky* sobre un mueble y

comentó para sí:

—Te has provisto bien, súcubo de Satanás.

Lo insultaba mentalmente y le llamaba súcubo en lugar de incubo, pues prefería verlo en la situación inversa, no como dominante si no como dominado.

Tomó una de las botellas de *whisky* y se la llevó consigo. Cuando abandonó la casa, Marcus seguía roncando, ignorante de la visita que había recibido.

Como si se hubiera deshilachado, la niebla semejó disiparse algo.

La baronesa Stoupini regresó a su casa y allí se dispuso a esperar la visita de los aprendices de brujos.

En otra de las casas. Bindú miraba a Nayak a los ojos. Se hallaban los dos en el lecho, habían permanecidos callados largo rato como tratando de decirse algo mutuamente sin llegar a hacerlo.

—No me gusta hacer el amor en este sitio —dijo él.

—¿Te has cansado de mí?

—No, es el lugar, está cargado de maldiciones. No sabes lo que puede ocurrir en cualquier momento, aquí no están en paz ni los muertos.

—¿Qué es lo que puede hacer que este lugar sea maldito?

—No lo sé, desde una corriente negativa de energía a algo que pudo quedar enterrado aquí milenios atrás, quién sabe. Habría que arrasar esta montaña para hallar el secreto y entonces, el pantano se la tragaría.

—¿Crees que Marcus lo sabe?

—Sobre este lugar, puede saber más que nosotros.

—¿Puede contactar con los muertos?

—No creo, tampoco con Satanás. Él le invoca para conseguir algo y en algunas ocasiones, la invocación surte efecto y en otras, no.

—Podría llegar a preguntarlo.

—Sí, podemos visitarlo luego, mientras la baronesa Stoupini recibe a los seminaristas de las ciencias ocultas, mientras les ofrece sus lecciones de brujería.

—Quiero ir contigo, no que Artha-Dharma me encuentre a solas.

—¿Le temes?

—Sí, tanto que le había admirado y ahora le temo.

—Mientras yo esté cerca de ti, no tienes por qué temerle. Ahora, amor, lo que ansío es estar lejos de aquí. Desearía que nos encontrásemos en un lugar limpio para que nuestro gozo de amor fuera limpio también.

—Pronto terminará este seminario, ¿verdad?

—Sólo ha hecho que comenzar, pero espero que termine pronto. Esos millonarios, por serlo, exigirán mucho por su dinero, pero por otra parte, están acostumbrados a vivir intensamente. El alejamiento de sus lugares de acción les pone nerviosos y ellos mismos exigirán marcharse. Si tuvieran teléfonos a su alcance, seguramente ya estarían siendo reclamados.

Bindú enroscó su dedo en el fuerte vello del pecho masculino con actitud medio de juego medio pensativa.

—Nayak, si nos aparejáramos ahora...

—No es bueno.

—Espera, déjame terminar.

—Adelante, escucho, pero...

—Repito, si nos aparejáramos ahora, ¿qué crees que podría ocurrir dentro de nueve meses, si el posible hijo o hija lo concibiéramos en este lugar?

Bindú buscó en los ojos del hombre la respuesta, puesto que no decía nada, pero los ojos de Nayak, lo mismo que sus labios, se cerraron.

Capítulo XXI

LOS seis millonarios participantes en el seminario y que escondían su verdadera identidad tras los nombres de animales, se habían reunido para escoger una de las tumbas que había en la Ghost Town.

Eligieron una de las tumbas que se hallaban bajo la capilla. Parecían divertidos, satisfechos como niños que hubieran preparado una broma pesada a su profesor.

—Ya veremos si son capaces de sacar un muerto viviente de ahí —se rió el señor Leopardo.

—A mí, esto empieza a darme miedo —confesó la señora Alce—. ¿Y si de verdad saliera un muerto viviente de la tumba?

—Después de todo, dicen que son inofensivos —observó el señor León, retrasando un par de pasos para ponerse a la altura de la mujer mientras la comitiva avanzaba hacia la casa en que debían encontrar a la baronesa Stoupini.

—Ahora veremos qué nos enseña la bruja —dijo el señor Tigre.

No encontraron ningún impedimento para entrar en la casa destinada a la baronesa Stoupini. Ella tenía que ofrecerles la parte de la ciencia ocultista más propia de las brujas.

La baronesa no salió a recibirles, la encontraron sentada en un sofá frente a una mesita sobre la cual había varios objetos y una botella.

Podía verse un plato hondo de barro negro, una caja de madera también negra, unas pinzas, una caja con cuatro rotuladores y un paquete cerrado.

—Bien venidos, tomen asiento, la clase va a comenzar ahora mismo.

—¿Qué nos va a enseñar? —inquirió la señora Alce.

—Les voy a dar una clase de brujería práctica. Ya sé que algo parecido se lo pueden ofrecer en otras reuniones similares, pero les

aseguro que no serán tan auténticas como la clase práctica que van a recibir ahora.

—Entonces, adelante —pidió el señor Leopardo.

—Veamos, aquí tenemos una pastilla de cera. Puede utilizarse cualquier tipo de cera, pero para que salga mejor, la cera debe ser especial. —Fue desenvolviendo el paquete para mostrar la cera que tenía un color rosado, color de carne humana—. Esta cera puede comprarse en París, Londres, en Nueva York, grandes ciudades donde hay establecimientos especializados, ya me entienden, tiendas donde se venden artículos y libros de ciencias ocultas. Es una cera que al haber sido fundida se le han incorporado cenizas de fetos humanos, creo que ya les hablé de ello.

—¿Y no puede ser un fraude? —preguntó el señor Tigre.

—Por supuesto que alguien puede ofrecer un producto que no es, pero si se compra en un establecimiento adecuado, no tiene por qué haber fraude. Veamos, aquí está la pastilla de cera, hay la cantidad suficiente como para hacer un muñeco apropiado.

—¿Va a hacer un muñeco que tenga parecido con alguien? —preguntó la señora Alce.

—Ya lo verán. Tengan un poco de paciencia, no crean que es una lección estúpida, una lección propia para mujeres amantes de las ciencias ocultas. Imagínense que tienen ustedes deseos de dañar a un asesino a sueldo; este sistema no les llevará nunca a la cárcel, porque nadie podrá probar nada.

—Puede ser útil —se rió el señor Tigre.

—Veamos, veamos, ya estoy haciendo una figura humana. Las piernas, los brazos, el tronco, la cabeza... —fue moldeando la figura y mientras lo hacía, comentó—: No es necesario que sea perfecta, no se trata de que sean ustedes escultores, basta con que tenga cierta semejanza. Ahora, le pondremos el pene para definir su sexo.

—Oh, qué gracia —exclamó la señora Alce.

—Aquí tengo cortaduras de uñas de la persona que va a sufrir el tratamiento del muñeco de cera o la maldición a distancia.

Manejando hábilmente las pinzas, fue introduciendo las cortaduras de uñas en lo que podía tomarse como manos, pero que sólo eran muñones. Después, siempre con las pinzas, consiguió hundir los pelitos en el mentón de la cabeza del muñeco. Tomó el rotulador y le pintó los ojos, nariz, boca. Con el pedazo de tela que

guardaba, le puso una especie de capa y después, lo mostró satisfecha.

—¿Lo reconocen?

—Es Marcus —exclamó espontáneamente la señora Alce.

—Es cierto, se le parece bastante —aprobó el señor León.

El señor Leopardo preguntó:

—¿Las cortaduras de uñas y los pelos son auténticos?

—Sí, son suyos.

—¿Se los ha entregado él voluntariamente para la prueba? —inquirió la señora Alce.

—No, eso no. Las personas jamás entregan voluntariamente sus cabellos o los pelos de su barba o pubis, hay que robárselos con astucia. A Marcus se lo he quitado mientras dormía profundamente, tan profundamente que roncaba.

—¿Y será capaz de hacer algo a ese muñeco? —inquirió el señor León.

—Lo intentaremos. Marcus tiene la protección de los diablos, de los príncipes del infierno. Es un afamado satanista, no le importó vender su alma a Satanás con tal de conseguir sus propósitos.

Sobre la mesa, con rotulador, pintó un círculo rojo y luego, dentro de éste, dibujó una especie de cornamenta y tendió al muñeco.

—Ahora, concéntrese todos, concéntrese en este muñeco. Maldíganlo, deséenle todos los males, pídanle al diablo que les otorgue poderes para atacarlo. Háganlo mientras yo invoco a Satanás.

Todos se concentraron y si bien comenzaron la experiencia con sonrisas, se fueron poniendo muy graves al ver que la figura se movía como si sufriera. La señora Alce quiso hacer observar que la figura se movía, pero se calló.

—Satanás, Satanás, rey en los infiernos, príncipe en la Tierra, te suplicamos poderes para castigar al ser que aborrecemos.

Con voz grave, la baronesa Stoupini prosiguió la invocación y todos entraron en lo que al principio parecía un juego.

—Ahora, el muñeco está listo para someterlo a nuestros maleficios.

Abrió la caja de madera negra y aparecieron unas agujas con cabezas negras y brillantes que escalofriaron a los presentes.

—¿Va a pincharlo? —preguntó el señor Leopardo.

—De ordinario, se toma una de estas agujas y se clava en el lugar del cuerpo que se desea dañar. Se evita pinchar en el corazón y en la cabeza, salvo que se desee una muerte inmediata. Suele clavarse en el hígado, en los riñones, en el sexo.

—¿Se lo va a clavar en el sexo a Marcus? —preguntó la señora Alce.

—Tome, tome usted la aguja.

—¿Yo? —La señora Alce tuvo un gesto instintivo de retroceso.

—Sí, estoy aquí para adiestrarla y usted, para hacer prácticas. Tome la aguja y el muñeco.

Con miedo, la señora Alce tomó el muñeco y la aguja.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó.

—Clávesela en el sexo y así dejará de funcionarle a Marcus.

—¿Le va a doler? —preguntó ella, ingenuamente.

—Usted, Pruébelo. Éste es una clase práctica pero auténtica, ya se lo he dicho.

Trató de hundir la aguja en el sexo de cera y no pudo.

—No sé qué pasa, no entra.

—Si no puede, que lo intente otro.

—Déjeme a mí —se ofreció el señor Leopardo— verá cómo los traspaso.

Tomó la aguja y en vano trató de hundirla, la punta resbalaba.

—Qué raro, en vez de cera parece de acero.

—Pues, ustedes han visto cómo he moldeado el muñeco con mis propias manos. Pruebe en otro lugar del cuerpo.

Ante el asombro de todos, la aguja se negaba a clavarse en ninguna parte del cuerpo de Marcus. La baronesa Stoupini se echó a reír escandalosamente y al fin, ante los ojos entre asombrados y asustados de sus discípulos, dijo:

—El muñeco es el reflejo de Marcus, está protegido por los príncipes del infierno y parece imposible dañarle. Otra persona ya estaría totalmente torturada, pero Marcus goza de la protección de Satanás y es más difícil. Las agujas no funcionan, no pueden clavarse en su cuerpo, por eso él no teme, pero... —Tomó el muñeco y lo tendió dentro del plato hondo de barro negro—. A Marcus le gusta el *whisky*.

—¿Y a quién no? —rezongó el señor León.

—Aquí tengo una botella de su propio *whisky*, veamos cómo bebe. Le daremos placer, ya que no podemos causarle dolor.

Alzó la botella y comenzó a verter un fino chorro de *whisky* sobre el supuesto rostro de Marcus. El señor Tigre observó:

—Fíjense, parece que esté tragando.

Efectivamente, daba la impresión de que el cuerpo de cera absorbía el licor y la baronesa Stoupini siguió vertiendo *whisky* sobre el muñeco hasta cubrirlo por completo.

—Éste es un tratamiento especial, un tratamiento a través del placer. Ahora, señora Alce, tome esta caja de largas cerillas, encienda una de ellas y acérquela despacio al muñeco.

La señora Alce sintió un fuerte estremecimiento, pero no se atrevió a negarse a aquella orden y se dispuso a hacer lo que le pedían.

Capítulo XXII

—NO me siento bien —comenzó a decir Marcus, tambaleándose.

Bindú y Nayak miraron al gigante satanista, un hombre que siempre parecía dominar todas las situaciones y que ahora recordaba a un beodo callejero, incapaz de caminar en línea recta.

—Habrá bebido demasiado *whisky* —le observó Nayak.

—No sé, sólo he tomado dos tragos, es que me he levantado con la cabeza muy espesa.

Yo no duermo después de comer —fue diciendo con voz estrepajosa—. Me ha dominado un sopor muy fuerte y no he podido resistir, me he echado a dormir y al despertar, qué jaqueca, qué jaqueca... —Se aprisionó el cráneo entre las manos—. Nunca me había sentido tan mal una comida y luego, dos tragos de *whisky*. A mí, que ni dos botellas me tumban.

—Quizá le ha sentado algo mal —le observó Bindú.

—Es posible, espero que se me pase. ¿Cuánto, cuánto falta para la noche?

—Muy poco —te observó Nayak— con esta niebla, la noche llegará pronto.

—¿Han escogido ya la tumba esos millonarios imbéciles?

—No lo sabemos —dijo Bindú.

Nayak le dijo:

—Creemos en los zombies que hay aquí porque encontramos al que tú habías arrojado a la ciénaga.

—Menos mal que habéis encontrado al auténtico.

—¿Hay falsos? —preguntó Bindú.

—Sí, vuestro gurú ha hecho disfrazarse a varios de vuestros hermanos de zombies, supongo que para dar un poco de miedo, aunque creo que esta tarde se han ido todos, o por lo menos, se tenían que ir, porque he hablado de este asunto con Artha-Dharma. Le he hecho reflexionar acerca de que si se descubre un solo zombi

falso, nadie va a creer en los auténticos... Me ahogo —dijo de pronto.

—Tiéndase en el sofá —le pidió Bindú.

—¿Llamo a un médico? —preguntó Nayak—. Claro que aquí no hay ninguno.

—No, no hace falta, se me pasará —dijo, cada vez con más dificultad.

—Esto no es normal —gruñó Nayak—. ¿Crees que la baronesa Stoupini puede hacerte algún daño a distancia?

—No, no, estoy protegido por Satanás, estoy... ¡Aaaaaghhh!

Se encogió sobre sí mismo y, de pronto, surgieron llamaradas que envolvieron su cuerpo por completo.

Al ver el fuego. Bindú chilló desesperada y aterrada, retrocediendo. Las llamas, entre rojas y azuladas, llegaban casi al techo.

Nayak corrió a buscar una manta y la puso sobre Marcus que ardía vivo, retorciéndose de dolor. Desencajaba su rostro, gritaba, pero no podía escapar de las terribles llamas que lo envolvían, abrasándolo, carbonizándolo. La manta no sirvió de nada, no ahogó las llamas, ardió también.

—Esto es cosa de la baronesa Stoupini, es cosas de ella —gruñó Nayak, comprendiendo que no podría apagar aquel fuego que devoraba a Marcus.

La joven rubia, aterrorizada, corrió detrás de Nayak y ambos llegaron hasta la casa en que se hallaba la baronesa Stoupini. Se precipitaron en el interior y allí, en torno a la mesa, estaban todos contemplando cómo se quemaba un muñeco de cera.

—¡Maldita! —gritó Nayak extendiendo su mano nudosa hacia adelante.

De pronto, el plato negro que contenía al muñeco sumido en las llamas, se volvió, cayendo sobre la baronesa cuyo vestido prendió y el muñeco, como si tuviera vida propia, se le pegó al rostro.

Los gritos se multiplicaron mientras Nayak pedía:

—¡Ayúdenme a apagarla!

La reacción de todos fue rápida pero poco efectiva. La baronesa se lanzó contra una ventana, envuelta en llamas, con el muñeco de cera pegado a la cara mientras éste se ennegrecía y fundía y el rostro de la mujer también ennegrecía.

Los cristales estallaron mientras el fuego también se propagaba a las cortinas y maderas.

—¡Hay que apagar el fuego! —gritó el señor Leopardo.

Era impensable contar con el agua de los grifos para apagar el fuego. La señora Alce gritaba y gritaba, horrorizada por lo sucedido.

Nayak saltó al exterior para salvar a la baronesa Stoupini, pero ésta corrió a través de la niebla. El humo se olía ya en toda la Ghost Town, el fuego comenzaba a devorar la casa en que se hallaba Marcus.

—¿Qué hacemos? —preguntó a gritos el señor Leopardo.

—¡Hay que apagar los fuegos! —respondió Nayak.

—¿Cómo?

—No sé, aquí no hay agua suficiente y no se puede correr desesperadamente hacia el pantano, es una trampa mortal.

—Dejemos que se quemen las casas. ¿Qué nos puede pasar si estamos en el centro de la calle? —preguntó el señor Tigre.

—¡Nayak, Nayak!

—Artha-Dharma, ¿eres tú?

—Nayak, ¿qué está pasando?

—Fuego, fuego, ¿es que no lo ves, no lo hueles?

—¿En qué casas?

—En la de Marcus y en la de la baronesa, se han exterminado mutuamente. Ahora van a tener el placer de seguir odiándose en los infiernos.

—Hay que pedir ayuda —le dijo el señor Leopardo.

—¡Quiero irme, quiero irme! —gritaba la señora Alce.

El caos se había adueñado de aquel lugar. Las llamas hacían más fantástica la niebla, el humo la espesaba y provocaba asfixiante tos.

El fuego se fue propagando a otras casas mientras caían en el pozo negro de la noche del Ghost Town.

Capítulo XXIII

LOS dedos fuertes del gurú Artha-Dharma hundían los botones del emisor-receptor de radio que tenían en la Ghost Town para comunicarse con sus seguidores que ahora se hallaban al otro lado de los pantanos por decisión suya.

Un concierto de parásitos y voces lúgubres que parecían llegar a través de la antena fue lo único que oyó. Estaba furioso y de vez en cuando, tosía. La niebla, mezclada con el humo, había penetrado también en aquella casa.

—¿Has podido comunicarte? —preguntó Nayak, irrumpiendo en la estancia.

—¡No! —replicó, furioso.

—¿Se ha estropeado la radio?

—No lo sé, no se oye nada; quizá ellos hayan oído mi llamada de socorro.

—Esperémoslo, la noche va a ser larga y asfixiante. No tenemos medios para apagar el fuego y éste se está propagando a todas las casas, una detrás de otra, como si manos invisibles lo condujeran de un lugar a otro. Dentro de poco, esto no será una ciudad fantasma, si no una ciudad de cenizas.

—Tú eres el culpable, Nayak.

Ante aquella acusación tan directa, Nayak replicó:

—¿Yo?

—Sí, tú, sé que desde que regresaste de la India quenas destruir a los Gudhaka-Bhujanga.

En medio de aquella música de parásitos de radio y voces extrañas que brotaban por el altavoz, con un fondo de crepitar de llamas y vigas que se partían y caían, Nayak replicó:

—Tengo la intención de marcharme de tu secta, de decir lo que pienso de ella y que cada cual actúe según le venga en gana.

—Tú no puedes destruir mi obra, silabeó, amenazador.

—Eres un embaucador. Ya no voy a llamarte más Artha-Dharma, gurú ni nada de eso.

Tú eres John Smith Brown, un nombre tan vulgar como tú mismo y yo soy Leonard J.

Pupsio, de modo que ya basta de nombres impuestos creyendo que así íbamos a ser mejores y poder deslumbrar a jóvenes inexpertos.

—¿Crees que voy a tolerar que destruyas mi comunidad religiosa?

—No es una comunidad religiosa, es un grupo de embaucadores que sabe promocionarse bien y como vosotros, hay otros por ahí. No es nada nuevo en la historia de la humanidad que aparezcan embaucadores mesiánicos. Los hay locos perdidos y otros lúcidos como tú que van directamente a satisfacer su ambición y codicia.

—En cambio, tú crees ser un santo, ¿verdad? Y te lo crees porque puedes prescindir de todo.

—Yo no soy ningún santo, sólo soy un hombre confuso como los demás que ya sabe que la verdad está dentro de uno mismo y que no hay una verdad única, pero sí un lazo que nos puede y nos debe unir a todos.

—¿Y cuál es ese lazo, sabelotodo?

—El amor entre los hombres; el amor es la paz, la paz es la no beligerancia.

—Eres un estúpido. No creas que vas a destruir mi obra, no lo conseguirás. En cuanto llegaste me di cuenta de que habías regresado para destruir esta comunidad.

—Está destruyéndose por sí misma. ¿Acaso no oyes el fuego? Se está quemando tu Ghost Town y tus protectores económicos, los millonarios, están afuera muertos de miedo, temiendo morir abrasados. ¿Crees que te ayudarán cuando escapen de aquí, después de lo que han visto?

—Yo los salvaré y me deberán agradecimiento, pero a ti, Nayak, se te acabó el tiempo.

—No me llames más Nayak, soy Leonard.

—¡Leonard!

Se volvió. Bindú estaba en la puerta y la expresión de su rostro era el reflejo de su miedo.

—Bindú.

—Mi nombre es Kelly.

—Bien, Kelly.

—Afuera se está quemando todo, hay que huir o nos asfixiaremos.

—No podréis huir por el pantano, de noche y con la niebla —les dijo John Smith Brown, conocido por Artha-Dharma.

—Vamos, Kelly —dijo Leonard, avanzando hacia ella y dando la espalda al exgurú.

—¡Leonard, cuidado! —gritó Kelly al ver que John Smith Brown acababa de empuñar una pistola y jalaba del percutor.

Leonard se volvió con rapidez. Clavó sus ojos en los del que años atrás fuera su amigo y extendió su mano de dedos nudosos. Lo hizo con fuerza, con energía, apuntándole con los dedos. El arma se desvió hacia el techo cuando John Smith Brown disparaba. La bala atravesó el techo. John Smith Brown, furioso, volvió a intentarlo sujetando la pistola con ambas manos.

Kelly no podía dar crédito a lo que estaba viendo.

La gran fuerza magnética y cerebral de Leonard consiguió desafiar de nuevo el arma y la bala se perdió hacia la derecha y luego a la izquierda, de tal modo que el falso gurú seguía disparando sin conseguir acertar al que consideraba su mortal enemigo, porque éste, con su fuerza telecinética, desviaba la dirección del arma mientras conservaba tras de sí a la muchacha, protegida de los plomos letíferos.

—Eres basura, John, y así lo proclamaré cuando salga de aquí.

Una gran llamarada hizo estallar una de las ventanas y se introdujo en aquella estancia, ansiosa de devorar.

—¡Vamos, Kelly, vamos!

Corrieron hacia el exterior, dándose cuenta de que la casa en que habían estado hasta aquel momento ya se hallaba exteriormente envuelta por las llamas, llamas que desplazaba a la niebla.

El grupo de millonarios que habían estado ansiosos de aprender ciencias ocultas para utilizar la magia negra como diversión o en su propio beneficio, atacando con ella a quienes creían sus enemigos, estaban asustados como ratones rodeados por las casas que ardían en una especie de apocalipsis infernal.

De pronto, ocurrió algo extraordinario, algo pavoroso en medio

de aquel incendio que se propagó a todas las casas de la Ghost Town.

Como si todas las fuerzas del infierno hubieran coincidido en aquel lugar, de entre las llamas de las casas que se derrumbaban comenzaron a surgir seres que llegaban del más allá. Eran los cadáveres vivientes, aquellos zombies que conservaban espíritus sin voluntad, encadenados a los despojos humanos. Algunos estaban más corrompidos que otros y su aspecto era aún más impresionante porque estaban envueltos en llamas, algunas de las cuales se apagaban.

Comenzaban a verse cercados por los muertos que aquella noche escapaban de sus tumbas. Los que habían escogido nombres de animales, los que habían ocultado sus rostros tras densos maquillajes, ahora gritaban de terror sin saber hacia dónde huir.

El señor Leopardo trató de correr buscando una salida cuando entre unas vigas que ardían el fuego chisporroteó con mayor fuerza y apareció una figura humana envuelta en llamas.

—¡Marcus! —gritó Kelly.

El gigante era ya uno más de los muertos vivientes que habían quedado condenados a no morir completamente en aquella montaña mágica de los pantanos.

En su pánico por huir, el nominado Leopardo se puso materialmente entre los brazos del zombi gigante que los cerró. El señor Leopardo, envuelto en llamas lo mismo que el cadáver de Marcus, comenzó a gritar de dolor y de pánico.

—¡Yo soy el amo y el señor de los zombies! —gritó John Smith Brown saliendo al porche de la casa que ardía—. ¡Os ordeno que matéis a Nayak y Bindú!

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, el porche se hundió, tragándose, y maderas y vigas ardiendo cayeron sobre él, enterrándolo en el fuego.

—¡Vamos! —gritó Leonard a Kelly, cogiéndola de la mano y llevándosela por el camino pendiente abajo mientras los cinco millonarios que quedaban huían también, cegados por el pánico, sin saber que iban a caer en la ciénaga donde les aguardaba una muerte horrenda.

La niebla, como fustigada por el fuego, se disipaba y aparecía la gran luna redonda que les iluminaba el camino hacia el pantano.

Los zombies, envueltos en fuego que propagaban allí por donde pasaban, seguían avanzando en pos de los fugitivos. Marcus destacaba por delante de todos ellos.

—¡Leonard, el pantano! —gritó Kelly al notar el barro en sus pies.

—Seguiremos las marcas, saldremos del pantano a pie. Vamos, sé valiente.

Comenzaron a seguir el tortuoso camino del pantano.

Los zombies, torpes, sin voluntad, sin sabiduría, avanzaron en línea recta. Marcus, el gigante satanista perdido en su soberbia y muerto por la astucia de una bruja, con su gran peso fue el primero en hundirse en el fango, envuelto en fuego. Comenzó a gritar de una forma feroz, inhumana, era la bestia herida que moría, la bestia que iba a quedar allí muerta y, paradójicamente, sin llegar a morir.

A distancia vieron cómo los zombies, incapaces de seguir las señales del camino, se hundían en la ciénaga mientras toda la montaña ardía y los que habían acudido allí como seminaristas del mal caían también en el pantano al haber huido por caminos equivocados. Palmoteaban en el barro que los engullía sin que mano alguna pudiera ayudarles a escapar de la muerte. Todos sus problemas se resolvían en aquel momento culminante de sus vidas que era la muerte.

Leonard y Kelly anduvieron por el pantano durante toda la noche. El amanecer les hizo caer en tierra firme y al mirar hacia el horizonte, por encima de los árboles del pantano, pudieron ver a lo lejos, muy lejos de donde estaban, un penacho de humo que ascendía hacia el cielo gris claro como si fuera el penacho de un volcán.

—Leonard, ¿qué haremos ahora?

—Tú y yo, escoger una nueva vida —dijo él tendido en el suelo boca arriba, con la espalda pegada a la tierra, succionando su energía telúrica.

—¿Y los Gudhaka-Bhujanga?

—Olvídalos, se disolverán por sí mismos y otras sectas parecidas nacerán y volverán a morir al calor del miedo, de la inseguridad, de la locura, del mesianismo, de la codicia y la ambición de los hombres, pero tú y yo debemos olvidarnos de todo esto. Olvidémonos de la montaña de los pantanos donde hubo una Ghost

Town arrasada por las llamas, donde permanecen docenas y docenas de cadáveres vivientes condenados al paso del tiempo.

Kelly se inclinó sobre Leonard y posó sus labios sobre los de él, ya no estaban en tierra maldita.

FIN



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudett o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos sólo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, Cinco mil dólares de recompensa, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.

Notas

[1] Kansas Department Investigaron, equivale a policía estatal. < <

[2] *Manes*, dioses infernales que purificaban las almas de los muertos. (N. del A.). < <